CRITERIO

ANTICLERICALISMO Y ANTICATOLICISMO, por *Michele Federico SCIACCA* . . . . . pág. 763

LA EFICACIA SOCIAL DEL CATOLICISMO ESPAÑOL, por *José María GARCIA ESCUDERO* . . . . pág. 766

LA POSTRER LECCION DE VOLTAIRE, MAESTRO DE LA BURGUESIA, por *Gabriel OGGIER* . . pág. 771

EL FESTIVAL CINEMATOGRAFICO DE VENECIA 1954, por *Giulio Cesare CASTELLO* . . . . pág. 773

PENSAMIENTO PONTIFICIO. Discurso del Papa a los asistentes al XIV Congreso Internacional de Historia de la Medicina . . . . . pág. 776

DOCUMENTOS. Constitución Apostólica "Omnium Ecclesiarum", concerniente a la Misión de Francia . . pág. 777

TRANSCRIPCION. Para completar la encuesta de una revista sobre el divorcio . . . . . pág. 781

REFERENCIAS. El arte sacro y su audiencia . . . pág. 783

ARTES PLASTICAS. Arte sacro moderno – Raquel Forner – Castagnino – Ideal, Venier, Ocampo – Monsegur, Sol, Krasnopolsky – Horacio Butler . . . . . pág. 784

CINE. La Semana de Cine Católico de Lima – De aquí a la eternidad – La importancia de llamarse Ernesto – Historia de tres amores – Los sobornados – Treinta años de la Metro-Goldwyn-Mayer – Calificación moral de la Acción Católica . . . . . pág. 786

MUSICA. El Martirio de San Sebastián – La reposición de "Don Giovanni" en el Colón – Los Maestros Cantores de Nuremberg . . . . . pág. 790

INFORMACION . . . . . pág. 792

LIBROS . . . . . pág. 795

Nº 1222

28 de Octubre 1954
Año XXVII

...en 1989

decíamos a nuestros vendedores

"al cliente le debemos la verdad"

Sólo puede merecer confianza quien es fiel a la verdad.
Por eso no decimos en Gath & Chaves que es excelente lo que sólo es bueno ni que es bueno lo que sólo es de una calidad mediana.
No decimos que es firme el color que puede desteñir ni que no encoge lo que puede encoger.
Siempre decimos la verdad en Gath & Chaves porque consideramos que le debemos la verdad a quienes en nosotros confían.
Así hemos podido mantener, a través de 71 años, esa confianza pública que precede los buenos éxitos permanentes.
Al cliente de Gath & Chaves -a usted- le debemos la verdad.

Gath & Chaves

...su casa amiga

Buenos Aires y 19 Ciudades del Interior

CRITERIO

APARECE LOS SEGUNDOS Y CUARTOS JUEVES DE MES

Año XXVII — Buenos Aires, 28 de Octubre de 1954 — Nº 1222

DIRECTORES: Mons. GUSTAVO J. FRANCESCHI y Pbro. LUIS R. CAPRIOTTI

Anticlericalismo y Anticatolicismo

Laicismo clerical y catolicismo anticlerical

MICHELE FEDERICO SCIACCA

Buenos Aires.

ANTE todo, si "laicismo" significa una determinada concepción absolutamente "mundana" de la vida, que enseña a vivir "como si Dios no existiera", según la cual Cristo es tan solo hombre y la Iglesia carece de origen divino, ese laicismo no solamente es anticlerical sino también ateo, anticristiano y anticatólico: niega a Dios, a Cristo y a la Iglesia. Esta última tiene el deber y el derecho de intervenir en el mundo, y sus intervenciones no pueden ser tachadas de clericalismo; si lo son, es porque se confunde, casi siempre de mala fe, aquello que constituye un derecho sacrosanto de la Iglesia con dicho clericalismo, el cual —es necesario expresarlo— no es un principio o una categoría religiosa, sino una mera categoría política. Y aquí conviene otra aclaración orientadora. La Iglesia, de origen divino y con finalidades sobrenaturales, ha sido establecida en el tiempo, en cuanto Iglesia visible, como canal de la Gracia, depositaria de la Revelación, guía y maestra de las almas para su salvación eterna; Ella actúa en la historia, en el mundo, está presente dondequiera exista un creyente. No puede, por lo tanto, ignorar los acontecimientos políticos y sociales, no puede ser ajena a la historia, a las situaciones temporáneas y temporales de la sociedad, que son las de sus propios hijos; no puede ignorar la amenaza o el peligro que ciertas doctrinas pueden representar para ellos y para las verdades reveladas; no puede permanecer indiferente frente al Estado o a los gobiernos que le niegan independencia o quieren desconocer su misión. Todo esto constituye, de parte de la Iglesia, legítima intervención, y si se quiere llamarlo "política", la Iglesia tiene en tal caso el deber y el derecho de hacerla; y si se lo califica de "clericalismo", esta calificación constituye un error, salvo que no se de a la palabra el sentido peyorativo que predomina en su uso. El clericalismo nos parece cosa harto diversa: hablando con precisión, la realización de políticas parciales, el mezclarse en las luchas de partido, el servirse de las acciones de apostolado (sea eclesiástico o laico) para hacer política militante en favor de esto o aquello y, peor aún, el valerse de un partido como de "longa manus" a fin de que el clero, como clase social —y no ya como *cuerpo* constituído de Ministros de Dios o Sacerdotes— pueda dominar una situación política con fines políticos, vale decir, para tener poder político.

Este clericalismo constituye una categoría política y así ha sido considerado, juzgado y criticado por los católicos —yo diría sobre todo por los católicos— los cuales, empero, no han de volcarse, por eso, al anticlericalismo, ya que también, en tal caso, harían política, sino limitarse simplemente a realizar buen catolicismo. El conflicto se resuelve no por inclinación hacia uno de los dos términos, sino colocándose más allá del conflicto mismo para recuperar, sobre el plano religioso y cristiano, el verdadero sentido de la política que compete a la Iglesia en sus relaciones con la de los Estados y gobiernos y con las situaciones concretas. No es lícito, en efecto, pretender que la Iglesia y la Jerarquía Eclesiástica se proscriban de la vida o reactivar el clericalismo con un acto de rebelión o de intolerancia. En otros términos, es necesario evitar siempre el "salto" del anticlericalismo al anticatolicismo (y anticristianismo) y emprenderlas con la Iglesia docente y con el Papa, Vicario de Cristo, sólo porque, en la práctica política, se produzcan ingerencias que deberían evitarse. Y de "salto" se trata, no de transición: la transición va del clericalismo al anticlericalismo —dos posiciones políticas: la "clerical" y la "anticlerical— pero no del primero al anticatolicismo o al anticristianismo. Este es el salto del terreno político al religioso, explicable únicamente por la prevalencia de la pasión política sobre la fe religiosa, es decir, porque aquella es más fuerte que ésta. Un católico que por reacción contra el clericalismo, se vuelve anticatólico y hasta hereje o cismático, demuestra haber perdido su fe, no a causa del clericalismo sino independientemente de éste. En otros términos: su mentada reacción "anticlerical" es debida a la falta de fe; el clericalismo constituye sólo la excusa o la ocasión para manifestar sus verdaderos sentimientos no católicos. En rigor de verdad (y aunque pueda parecer paradojal), tratándose de clericalismo en el sentido peyorativo del vocablo, solamente es anticlerical el católico y, precisamente, cuando con firme e invencible fe, continúa siéndolo. Sólo en cuanto católico, hijo fidelísimo y obedientísimo de la Iglesia, puede estar contra el clericalismo, es decir, contra la prevalencia de los intereses mundanos y políticos, y contra una acción política incompatible con el clero como sacerdocio puesto al servicio de Dios, de Cristo y de la Iglesia para el bien de las almas. Pero el católico que está contra tal clericalismo, debe abstenerse, como ya habíamos dicho, del anticlericalismo, en cuanto éste también constituye una política; nada más

que con obrar como católico, ya manifiesta él su disentimiento del clericalismo, y únicamente en su condición de católico tiene sentido esta divergencia. La Iglesia, como Iglesia y Católica, no es clerical: si lo fuese, se negaría a sí misma, puesto que identificaría su función y su valor con su actividad o potencialidad política, y repudiaría así su propio origen divino, su superhistoricidad y ultramundanidad, su misión salvífica y sobrenatural. Quien no es católico y cristiano en estrictez de términos, no es anticlerical, es "laicista". Se le llama anticlerical solamente en el sentido de que combate el clericalismo o al clero que hace política partidaria, reduciéndose su actitud, bien que indirectamente, a la especie política; pero no lo es en otro sentido, por el hecho de no ser católico. En efecto, el acatólico y acristiano (basta negar la divinidad de la Iglesia y de Cristo para serlo) contrapone una concepción de la vida (y no sólo de la política) que significa el contraste o la negación del cristianismo católico; por consiguiente, su anticlericalismo no va enderezado exclusivamente contra el clericalismo, sino que se opone *totalmente* al catolicismo; y por eso es "laicismo", el cual, en primer lugar, es anticatólico y luego, en el terreno político, anticlerical. El laicista, en verdad, no solamente no tolera el clericalismo, sino que apenas tolera —y únicamente "tolera", bondad de su parte— el catolicismo y la Iglesia Católica, convencido de que, con la evolución de los tiempos y de la sociedad, esta "superstición", dañosa o beneficiosa, según los casos, desaparecerá de la conciencia de los hombres "evolucionados" y "progresistas". Por eso el laicista no mira eliminar tan sólo el clericalismo, sino también toda "ingerencia" de la Iglesia, del Papa, de la Jerarquía Eclesiástica y de todos los católicos como tales, de la vida política, persuadido de que el gobierno del mundo le concierne a él y de que los sacerdotes y los católicos deben ocuparse únicamente de "sus cosas" y de las "cosas de Iglesia". Este tipo de anticlericalismo, que es laicismo integral, quiere expulsar a la Iglesia y a los católicos de la historia y de la vida, y encerrarlos en las sacristías, de tal manera que él pueda apoderarse y enseñorearse del mundo y de sus cosas.

Pero, con respecto a este punto, si no me engaño —y creo que no— los verdaderos "clericales", los puros del clericalismo de primer agua, son los laicistas, de cualquier clase que se trate. Me explico. Si clericalismo significa —y la acusación se formula casi siempre en estos términos— aspecto político de la Iglesia, o mejor, la actividad de partido que despliega el clero para conquistar poder político, si significa mundanismo y dominio del mundo, conclúyese que los verdaderos clericales son justamente aquellos que pretenden tal dominio y poder como monopolio absoluto. Con esta diferencia: en la Iglesia y en el clero —como en todo católico— el clericalismo, cuando se da realmente —porque no se debe olvidar que no toda la actividad mundana de la Iglesia puede rotularse de clericalismo— es un aspecto accidental y nunca general, que no niega, en efecto, el otro, esencial, espiritual y supramundano, con respecto al cual ha sido juzgado y valorado (y siempre entonces en el terreno del catolicismo); en el laicismo integral —considerado como algo que identifica el fin del hombre y de la humanidad en total con las cosas de este nuestro mundo, con el mundanismo—, el clericalismo, en cuanto categoría política de dominio del mundo, es esencial, es su propia alma, diría yo; mientras que su anticlericalismo —con relación a la acción política del clero— es sólo accidental y contingente. Por otra parte, en tanto que el clericalismo de un católico (sea laico o eclesiástico) es redimible —y a menudo redimido— por su catolicismo, que esencialmente no es clerical, el de un laicista no goza de este beneficio: es clericalismo y nada más, vale decir, es la voluntad de conquista del mundo, entendida como religión laica y mundana. En propiedad, la "religión" del mundanismo, o el mundanismo como religión, es la verdadera, la auténtica "mentalidad clerical"; y cuanto más integral y absoluto es este mundanismo, tanto más es clerical y clericalismo de la peor especie. ¿Quién, en efecto, más "clerical" que el ex-sacerdote no reintegrado a la comunión de los fieles y carente ya de fe? Ha perdido el catolicismo o el espíritu ultramundano, y le ha quedado, como única finalidad, el clericalismo o espíritu del dominio del mundo. Ha perdido la vista del cielo y tiene solamente la de la tierra.

En un católico el clericalismo es corregido por su catolicismo; en un laicista no, eso es su religión. Para el comunismo, la religión es la política, la Iglesia el partido y Dios el jefe del partido; quien no está convencido de esto hasta el fanatismo y no obedece hasta la ceguera, es un "hereje" y, como hereje, condenado. ¿Dónde encontrar un "clericalismo" más despiadado e integral? Pensándolo bien, no son anticlericales más que los católicos, en la medida en que lo son profundamente, y el clero como sacerdocio de Dios y de la Iglesia; y cuando son clericales, no dejan de ser católicos y sacerdotes, por lo cual su clericalismo se halla como sobrepasado por su catolicismo, superado más allá de la antítesis misma del clericalismo y del anticlericalismo. Y generalizando: no son clericales los católicos laicos ni tampoco los sacerdotes en cuanto ministros de Dios, pero sí lo son los laicistas en cuanto no católicos y no cristianos y como servidores del mundo, del cual quieren ser los dueños, en cuanto esclavos del poder político y mundano que, hecho fin supremo del hombre, lo degrada sometiéndolo a un fin puramente terrenal.

Volviendo ahora a la acepción corriente de los términos, agregamos que el clericalismo, entendido en sentido peyorativo, ha sido evitado por los católicos como por los Estados y gobiernos, el "politicismo", que comporta el avasallamiento de los derecdos de la Iglesia y de la catolicidad. Clericalismo y anticlericalismo desorientan la conciencia de los creyentes que, siendo buenos creyentes, quieren ser también buenos ciudadanos. No se olvide cuántos daños ha causado en Europa y en algunos países de la América Latina el anticlericalismo intransigente de la segunda mitad del siglo pasado y de los primeros decenios del nuestro, muchos de los cuales se habrían podido evitar si el comportamiento (l'atteggiamento) político del Vaticano hubiera sido diferente. Aparte de otras consideraciones, el anticlericalismo, provocado por el clericalismo, es extremadamente peligroso, aun para los creyentes: llega un momento en que no se distingue más entre la Iglesia, y sus aspectos políticos; entre el Papa, Jefe de la Iglesia, y el Papa, Soberano temporal; entre la acción espiritual del sacerdote y su actividad política; entre la Iglesia y un partido que se dice cristiano o católico. Nacen confusiones ruinosas que turban las conciencias, crean conflictos interiores y a veces, hasta hacen perder la fe. Considérese aún que el conflicto entre clericalismo y anticlericalismo es hoy particularmente peligroso, entre otros, por estos motivos: 1) La actividad política ha adquirido una importancia y un interés tan apasionado y pasional que un conflicto en este terreno de tan aguda sensibilidad, puede tener consecuencias imprevisibles. Existe hoy por las luchas políticas la misma pasión que, en el pasado, por las luchas religiosas, tanto que aquellas se han vuelto, verdadera y propiamente, guerras de religión. Acerca de esta sensibilidad es necesario tener en cuenta lo siguiente: en tal terreno una decepción puede provocar la pérdida de la fe religiosa. Prudente es evitarlo, evitando una intromisión política que va más allá de la que corresponde, en deber y derecho, a la Iglesia y a la Jerarquía Eclesiástica. 2) El mismo vivísimo interés de los católicos por la vida política, no se explica solamente por la necesidad —justa y diría sacrosanta— de organizarse activamente en momento tan grave y frente a la amenaza de ser sumergidos en ideologías carentes de todo valor humano y divino, sino también por el progreso que hace en ellos la mentalidad "mundana", y que causa el temor de que la atracción por las cosas del mundo sea, en ellos mismos, más fuerte que la que se relaciona con su felicidad en Dios. Y ya esto constituye un peligro de clericalismo, un comienzo de clericalismo en los católicos. ¿Por qué acentuar la tendencia con otro clericalismo más, con el que puede venir verdadera y propiamente del clero? Recabar el esfuerzo empeñoso en el mundo es un deber sagrado, llegado el momento; pero alimentar este mundanismo a través de una actividad cada vez más mun-

dana de parte del clero, e incitar a los católicos a interesarse cada vez más en el mundo, a exteriorizarse en momentos en que la vida interior está ya reducida al mínimo, me parece peligroso.

Consiéntasenos otra consideración. En una nación de mayoría católica hay una forma de anticlericalismo que no es fácil evitar. En un país, de gran mayoría, pongamos, protestante —como Inglaterra—, en el que el Jefe del Estado es al mismo tiempo el Jefe de la Iglesia, y para quien la jerarquía eclesiástica y los pastores son en el fondo funciones del Estado, la acción política que ellos realizan o explican, es la de ciudadanos que, al igual de todos los demás, reconocen como Jefe propio, aun en el campo religioso, al Jefe del Estado. La jerarquía eclesiástica es allí una parte de la burocracia, y la Iglesia, que forman todos los fieles en conjunto, no es autónoma, sino parte de la vida del Estado, del cual dependen, también en cuanto eclesiásticos y creyentes; yo diría que su actividad religiosa —y la misma religión— es política, un aspecto de la vida político-social. Evidentemente es imposible que allí surja un anticlericalismo en el sentido que este término puede tener en Italia, Francia o en Bélgica.

Por el contrario, en un país de mayoría católica —o en el que la religión reconocida es la católica— sucede muy diversamente, en cuanto la Iglesia, precisamente por católica o universal y por ser de origen divino, reivindica su propia independencia, se opone, con todas sus fuerzas y cualesquiera sean las consecuencias, a transformarse en Iglesia de Estado. Para un católico, como católico, su Jefe es el Papa, que es el Jefe de toda la catolicidad, de la Jerarquía Eclesiástica y de los creyentes en cuanto tales; y si es católico de mente y de corazón, hace frente único con y en su Iglesia contra cualquier ingerencia del Estado en lo que pertenece a la Iglesia, y, aun a costa de la vida, no reniega de una sola de las verdades de su credo cristiano y católico. En un país católico, la Iglesia y el Estado son dos cosas diversas: los conflictos, evitables en la línea del derecho, no lo son, empero, de hecho, como veinte siglos de historia están para probarlo. Por el contrario, con la laicización del Estado moderno y la mundanización de casi todos los aspectos de la vida (también el religioso ha sido invadido) la acción política de los católicos y de la Jerarquía Eclesiástica parece una intromisión indebida, como un querer entrar a la fuerza y sin derecho, en el campo de una actividad que les sería ajena e inconveniente. De aquí al convencimiento de que un católico —en cuanto dependiente, como creyente, de la Iglesia y de su Jerarquía a las que debe obedecer— es una especie de "longa manus" del Vaticano o de los "curas" para dominar la vida política en beneficio de la Iglesia o del clero o de los mismos católicos como secta, y contra los intereses del Estado y de otras sectas o grupos sociales, hay un paso muy pequeño, aunque equivocadísimo. La acción política de los católicos, como si proviniese —extraña fuerza— de allá afuera, es considerada una intromisión irritante, una ingerencia intolerable.

Las consecuencias son conocidas y evidentes, pero es igualmente oportuno aclararlas. En esta situación, la actividad política de los católicos (eclesiásticos o laicos) si bien en diversa medida —ya que diversa ha de ser la actividad de unos y otros— es calificada por los no católicos de "fuerza clerical" en cuanto se la entiende como política que, directa o indirectamente —a través de los católicos laicos— el clero hace con fines políticos, esto es, puramente mundanos y de ningún modo religiosos o ultramundanos; de parte de los católicos, esta reacción contraria a su actividad y que pretende expulsarlos de la vida política, es designada como anticlericalismo. De ahí el conflicto que, más bien que nacer de una antítesis dialéctica, es decir, de la necesidad, en un país católico, del choque de dos términos antinómicos, nace de una artificiosa confrontación de posiciones exageradas, polemísticas y erróneas, producto de las pasiones. En efecto, el tan mentado clericalismo no es tal, o, al menos, con ésta y única observación: que es anticatólico. En su corazón no tolera sino una Iglesia y una catolicidad que dejen campo libre a los no católicos, de modo que éstos puedan laicizar toda

EN ESTE NUMERO:

Finísimo análisis de la esencia del clericalismo y del anticlericalismo, dos posiciones igualmente condenables, y de la artificiosidad de su antítesis y de la polémica a que han conducido, hace MICHELE FEDERICO SCIACCA. *Si de uno y otro lado se renuncia a hacer clericalismo, sea laicista, sea eclesiástico, el problema se elimina de raíz y ganan la Iglesia y el Estado, los católicos y los acatólicos; para lo cual es necesario que el laicismo se despoje de "clericalidad" y el clero no se "politice".*

No una panorámica de la situación religiosa española, sino un examen de conciencia limitado a los puntos, a su juicio, más necesitados de rectificación, y a título discutible más que de conclusiones firmes, hace JOSÉ MARÍA GARCÍA ESCUDERO. *Piensa que eso puede ser útil tanto para los mismos españoles cuanto para los católicos de afuera, y porque además ilustra sobre una característica del catolicismo español, poco o nada conocida más allá de sus fronteras: su voluntad de revisión.*

De ser auténtica la documentación publicada recientemente en "Le Figaro Littéraire" de que Voltaire murió arrepentido en el seno de la Iglesia, dice GABRIEL OGGIER, *la muerte del apóstol de los librepensadores y maestro de la burguesía no habría hecho honor a sus principios filosóficos: habría sido un triunfo de la misericordia divina sobre un hombre que ciegamente enamorado de la tierra renegó del cielo y blasfemó contra Dios.*

Para GIULIO CESARE CASTELLO, *que pasa revista a las contribuciones al último Festival Cinematográfico de Venecia, las dos representaciones nacionales más importantes fueron la italiana y la japonesa. El balance del certamen arroja un resultado incompleto y desigual, no carente de interés, pero viciado por notables incongruencias del veredicto del jurado internacional.*

En Pensamiento Pontificio, *el discurso del Santo Padre a los asistentes al XIV Congreso Internacional de Historia de la Medicina. — En la sección* Documentos, *la Constitución Apostólica "Omnium Ecclesiarum" que estatuye canónicamente la Misión de Francia y la* Transcripción *de una nota del Instituto de la Familia que completa la reciente encuesta de una revista acerca del divorcio. — Y las habituales páginas de* Referencia *a cargo de* MARIO BETANZOS; Artes Plásticas, *de* ROMUALDO BRUGHETTI; Cine, *de* JAIME *y* SYLVIA POTENZE; Música, *de* JORGE FONTENLA *y* JUAN ANDRÉS SALA. Información *y* Libros.

La eficacia social del catolicismo español

José María García Escudero

Madrid.

EXCUSARSE antes de hablar no pasa generalmente de ser una fórmula de cortesía. Sin embargo, a veces se expresa la auténtica convicción de que el tema es superior al que va a desarrollarlo. Y en alguna ocasión, como ésta, hay más todavía.

Se me ha pedido que hable de la eficacia social de nuestro catolicismo. Hay un concepto restringido de lo social: la cuestión social, el problema social... De eso, yo no sé para hablar aquí, y por ello rechacé el amable ofrecimiento que se me hizo. Después pensé que el tema se podía enfocar más ampliamente, y que incluso respondería mejor así a las características de estas Conversaciones. Lo consulté y me dieron la razón. Se trata de entender lo social con un alcance mayor que el de justicia social; con referencia a toda la sociedad. Nuestro Estado es católico; lo sabemos. La fórmula del Estado católico es justa y es conveniente; lo sabemos también. Pues ahora dejemos de lado esa cuestión y preguntémonos por nuestra sociedad. ¿Es católica? Si lo es, *¿cuánto* y *cómo?* ¿Cuál es su grado de temperatura religiosa y de qué clase es su religión? A eso pretendo obtener respuesta.

Ahora bien: para cumplir honradamente mi cometido tendré que censurar; actuar de fiscal y hasta de juez. No del catolicismo, por supuesto, sino de la manera de vivirlo los españoles. Y ¿quién soy yo para acusar y para juzgar y tirar mi piedra? Os pido que me creáis si os digo que en este momento pesa sobre mí, casi físicamente, la responsabilidad de la tarea que he asumido, y que si, para juzgar, he mirado a mis hermanos, he empezado por mirarme a mí mismo.

Esto no quiere decir que no concurra en mí la otra especie de humildad. El tema me gana; pero, en este caso, he salido de la dificultad, no intentando llegar a más de lo que mi talla me permite. He hecho un reportaje, una información. Este reportaje, necesariamente estará mutilado. Nos movemos sobre una caja en cuyo interior repercuten sordamente nuestros pasos. Yo puedo describiros la caja; pero no puedo recoger el eco sobrenatural. Yo no puedo saber en qué medida las oraciones y los sacrificios, los méritos de unos hermanos a los que no conozco, pesan ante Dios y desnivelán nuestros cálculos, aunque creo firme-

---

la vida de una nación y de cada uno de los ciudadanos y mantener aparte a la Iglesia, al clero y a los católicos, como elementos "retardados" e "infantiles" de una sociedad que debe confiar "sus magníficos destinos progresistas" solamente a los no católicos, esto es, a cuantos, ya evolucionados, se han liberado de "superstición" y "obscurantismo", para, a su vez, liberar de tanto atraso a los otros, a los católicos. Y así como de esta misión laicística hacen ellos la nueva religión (que significa la divinización del mundano) según se ha dicho ya, estos anticlericales, en cuanto laicistas, son clericales, es decir, el nuevo "clero" o los nuevos "clérigos" intolerantísimos y dogmáticos, la "longa manus" del Estado laicista, que no consiente (cuando lo consiente lo hace por puros intereses políticos del momento, tal cual sucede hoy en Italia y en otras partes) a la Iglesia, al clero y a los católicos —y a estos últimos en cuanto reconocen un Jefe religioso que no depende del Estado— mezclarse en las cosas del mundo, y sella de "clericalismo" todas sus tentativas, aún la más legítima y tímida. Por consiguiente, dado el concepto laicístico, que excluye a los católicos de la vida política y de la historia, es imposible que no nazca el anticlericalismo y, más propiamente, el "laicismo integral", que se llama anticlerical no porque el clero ejerza una acción política con fines políticos y mundanos, sino simplemente porque hay un clero que no se resigna a permanecer en la sacristía con el incienso y los incensarios, y porque hay unos católicos que, precisamente obedeciendo al Papa, pretenden mezclarse en las cosas públicas, y porque hay un Papa que no consiente en ser un "funcionario" ni se limita a impartir solemnes bendiciones "urbi et orbi". Evidentemente, apoyar este anticlericalismo por justa reacción contra el clericalismo, es, por lo menos, mala fe. Aquí estamos frente a una afirmación anticristiana y anticatólica de laicismo clerical, reaccionando contra el cual, la Iglesia y la catolicidad, en nombre de su credo católico, no sólo afirman y ejercen un derecho propio, sino que, además, hacen anticlericalismo, en un doble sentido: contra el clericalismo del laicismo dogmático y contra aquel otro clericalismo que no excluímos pueda en efecto surgir en ciertas circunstancias, a causa de una acción política no bien entendida de parte de los católicos eclesiásticos y laicos. Pero son los católicos mismos, en cuanto católicos y para recuperar la legitimidad de su acción política, quienes pueden hacer anticlericalismo en este último sentido (no el anticatolicismo disfrazado de anticlericalismo) a fin de apoyar una actividad política conforme a sus principios o a su acción católica, y de impedir contaminaciones, equívocos o ingerencias peligrosas y perjudiciales para la acción misma de la Iglesia en el mundo.

Aparece evidente toda la artificiosidad de la antítesis y de la polémica "clericalismo y anticlericalismo" y cómo los propios términos del seudoproblema deben separarse, a fin de que se elimine el artificio. Y, ante todo, que los no cristianos y acatólicos no tilden de "usurpación clerical" el derecho que, en cuanto ciudadanos, tienen los católicos de interesarse por la cosa pública, como tampoco el derecho que tienen la Iglesia y el clero de guiar a los fieles en el comportamiento de su vida y de hacer valer la independencia y libertad de ellos frente al Estado; es decir, que los laicistas no hagan laicismo clerical. Y si los derechos de la catolicidad y de la Jerarquía Eclesiástica son calificados como "clericalismo", una y otra, la Iglesia en una palabra, tienen el deber de hacer clericalismo de esta clase y de desafiar al anticlericalismo más amenazador y poderoso, ya que se trata de no traicionar su propia misión y de afirmar su esencia de católicos y de Iglesia. Por otra parte, la Jerarquía Católica realiza aquella acción política "católica" y no clerical, que conviene a su misión de apostolado y de magisterio. Si de uno y otro lado se renuncia a hacer clericalismo, sea laicista sea eclesiástico, el problema se elimina de raíz y ganan la Iglesia y el Estado, los católicos y los acatólicos, la vida toda de una nación en sus componentes individuales y en el conjunto nacional. Pero a fin de que esto sea realizable, es necesario que el laicismo se despoje de su "clericalidad", y el clero no se "politice" y sea, ante todo, sacerdocio: no servirse de Cristo para conquistar políticamente el mundo, sino servirse de su acción apostólica en el mundo con el objeto de conquistarlo para Cristo.

No es, en efecto, verdad que un Estado no confesional no pueda no ser laicista; pero es verdad que un Estado puede ser aconfesional (no digo anticonfesional) sin ser laicista. Otro sofisma que es necesario denunciar como tal, en cuanto el Estado laicista es una forma de confesionalismo; que se opone al Estado confesional, sin superar el confesionalismo; más bien lo confirma. También aquí la solución se encuentra más allá de la oposición "confesionalidad-laicismo", como más allá de la antítesis "clericalismo-anticlericalismo", esto es, se encuentra en una nueva síntesis que puede realizarse, como decíamos, sólo más allá de la antítesis, en un plano superior. Creo que este problema, todavía no resuelto, sea el verdadero problema del Estado moderno con respecto a la Iglesia Católica y el de ésta última con respecto a aquel. Es éste un problema verdadero, no una cuestión cualquiera; debe, por lo tanto, resolverse sin pactos, que, como siempre, lo comprometen todo y nunca resuelven nada. ❖

mente que si nuestro catolicismo se rejuvenece, no es tanto por los que vivimos como gracias a los que, muriendo, nos ganaron el favor del Señor. Yo puedo juzgar por lo que veo, que es a lo que puede llegar un estudio de sociología religiosa. Y, aún así, este estudio ha de ser limitado. La penuria de estadísticas, y el que la sociología religiosa en España esté en mantillas, me han obligado a recurrir preferentemente a impresiones personales; a lo que los franceses llaman un *testimonio*. Quiero poner ante vosotros a un español, que no seré necesariamente yo mismo, pero que estará compuesto de mi experiencia y de las experiencias de que he tenido noticia directa. Si le preguntamos a ese español por la eficacia social de su catolicismo, ¿por qué no va a responder viendo en qué medida han contribuído a hacerle más católico —o menos católico— los diversos estamentos sociales por los que ha pasado: la familia, la escuela, la Universidad y la misma Iglesia, en lo que ésta tiene de humano y contingente? Del valor representativo de ese testimonio no respondo; sois vosotros los que debéis concederle o no generalidad; de su sinceridad e independencia, sí que respondo. Tengo la que un ilustre católico llamó "vocación de independencia". La he pagado cara; pero me ha dado el derecho a que no se vea en lo que diga ningún partido tomado de antemano, ninguna acepción de personas o de equipos. En cuanto a la sinceridad, el mismo católico al que acabo de referirme, Fernando Martín Sánchez, observó alguna vez que es difícil ser sincero sin ser imprudente. Si me encontráis imprudente, perdonádmelo, porque será únicamente consecuencia de mi afán de sinceridad.

PUES bien: lo primero que salta a los ojos es que, en contraste con la unidad de un Estado católico, nuestra sociedad aparece dividida en dos secciones: una, practicante; otra que, por lo menos, no lo es: burguesía y proletariado. No entremos en números. Las últimas estadísticas de la diócesis de Bilbao dan un porcentaje de 55,8 por 100 de asistentes a la Misa. El de Madrid, en 1944, era de 45 por 100; el mismo que ha registrado recientemente Austria. Concedamos que, aún en los que no van, existe un gran número que de ninguna manera pueden ser considerados como apóstoles. Siempre quedará una parte considerable, de cuya conversión hay que *hacerse problema*. Generalmente, se piensa que esa conversión depende de las "obras" del católico. Esto no es verdadero más que en parte. No basta, para explicarnos la apostasía del proletariado, saber lo que el católico es o deja de ser. Esta es una razón de más para que dedique la parte primera de este estudio a considerar lo que es el catolicismo burgués, para pasar luego, con más conocimiento de causa, a reconocer lo que el proletario ha llegado a ser.

I. EL CATOLICISMO DE LA BURGUESIA

La familia

EL carácter de testimonio personal de esta charla me veda tratar lo que no conozco directamente: dejaré fuera, por eso, la familia aristocrática y la campesina, para quedarme, como campo primero de observación, con la familia burguesa y urbana.

¿Será excesivo hablar de una familia *carlista*, en que la postura secular de oposición avivó el sentido del catolicismo, que se vivía como clave de una tradición heroica, cuyo depositario y transmitente era, principalmente, el padre? En el campo y en determinadas regiones, sobre todo, se encontraría esa familia patriarcal, fuera, incluso, de una doctrina política concreta. Rodeando ese islote, la familia corriente se ha caracterizado por un catolicismo más ambiental que deliberado, en que el padre, o simplemente lo toleraba o lo practicaba a remolque de la madre, que, en cuanto a lo religioso, era la verdadera cabeza de familia. Sustancialmente, este esquema se mantiene. Su principal consecuencia es que el catolicismo de la familia será como el de la madre, es decir, catolicismo piadoso, suficiente para el niño, pero no para el adolescente. Cuando éste tropieza con sus primeros problemas, el sexual y el intelectual, con las primeras pasiones y las primeras dudas, ¿qué encuentra en su familia? Ante todo, una moral familiar alta. El matrimonio como institución se respeta; no es un juego. El adulterio (sobre todo el de la mujer) es adulterio. La familia tiene hijos. El español la ama... Pero se pasa el día en la calle. Posiblemente, obedece esto a la falta de atractivos materiales del hogar (que nada tiene que ver con su riqueza) y a que la mujer se convierte en seguida en madre y nada más, terminando como esposa, e impidiendo así una auténtica amistad entre los cónyuges, que podrán amarse mucho y no llegar a constituir un verdadero equipo, y mucho menos asociando a él activamente a los hijos. No se crea así ambiente para que al hijo se le ocurra acudir a los suyos con sus problemas. Pero aunque lo hiciera, no encontraría, por lo común, sino un padre que no quiere ayudar y una madre que no puede ayudar. La consecuencia es que la familia carece de fuerza para vencer a la calle y que el hijo (y hoy la hija también) se le va. Queda la huella, que casi siempre reaparece con los años, de esa primera formación; pero, en conjunto, la familia, como factor activo del catolicismo, termina con la infancia.

Esta familia, que no forma lo suficiente, en algún sentido deforma. De hecho, parece más burguesa que católica; exactamente, da la impresión de que es católica porque es burguesa. Ahora bien: la burguesía tiene las virtudes de la laboriosidad y de la previsión. Vive obsesionada por el mañana: el "empleíto seguro" de los sueños dorados de nuestras madres de familia. Pero sólo hay un paso de ahí a la obsesión del dinero. Nace ésta, generalmente, del contraste entre el tono de vida que se lleva (a menudo por obligación) y las posibilidades económicas. Ello puede originar sacrificios muy cristianos (el aguantar con decoro, disimulando, sin quejas ni amargura); pero, otras veces, los esfuerzos para llenar ese vacío con la pura apariencia engendran un fenómeno típico de nuestra clase media: la cursilería; y otro tan inexplicable aparentemente como la resistencia de nuestras "católicas" familias a la vocaciones religiosas de sus hijos (que, sin embargo, son el fruto lógico de la piedad familiar), y que en los planes de los padres nunca entre ni casualmente la palabra "vocación". La preocupación económica (única que en muchas casas llena las sobremesas familiares ante unos hijos listos a asimilarlo todo) no ha hecho más que intensificarse en la familia de nuestros días. Lo peor es que ya no se trata de hacerla compatible con "adherencias", como el convencionalismo, la laboriosidad y la previsión. Se trata de ganar más; pero no de ahorrar y, menos aún, de ganarlo trabajando. Se prescinde de las formas; pero no se las sustituye con la sinceridad, sino con el cinismo. Se pierden las virtudes burguesas; pero no se adquiere la generosidad proletaria. Y la unidad familiar se hace tan laxa, que corre peligro de desaparecer.

Se habla de robustecer económicamente la clase media, y es necesario; pero se olvida que, sin el espíritu de sacrificio, que lleva camino de desaparecer en la riada de la proletarización, nada se conseguiría. Gracias a Dios, el fenómeno de espiritualización de la familia, aunque minoritario, es visible. El hombre se ha hecho más católico; la mujer ha adquirido una preparación intelectual superior, y al hogar tradicional, que a menudo era sólo el hogar aburrido, sucede una intimidad mayor entre los miembros de la familia, que encuentra, para constituirse sobre una base de amor y no de autoridad, las facilidades que da un trato más libre entre los jóvenes. Hoy se descubre la espiritualidad del matrimonio y la concepción de la familia como equipo consciente de su unidad dirigido por el padre, pero en el que todos tengan la costumbre de contar con todos. (No contribuye a ello, por cierto, el despedazamiento de la familia en cuatro pedazos que la Acción Católica realiza todos los domingos, cuando la familia va a Misa; ni las primeras comuniones de los colegios, con los padres separados de los hijos, porque si no la ceremonia "se desluce". La vida sobrenatural

en común es la base de los equipos familiares, y no basta el Rosario).

El colegio

EL colegio es la primera mano que la sociedad echa a la familia. Sin todo el éxito deseable. A la religión piadosa de la madre, el colegio yuxtapone una religión abstracta, sin nada que ver con la vida. El catecismo que los párvulos aprenden de memoria, sin entenderlo, es el anticipo de las clases que en el Instituto y en la Universidad *enseñarán*; pero no invitarán a vivir, lo que se presenta con tan riguroso lenguaje escolástico como escaso lenguaje evangélico. El *colegio religioso* es una excepción, porque procura no sólo instruir, sino educar. Su mejor recompensa son las vocaciones, que nacen en el ambiente familiar, pero que corrientemente se despiertan en el del colegio. ¿Por qué recatar, sin embargo, que la formación humana que da el colegio es deficiente, posiblemente por exceso de vigilancia y falta de un ámbito de libertad en el alumno? En "mi" Universidad, al menos, al alumno del colegio se le notaba que lo había sido en su menor capacidad de iniciativa. Tengámoslo en cuenta para explicarnos después muchas cosas. Otra excepción, pero en contra: el colegio religioso para niñas, donde apenas si se hace, en general, más que continuar el catolicismo piadoso de la familia, sin profundizar; y donde el sentido burgués de la familia se intensifica con un sentido de clase, que se refleja en las diferencias de colegios o, dentro de uno mismo, entre las clases de pago y las gratuitas (¡claro, las niñas pobres hablan tan mal! ¡Tienen tan malos modales), o en ejercicios de redacción libre, como este de un colegio de religiosas "distinguido": "¿Por qué no te gustaría ser pobre?" También esto tendrá sus consecuencias. Pero dejemos ahí a las niñas, pues, por lo común, en ese catolicismo de piedad —y ¡ay! de rutina e ignorancia— las encontrará el matrimonio. En cuanto a los muchachos, mejor o peor formados por la familia y el colegio, les sorprenderán en seguida los primeros huracanes de sus vidas: el sexual y el de la inteligencia (luego les llegarán el del poder y el dinero). ¿Con qué armas se los ha provisto para rechazarlos?

El problema sexual

HOY es moda negarlo. Pues bien: hay que decir que existe, que un ambiente de represión es justo y es oportuno y que a él se debe la moral de nuestra familia y el que conservemos como colectividad el sentido del pecado y de la vida sobrenatural, que tiene como condición previa la castidad. Ahora bien: la desenvoltura creciente de ciertas tontilocas muchachitas y sus pretensiones absolutamente contraproducentes de camaradería e indiferencia sexual, ¿no son, en parte, reacción contra una excesiva diferenciación que no ve más que sexo? En otros países es menor la distancia entre los sexos. Aquí, la diferencia es acusada y casi ofensiva, en el pueblo sobre todo: el hombre, muy macho; la mujer, muy hembra. Con ello, sus relaciones podrán ser sexuales y pasionales; no inteligentes y afectivas, con las consecuencias ya expuestas a propósito del matrimonio. El remedio inmediato se busca en un clima de restricción. Pero que ese clima, tal como existe, es imperfecto, lo prueba que el muchacho caiga generalmente, apenas llegado a la adolescencia. Toda la obra de la familia y del colegio se derrumba cuando aparece la tentación de la carne. Pienso que por la inconsistencia de esa obra y porque la educación recibida se ha limitado a moral, y a moral de un solo mandamiento, y es, en consecuencia:

1º *Unilateral.* No parece que haya otro pecado, y esto no sólo en el adolescente. Durante toda su vida, el español se acusará de eso; no, por ejemplo, de falta de caridad. Es verdad que se trata de un pecado fácil de cometer y de percibir; pero es que no se educa para percibir otro; con lo cual lo que, en cierta medida, sería saludable, se convierte en malsano.

2º *Negativa.* Sólo el amor de Dios como realidad efectivamente vivida puede vencer al amor de la carne. Y al niño se le ofrece únicamente un catolicismo de "no". El Decálogo es una lista de prohibiciones, como no entrar en el césped de los parques y no poner los codos en la mesa. Pero solamente el "no" no da fuerzas para decir no.

3º *Sin explicación.* La mezcla de poesía y de caricatura que es la película italiana *Mañana será tarde* escandalizó a muchos españoles. Sin embargo, apuntaba a un problema que, simplemente, no queremos ver: la incapacidad de la familia para educar católicamente al niño cuando deja de serlo. Evidentemente, más cómodo es no enterarse.

4º *Sin sustitutivo.* Hoy se tiende a valorar el deporte; pero son muchos los que no encontraron ni en la familia ni en el confesonario una prudente indicación que tantas derrotas les habría evitado.

Esto produce consecuencias de efectos lejanos, como el complejo de culpabilidad que se proyecta incluso sobre lo que de suyo es inocente y lleva a la idea del matrimonio como *honestam fornicationem;* institución en que se puede pecar sin pecar; concepto caricaturesco que se da, sobre todo, en la mujer. Claro es que el matrimonio fundamentalmente es amor y no sexo, y que el éxito del matrimonio es introducir a Cristo entre los cónyuges y no introducir una buena técnica sexual; pero la persistencia en la mujer del recelo con que se la ha acostumbrado a mirar todo lo de ese orden y aun todo lo que lleve la palabra "amor", y la induce a confesarse de haber leído "novelas", así, sin discriminar, provoca, aparte de lunas de miel tragicómicas, más de una infidelidad del marido, que busca fuera lo que no encuentra en su casa, e impide una auténtica espiritualidad matrimonial, porque sobre la ignorancia, que se toma equivocadamente como inocencia, no se puede edificar nada. Sobre esos supuestos es más fácil que el matrimonio se convierta en una costumbre, sostenida por el ambiente social y no por sí mismo.

Pero sólo costumbres, además, no bastan contra las tentaciones de cierta gravedad. Aunque "la querida" no llegue aquí a convertirse en una institución, es significativa la minimización social de la gravedad del adulterio del hombre, como, ahora mismo, el desarrollo del neomaltusianismo, que ataca al matrimonio en su corazón, y que se difunde en nuestra clase media mucho más de lo que a menudo se quiere admitir y en gentes que no se recatan en declarar que lo practican.

La base intelectual

LA segunda tentación es contra la fe. Choca una instrucción humana avanzada con lo que el cardenal Gomá denominaba "la arena móvil de una religión de credulidades, de sentimientos, de rutinas e inconsciencias", que en los fieles es ignorancia y en la Iglesia docente es conocimiento sin vida. Sería impertinente que yo tocase puntos como el de la preparación intelectual de nuestro clero; pero sí me arriesgaré a decir que, posiblemente, la obsesión por la seguridad de la doctrina le impide atender debidamente a abrir nuevos caminos con que llegar a los fieles. Luego, los católicos que alguien ha llamado de "excomunión diaria", y el recelo ante todas las manifestaciones del mundo moderno, y especialmente ante los medios modernos de expresión, han levantado un muro entre las verdades de siempre y el tiempo actual, que muchas veces, en momentos en que necesitábamos la ayuda intelectual de la Iglesia, nos ha dejado a solas con nuestra angustia.

El católico español se ha hecho periodista o, a lo más, sociólogo. Pero no ha llegado al teatro, ni al cine, ni a la radio, ni a la televisión, ni a la novela. Su arma favorita ha sido la censura; pero ésta es arma de valor muy limitado y que, frecuentemente, se vuelve contra quien la maneja, creando un clima de recelo que automáticamente impedirá que el católico, en cuanto tal, se acerque a los medios de expresión mencionados, que son los más eficaces para llegar al hombre actual. Esto se da en el católico seglar, pero con mayor razón en el sacerdote. El sacerdote no conoce a menudo esos medios de expresión. No está preparado ni para su censura. Habla otro lenguaje y piensa de otra manera. Pero con ello se crea la apariencia de una incompati-

bilidad entre catolicismo y modernidad, que, en la práctica, obliga al católico a partir su vida en dos secciones, de las que la menor corresponde precisamente a una religión cuyos principios están expuestos en un lenguaje inasequible para él.

¿Habrá que añadir la pérdida del sentido de la belleza moderna, sin haber conservado la belleza antigua? Cierta sequedad, antipatía y falta de generosidad; la erudición, como única arma frente al ingenio; la oposición, por algunos declarada y casi por todos practicada, entre "sensibilidad artística" y "sensibilidad sacerdotal"; las iglesias, en que hay que cerrar los ojos para poder rezar; las devociones antilitúrgicas y mediocres, ¿no acaban por producir la idea, no ya en el artista o el exquisito, sino simplemente en el católico, que no renuncia a ser hombre de su tiempo, de que hay incompatibilidad entre la religión y la belleza?

Es un hecho, en fin, que las oposiciones catolicismo-modernidad y catolicismo-belleza, y una notoria falta de exigencia intelectual en los medios católicos, crearon la apariencia de otra incompatibilidad: la de catolicismo y vida intelectual, que explica la apostasía de nuestros intelectuales contemporáneos.

Esto, hoy, se ha terminado. Se aspira a un catolicismo que no sólo custodie el depósito de la fe, sino que afronte el riesgo de su adaptación al mundo moderno, y, así, se intenta la conquista de los modernos medios de expresión, se adapta por nuestra cuenta a nuestros heterodoxos y nos acercamos a catolicismos de adaptación, como el francés, que tienen sus peligros, pero también sus enseñanzas. Pero no hemos hecho más que empezar. Lo que aquí llamamos cine religioso es, generalmente, puro caramelo. Nuestros templos siguen abarrotados de imágenes de pacotilla, y la polémica de excluyentes y comprensivos prueba, posiblemente, que no estamos preparados para la asimilación de nuestros heterodoxos sin peligro, porque no estamos ni siquiera a la altura del tiempo católico. Pero sólo con haber empezado se han facilitado al joven de hoy unas ayudas que ya habríamos querido tener los que estábamos en su caso hace veinte años.

La renovación de los Seminarios, la nueva postura intelectual del clero, son manifestaciones de este movimiento. En gran medida es, sin embargo, obra de seglares, y esto produce recelos, en parte justificados, pero que olvidan: primero, que ni el seglar tiene siempre que ser teólogo, sino llevar la proyección de la teología a campos donde, si él no va, nadie irá, y a los que no puede llegar el sacerdote; y segundo, que la solución no es fruncir el ceño al seglar, porque habla precipitadamente del Cuerpo Místico (hace unos años no le preocupaba el Cuerpo Místico de ninguna manera), sino guiarle, aceptando a su vez aquello en que el seglar puede dar lecciones: el sentido del mundo moderno. El seglar pide la ayuda del clero; pero tiene la impresión de que, aunque éste avance, en muchos casos ha perdido contacto con él, y no porque el seglar haya ido más de prisa de lo que debe.

El sacerdote

NUESTRO muchacho ha recibido ya el influjo del catolicismo de su familia, de su colegio, del ambiente social. Hoy existen nuevos círculos irradiadores de catolicismo, como los Colegios Mayores, el Frente de Juventudes y una mayor difusión de los ejercicios espirituales. No menospreciemos, sin embargo, el catolicismo ambiental, por muy rutinario que parezca. Crea un clima que vence aun sus mismos defectos y hace católicos que, no por ser fruto de una presión social más que de una convicción personal, dejan de ser capaces de morir gallardamente por esa fe que tan tibiamente han vivido. En ese catolicismo, ¿cómo ha influído el sacerdote? Dejo fuera la consideración del sacerdote en cuanto es ministro del Señor: lo que para cada uno de nosotros representa administrándonos la Comunión, absolviéndonos, celebrando el sacrificio de la Misa. Hablo del aspecto humano del sacerdote. Porque insiste en él la moderna literatura religiosa, se dice que rebaja al sacerdote. Es un error. Ver al sacerdote-*hombre* hace sentir más intensamente el misterio del Sacerdote-*Dios*, como la contemplación de la Iglesia-*humana* nos acerca al misterio de fe de la Iglesia-*divina*.

Eso ocurre hasta con el mal sacerdote; ¡cuánto más con el buen sacerdote, cuyas imperfecciones no borran el rastro de luz de una vida pobre y sacrificada! Ahora bien: los curas viejos supieron morir sin apostatar, y esto no debemos olvidarlo. Pero ¿vivieron a tono con su muerte?

El problema no es de malos sacerdotes ni de sacerdotes ricos, porque, en general, son pobres y buenos, sino del sacerdote-funcionario, que, apresurada y distraídamente, casa y bautiza, predica sermones y amonesta en el confesonario con los mismos lugares comunes dichos de memoria; celebra la Misa sin iniciar apenas los gestos, y en su despacho de la Sacristía desempeña unas funciones administrativas, que mejor estaría que no tuviera que desempeñar, con la desgana de un vulgar oficinista o con la seriedad de un ejemplar gerente comercial; pero nunca como sacerdote, desperdiciando por ello preciosas ocasiones de acercarse al alma de los que sólo van a la parroquia para casarse o bautizar a un hijo. Mucho lo excusa el sacrificio constante que es la vida sacerdotal y el aislamiento que tantas vocaciones detiene, por temor a la rutina, hija de la soledad. Pero también existe ahí alguna culpa de los sacerdotes, que reducen al seglar, que podría haber sido su interlocutor, a un papel pasivo, y, en todo caso, el hecho es un tipo de sacerdote, relativamente frecuente, que ni es apóstol ni parece siquiera ministro del Señor, y que con su sola manera de ser, sin necesidad de palabras, aparta de sí al seglar que humanamente le necesitaba. ¿No se crea así la idea de una incompatibilidad entre religión y ardor?

Luego está el minimismo. También aquí lo exigimos todo del sacerdote, cruelmente, quienes después no nos exigimos a nosotros nada. Y, sin embargo, hay que registrar la frecuencia de un inconsciente enmascaramiento de Dios detrás de su Iglesia, que se refleja en la sustitución de la vida *religiosa* por la vida *piadosa*, de la *religión* por la *moral*, y por una moral de *vicios* más que de *virtudes* y de sutiles distinciones entre lo venial y lo mortal, el precepto y el consejo. A la predicación viva y concreta sustituye la predicación abstracta, con sermones alternativamente grises, de aridez teológica e inoportunas citas latinas, o rosas, de pura sensiblería. Se diría que somos no un incendio, sino un seguro contra el fuego, y hasta, humanamente, el estilo de muchos sacerdotes tiene demasiada azúcar y muy poca sal. ¡Cuánto bien nos hizo verlos en el frente, vestidos de caqui! Porque no les pedíamos prudencia ni que fuesen lo que el bueno de Pepón, en la novela de Guareschi, llama curas "clericales". Y lo peor es que la postura se corrió al seglar, y apareció así, como caricatura del sacerdote "prudente", el seglar "frígido"; el "micropsíquico", siempre de luto, circunspecto, piadoso y sacristanesco. Pero tan poco amor y tanta medida, cuando el Cristianismo es la falta de medida; ese reducir la religión a Derecho, para disecarla y clavarla con el alfiler de un sistema, y concebir la Gracia no como alimento que nos fortalece, sino como un vaso de finísimo cristal que llevamos entre las manos, con miedo de que se nos rompa al menor tropiezo; ese vivir en gracia, no "de" la gracia, ¿no podía crear la idea de que el catolicismo era incompatible con la *gallardía*? Había unos beneméritos "católicos sociales", con más de sociólogos que de sociales. El matiz sutilmente peyorativo que el término adoptó, ¿por qué se explica sino porque había más de temor que de amor en ese catolicismo? El católico era el perenne encogido, limitado a replicar a las cuestiones que otros planteaban. El católico le tenía miedo a todo: al cine, a la radio, al pensamiento moderno, al obrero, al seglar. Había una ecuación entre catolicismo, cabeza ladeada y dulzonería. ¿Qué era el catolicismo sino una religión de mujeres y de niños? Naturalmente, esto no es lo que pienso; pero sí lo que podría pensar un joven español hace veintitantos años, se lo confesara a sí mismo o no. Que algún fundamento tenía, lo prueba el que hoy se insista en la base humana del catolicismo y triunfen libros con títulos tan significativos como *El valor divino de lo humano*.

No quisiera dejar de recordar a los sacerdotes ejemplares que Dios ha puesto en mi camino, y han sido para mí todo lo que los seglares exigimos al sacerdote, y carecemos de piedad para exigirles todo los que no somos nada. Pero no puedo disimular el hecho de que en el sacerdote, en general, no hemos encontrado siempre lo que necesitábamos.

La guerra

LO que necesitábamos nos lo dió Dios con la guerra. Entonces se comprobó que nuestro catolicismo no era sólo rutina. La persecución revalorizó lo que dormía en el fondo de tantos jóvenes, que, en 1930, estaban "en contra", y, en 1933, estaban "al lado". Aquella reacción, en sus últimas instancias, era religiosa; pero inmediatamente era política, y esta alianza, que era lícita y obligada, fué providencial, porque nos hizo sentir el ser católico como algo gallardo y borró definitivamente la equiparación del católico con el beato.

Nuestro catolicismo vive de ahí; se lo debe todo a la República y a la guerra: a la persecución. Esta nos lo hizo profundo. Obligó a defender hasta la muerte algo que no se había sabido vivir. Pero de ahí nació el intento de profundizar más aún al desechar el simplismo de "buenos" y "malos" y aprender que la culpa no fué enteramente de los quemaiglesias, y que sobre nosotros, "los buenos", pesaba una difusa, pero agobiadora responsabilidad colectiva anterior.

Las vocaciones religiosas fueron las primeras consecuencias de la guerra, y, en mayor grado, para los que vivieron en zona roja y tuvieron la gracia de un mayor sufrimiento. Pero esas vocaciones fueron sólo la avanzada de una vocación general de todo nuestro catolicismo, cuyos practicantes, burgueses en su casi totalidad, tuvieron que enfrentarse, recién ganada la guerra, con el hecho de que una gran parte del país vivía fuera del catolicismo.

II. SITUACION RELIGIOSA DEL PROLETARIADO

LA consecuencia es que, lo que en el campo puede llegar a ocurrir, se ha verificado ya en las grandes ciudades: el pobre vive fuera del catolicismo. ¿Somos por eso lo que los franceses llaman *país de misión*? No lo parece. Psicológicamente, el pueblo sigue siendo católico, y aún más que psicológicamente, como ocurre en los últimos momentos y en las ocasiones trascendentales de la vida. Pero si el número de los que manifiestamente no creen en Dios es más reducido de lo que se piensa, es más impresionante el de quienes no creen ni en los *cristianos* ni en la *Iglesia*, y esto nos plantea el más importante problema que tenemos ante nosotros.

La raíz está en el carácter mutilado y contrahecho de nuestro catolicismo. En un consultorio de cualquier revista religiosa corriente, los lectores plantearán problemas como si pueden beber o comer antes de la comunión, comulgar con impermeable plástico o hacerlo el día siguiente de la boda; si es pecado ir a Misa para ver cómo ayuda el Santo Sacrificio un chico que le gusta a la consultante, o si lo es, en una telefonista, escuchar las conversaciones de los novios, aparte las interminables cuestiones sobre bailes, pinturas, trajes de noche y medias de cristal. Las consultas "sociales" apenas pasan, en media docena de números, de la de una criada que se lleva cosas porque le pagan mal y el propietario de un automóvil que duda si debe subir a él a los peatones que se encuentra en la carretera. Todos en España se confiesan del sexto mandamiento. Viven bien o mal, pero pendientes de él. Nadie se confiesa de los deberes sociales, que reducimos a una caridad ridícula y anacrónica. Vivimos un catolicismo cuya aspiración se cifra en salvarnos aisladamente. No tenemos idea de que existe un prójimo; ¿cómo vamos a tenerla de que hay que auxiliarle económicamente? Y, sin embargo, el sentido social no es un apéndice del cristianismo; es "el" Cristianismo, la afirmación de la solidaridad entre los miembros del Cuerpo Místico. Cuando ese sentido se enfrenta en nosotros con el sentido burgués del provecho individual, vence éste. Lo que se da al prójimo es por pura defensa. ¡Qué bueno sería que pudiéramos de veras decir —como señalaba alguien—, dirigiéndonos al pueblo y parafraseando los versos célebres, "que sin el socialismo yo te amara y sin el comunismo te quisiera"!

La consecuencia lógica es que en el proletario se mantenga un clima de lucha de clases; que no espere nada de la reforma de las costumbres y sí de la reforma de las estructuras, pero de la impuesta violentamente. Pues lo mismo que los intelectuales se afiliaban hace años a los que tenían la bandera de la modernidad, el proletario se mantendrá fiel a los que tengan efectivamente el sentido de lo social.

En segundo lugar, el proletario no cree en la Iglesia docente. Se dirá que ésta ha enseñado sus obligaciones sociales a los cristianos y que no es culpa de ella si no son obedecidas Encíclicas papales y Pastorales de obispos. Pero ¿es verdad que ha predicado todo lo necesario? Sobre todo, ha predicado sin concretar y con demasiada prudencia. La Iglesia, para el proletariado, es burguesa, y en gran parte se debe a la propia Iglesia. Pensemos en las repercusiones del funcionarismo o en los aranceles. En general, no repugna pagar; pero sí que, según se pague, así son los servicios. No es problema de derechos, sino de oportunidad, y lo mismo podemos decir de la falta de gallardía, que hace que, para el proletario, el sacerdote sea, con palabras del P. Florentino del Valle, jesuíta, como "un apaga incendios", asustadizo y con modos de vaselina. Se explica que la Iglesia tenga que atenerse en su predicación a las características de aquellos que casi exclusivamente van a escucharla; pero el hecho es que, por motivos legítimos o por imperfección del sacerdote y del católico en general, el obrero en el templo no se siente *en su casa*. Sabe perfectamente que a menudo se entenderá cristianizarle como aburguesarle, y comprende que, en algún sentido, esto será hacer de él un traidor a los suyos. En teoría, la iglesia está abierta al obrero; en la práctica, le está cerrada. En sus murallas estamos nosotros: sus celosísimos defensores. Tan celosos que acribillamos al que se acerque a la puerta. ¿Buenos cristianos? ¡Desde luego! Pero nos hemos convertido en los espantapájaros del templo.

Algunos proponen como remedio deshacerse del Estado, porque perjudica a la Iglesia su conexión con el Poder y con un fenómeno de "inflación religiosa", que puede arrastrar a la Iglesia en su desprestigio. Pero no sería justo ni hábil extremar la nota y olvidar: primero, que el Estado es un instrumento extraordinario para actuar sobre la sociedad, y que sus inconvenientes son menores que sus ventajas; y segundo, que los defectos del Estado son los defectos de los mismos católicos, que, sin protección oficial, despertarían las mismas suspicacias que hoy despiertan con ella. La cuestión es saber utilizar el Estado, y, de manera análoga, que la Iglesia se sepa presentar recatadamente. Un catolicismo demasiado público valdrá en el campo o en un clima tradicional; es contraproducente con el obrero. Recuerdo una procesión en que se invitaba a ir de uniforme o de frac; ¿se concibe el efecto que esto produciría en gentes para quienes —con razón o sin ella— el uniforme y el frac no tienen fuerza convincente alguna? A la misma Acción Católica (entre cuyos frutos, que no se trata de negar, está haber puesto en contacto a clero y fieles), ¿no le impiden sus exterioridades, sus insignias y banderas, llegar a donde llega el católico que es sólo de la que Aranguren llamó con ingenio la "Orden Tercera de la Acción Católica", y hace así un apostolado con la mínima visibilidad?

Más importante todavía es adquirir el sentido de que no somos una sociedad íntegramente católica. Saber ver, que es la cualidad de los católicos franceses, que el Papa ha ensalzado, y que a nosotros nos cuesta trabajo adquirir; por esto, al menor motivo, las palabras "demagogia" y "filocomunismo" asoman entre nosotros; apenas se trata de descorrer el velo. Porque no vemos, lo tenemos todo centrado en la parroquia tradicional. Se supone que todos los que viven dentro de sus límites son católicos por haber sido bautizados; pero, de hecho, la parroquia funciona sólo para los habituales,

La postrer lección de Voltaire, maestro de la burguesía

Gabriel Oggier

Catamarca.

EL diario "El Pueblo" publicó el pasado 29 de agosto una extensa noticia sobre la muerte del apóstol de los librepensadores, bajo el título: Voltaire murió, arrepentido, en el seno de la Iglesia. Léese en ese sorprendente informe que "Jacques Danvez, en un artículo para "Le Figaro Littéraire", afirma con pruebas que Voltaire se retractó de sus errores y volvió al seno de la Iglesia cuando se encontraba gravemente enfermo, pero todavía con sus sentidos cabales". Más abajo se cita el documento firmado por el propio Voltaire en que éste afirma haberse confesado, agregando "sépase que muero en la Santa Religión Católica, en la cual nací y que espero de la Misericordia Divina que me perdone todos mis errores; sépase también que si he escandalizado a la Iglesia, pido ahora, ante Dios, que me perdone".

Ignoramos el grado de escrupulosidad con que ha procedido el señor Jacques Danvez, o los que han realizado los pertinentes estudios críticos de los mencionados documentos. De todas maneras, es evidente que de ser éstos auténticos, la conversión sincera de Voltaire sería un hecho a todas luces cierto, sin resquicio a duda.

Lo que en tal caso podría, a primera vista, parecer extraño es el afán de los librepensadores en ocultar o falsear los hechos. No sólo lo hace D'Alembert en el relato que presenta a Federico el Grande sobre la muerte de Voltaire, sino que el mismo propósito inspira también la publicación de un folleto aparecido tres años después de la muerte de éste, en Prorrentruy de Suiza. Transcríbese allí el informe que habría enviado el Padre Gaultier al Arzobispo de París en que le comunica que no pudo acercarse al lecho del enfermo antes de que éste entrase en agonía, siéndole por consiguiente imposible la administración de los sacramentos y aún mucho menos obtener la retractación formal de sus errores. Y es precisamente esta publicación

---

siempre los mismos. Y es que la parroquia ya no se puede concebir como centro de una Cristiandad constituída, sino como punto de partida para una Cristiandad que hay que constituir: para una tierra incógnita, cuyas fronteras pasan por delante de la puerta de nuestra casa. Se trata de entender que la red de la organización de la Iglesia, que llega a todos los rincones del país geográfico, está ausente de gran parte del que se ha llamado país sociológico, y de comprender que los de dentro (sí; los mismos feligreses distinguidos, que reciben invitaciones para la Misa del Gallo) no son los que más importan, sino los de fuera. Pero si Jesucristo se fué tras la oveja perdida, hoy dejamos escapar las noventa y nueve y custodiamos la única oveja fiel, hasta aburrirla tanto que se escapa también.

A los obreros tienen que ir obreros; gentes que hablen su lenguaje. No para hacer una Iglesia de pobres frente a otra de burgueses, sino para llevar a aquéllos a la Iglesia de todos. Pero los burgueses tienen posibilidades de actuación destacadísimas: en primer lugar, pueden no estorbar, y estorban el paternalismo, los golpecitos en la espalda, las comuniones con desayuno, las tómbolas y las funciones benéficas; en segundo lugar, pueden procurar desaburguesarse, en homenaje a sus hermanos. Desaburguesarse no supone renunciar a sus cualidades de clase (lo mismo que hay maneras *nacionales* de vivir el catolicismo, ¿por qué no va a haberlas de *clase*?), pero sí a sus defectos, y convivir con el obrero (no basta conocer el problema social. Eruditos sociólogos no saben hablar con el obrero, no tienen nada de común con él. Necesitamos menos propaganda y más testimonios personales) y, sobre todo, ser cristianos, que es la manera mejor de desaburguesarse.

Vuelvo a decir que al tratar del problema social se piensa en las "obras" del cristiano más que en su "modo de ser", y esto es una equivocación; se llega prácticamente a un cristianismo que consiste en amar mucho al prójimo, pero poco a Dios. El burgués puede hacerse más cristiano. Es moda negarlo; pero la crítica de la burguesía, ¿no la hacen los mismos burgueses? ¿No hay un proceso de reincorporación a la Iglesia de la burguesía que corrientemente se menosprecia? Pues bien: una burguesía plenamente cristiana podría ir *directamente* al obrero, evitando el ruido de las "obras", que tan fácilmente pueden convertirse en rutina, y, sobre todo, crear la impresión de que la Iglesia es rica, puesto que tiene para dar, y de que va a cobrarse eso que da comprando la adhesión espiritual del obrero. Y el desafortunado abuso de terminología militar ("conquistar"... ¿para el Cristianismo?, el obrero piensa que para la burguesía) fortalece esa impresión. El apostolado directo no pone a la Iglesia en el papel de ir detrás del Estado, esperando a que éste realice un programa social para predicar después el Cristianismo, como el explorador va detrás de las cuentas de vidrio con que se gana primero la benevolencia interesada de los indígenas. No pone a la Iglesia en el riesgo de ser tomada por un simple programa social. La Iglesia no esperó a ver resuelta la esclavitud, ni debe esperar a ver resuelta la cuestión social. Para ello exige que se crea a los cristianos, y no sólo por sus obras, sino porque sus palabras produzcan la impresión de una religión nueva, vivida, que sea un escándalo para el mundo y no una parte del orden establecido.

Más que programa social, me parece importante que el cristiano burgués se haga cada vez más cristiano y menos burgués.

El fariseísmo

NUESTRO catolicismo va para abajo en las masas; va para arriba en las minorías. No hay sino comparar el ambiente de 1936 y el de hoy. El vaso parece medio vacío, pero se está llenando. Se tiende a convertir el catolicismo ambiental en un catolicismo personal; el catolicismo de adhesión a una sociedad, en catolicismo de adhesión a Cristo; el catolicismo de una Cristiandad, que insensiblemente deja de serlo, en catolicismo de una Cristiandad que quiere volver a ser.

Nuestro defecto puede ser no saber ver; nuestro pecado, el orgullo. Debemos pensar no tanto que somos los mejores como que somos aquellos a quienes se mira más; que el católico español, por serlo, se presenta con un "plus" de catolicismo, y que, por ello, se ha de ver muy duramente juzgado cuando defraude. Acaso vivimos los católicos españoles del plazo que han conseguido para nosotros los mártires de nuestra guerra. El plazo está corriendo. ¿Podremos pagar cuando venza? Cuando cada día nos llega la hora de encontrarnos a solas con Dios, ¿qué podemos ofrecerle que sea de verdad nuestro, sino nuestras miserias, nuestra basura? Pero ésta es también una ofrenda cuando se presenta con la humilde convicción de que no tenemos cosa mejor. Lo que vale para cada uno de nosotros, vale para todos. ¿Qué catolicismo de qué país puede engreírse y presentarse como "el mejor"? Ningún síntoma mejor para el nuestro como que, no ya lo retórico, sino hasta la verdad, crea en muchos un cierto malestar, y que cuando el Papa habla de nuestro catolicismo "íntegro, recio, profundo y apostólico", pensaran bastantes que el hijo debe esforzarse por merecer más el elogio que al padre le dicta su amor.

Otro buen síntoma es que nos reunamos para hacer examen de conciencia, y no para comentar nuestras excelencias como el fariseo, y que, dentro de nosotros, los mejores tengan la necesaria humildad para aceptar que les acusen quienes, como el que os habla, posee menos títulos para hacerlo. ✦

la que el Padre Gaultier desmiente en el antes mencionado informe legalizado en presencia de notario.

Este consciente falseamiento de los hechos tendría, sin embargo, una explicación muy lógica dentro del ambiente de lucha que presenta la Francia del siglo XVIII. Poderosas fuerzas antagónicas pugnan tenazmente por prevalecer en aquella época tensa y agitada que precedió a la Revolución Francesa. En aquel grandioso escenario se destaca en primer término el hombre burgués, vigoroso protagonista cuyo triunfo quedará definitivamente consagrado cuando estalle la Revolución.

Raras veces una clase social ha desarrollado una vitalidad más pujante y enfrentó con tan enérgica decisión y dinamismo las múltiples vallas que el medio ambiente oponía a sus ambiciones. Si bien es verdad que muchas de éstas eran totalmente justificadas, no faltaron, sin embargo, las exageraciones y los yerros; pero indudablemente la más deplorable de todas sus aberraciones fué su designio de levantar la bandera de la incredulidad como uno de los distintivos más característicos de su clase.

En la historia, un hecho de gran significación normalmente es el fruto sazonado de una lenta evolución. También esa burguesía, tenaz y agresiva, de la época prerrevolucionaria es el fruto de una larga gestación, que presenta diversas fases en su lento e incesante desarrollo. Pero ya desde los primeros instantes de su vida, allá en la lejanía del siglo XVII, cuando empieza a dibujarse su fisonomía, aún imprecisa, uno de los primeros factores que determinan su aglutinamiento es su oposición, cada día más firme, a la Iglesia y sus representantes.

Por eso, por su incipiente escepticismo, comienza el burgués a diferenciarse de los demás hombres que son creyentes convencidos. Y es justamente en los sermones de los sacerdotes de aquel tiempo donde es posible descubrir la presencia de aquel hombre a quien es necesario convencer con argumentos adaptados a su nueva idiosincrasia.

Su oposición a la Iglesia tradicional se definirá más con el correr del tiempo, de suerte que en el siglo XVIII nos hallamos en presencia de dos mundos, uno al lado del otro. Y es entonces cuando la incredulidad se constituye en forma creciente en parte integrante de la conciencia de clase de la burguesía. (Bernardo Groethuysen, La Formación de la Conciencia Burguesa, México, 1943).

En vano buscaríamos en su pensamiento una ideología cósmica acabada, propia, nueva. Aquel burgués no se planteaba el problema del origen y del fin del hombre, o al menos fingía absoluta despreocupación. Con persistente optimismo exagera los valores de la presente vida y la bondad innata del hombre, rechazando de plano la existencia del pecado original y sus desastrosas consecuencias; y ante todo, pretende probar con los hechos mismos que le es posible al hombre alcanzar su plena felicidad en esta tierra, tan impropiamente llamada valle de lágrimas.

Por consiguiente, será la acción, y no la argumentación metafísica, su poderosa arma de combate: el mismo es todo actividad, dinamismo. Para lograr sus fines, se impone los más penosos sacrificios. De él escribe Croiset que lleva una vida que es "más trabajosa y tan ascética como la vida de los más grandes servidores de Dios en los claustros o en el destierro". Pero su ascetismo sólo tiene para él un significado positivo cuando es el camino que conduce a las riquezas. "Todo lo que no trata de préstamos, cambios e intereses, lo rechaza sumariamente". (Réflexions Chrétiennes, Tomo II).

Para este hombre de una estructura espiritual así definida, la visión del mundo y de la vida de tipo trascendente carecía de sentido. De ahí que los argumentos de los teólogos no surtiesen en él ningún efecto. Ante esta nueva mentalidad aparecía destituído de toda eficacia el discurso dialéctico.

Sus argumentos eran la realidad misma de la vida, sus éxitos, los pingües negocios, fruto codiciado de sus incansables afanes. Y todo lo atribuía al esfuerzo tesonero de sus manos laboriosas, que suplían con creces toda intervención de la Divina Providencia. En realidad, no parecía molestarle la existencia de un Dios que vivía despreocupado allá lejos, detrás de las nubes, como el "Grand Géometre"; pero cuya intervención en los asuntos terrenales, especialmente tratándose de sus negocios, la consideraba completamente superflua.

La estrategia más acertada de la apología cristiana hubiese sido, en tal caso, echar manos de la misma arma de combate que esgrimían sus adversarios: la experiencia de la vida. Y por cierto, este argumento se presentó con una fuerza irresistible, aplastante. La guerra del catorce y del treintinueve, la implacable lucha de clases y el comunismo avasallador proclaman hoy con grito estridente el rotundo fracaso del liberalismo. Un burgués optimista y declamador en el actual mundo europeo de post-guerra parecería realmente un personaje anacrónico.

La experiencia dió sus argumentos. Pero estos argumentos no llegaron a tiempo.

Con todo, había uno, sacado precisamente de la experiencia de la vida, que parecía hacer mella en aquellos hombres abrazados con ambas manos a la tierra: era el argumento de la muerte. Su gesto siniestro y su presencia fría e inexorable hacían vacilar a esos apologistas del mundo y sus goces efímeros.

Los predicadores católicos no dejaron de señalar esta su inconsecuencia. Aún cuando esos impíos —dicen— alardean por fuera de incredulidad, en el fondo de su alma temen los juicios de Dios. De ellos dirá Massillon: "basta que sea presa de una enfermedad mortal y ¡ah!, ya veréis como el presunto incrédulo torna a ser creyente... se vuelve hacia el Dios de sus padres, teme su justicia, en la que afectaba no creer..." (Obras, Tomo I, apud Groethuysen, pág. 100).

Si a todos los demás razonamientos respondían aquellos hombres de este mundo con una desdeñosa indiferencia, las cosas cambiaban ante el tremendo silencio de una tumba. Y... estos titubeos ¿a qué se debían? ¿Creían o no creían en el fondo de su alma?

Se produjo entonces un trágico adiestramiento: el de morirse. Era necesario partir de esta vida sin dar la menor muestra de debilidad. En un sermón escrito alrededor de 1761 se lee: "Bien veo como todos ellos... se animan mutuamente... para dar sin temor ni angustia el fatal paso; como cada cual quiere aventajar al otro en mostrarse impávido de un modo fatal al borde del abismo; y como cuantas veces uno de ellos muere como sabio, en honor de su sistema, según suelen expresarse, todos ellos se glorían de él con orgullo".

En tales circunstancias, el librepensador que, consecuente con sus principios, miraba a la muerte de frente, sin vacilar, sin traslucir la menor señal de arrepentimiento, se convertía en el héroe de toda una clase. Y con tales alicientes, la trágica aventura debió repetirse con cierta frecuencia.

Ahora bien, fué en tan extraño ambiente, con tan tiránicas exigencias en el que le tocó morir a Voltaire. Había sido el más destacado corifeo del descreimiento y sus escritos habían producido honda impresión en aquel siglo tan apasionado. Una y mil veces había escarnecido al cielo, a la religión católica y a sus ministros. Su sátira mordaz penetraba como saeta de fuego. Toda una poderosa clase social con plenitud de vida y en vísperas de su gran triunfo, lo aclamaba como a su maestro más conspicuo.

Y ahora le toca a este anciano maestro dictar su postrera lección: la de partir hacia la eternidad.

Sus discípulos juzgaron prudente correr un velo sobre este hecho, dando pie con ello a que la fantasía popular bordara libremente sus caprichosas leyendas. Velo que quedaría ahora definitivamente rasgado de ser auténticos los documentos arriba mencionados.

Y en tal caso, la muerte de Voltaire indudablemente no habría hecho mucho honor a sus principios filosóficos.

Hoy después de casi 200 años de aquellos sucesos, al cabo de una inmensa curva evolutiva, acalladas ya las pasiones encendidas por la polémica, los descubrimientos publicados en "Le Figaro Littéraire" a nadie incitarán ya a sacar banderas de victoria y a

El Festival Cinematográfico de Venecia 1954

Giulio Cesare Castello

Génova.

LA décimoquinta *Mostra* veneciana ha confirmado las previsiones: ausentes los países de Europa Oriental y China (con la excepción de Bulgaria que presentó *Pessen za Choveka* (Poema sobre el hombre) película sincera pero modesta de Borislav Charaliev, (biografía de un poeta revolucionario, Vapzarov, víctima del nazismo), las dos representaciones nacionales más importantes resultaron ser la italiana y la japonesa. A decir verdad, Italia ha estado en un primer término a pesar de no haberse incluído en su nómina oficial algunas obras. Esta estaba compuesta por *La romana*, de Luigi Zampa, y *La strada* (La calle) de Federico Fellini. La primera, inspirada en la novela homónima de Alberto Moravia, historia de la carrera de una prostituta, ha sufrido de todos los defectos típicos de las películas basadas en obras de ficción. No va más allá de tener un valor puramente ilustrativo, degenerando en su segunda parte hacia una imprecisión psicológica, debida en parte a defectos del argumento y en parte a las limitaciones impuestas por la censura. El error mayor de la película radica en la absoluta falta de una definición ambiental, puesto que en el film no existe Roma, y mucho menos la Roma fascista del tiempo de la aventura imperial, en cuyo clima encontraban justificación ciertos aspectos de los episodios ideados por Moravia. Una empeñosa interpretación de Gina Lollobrigida ha llegado a constituir el único elemento válido, dentro de ciertos límites, del film.

La strada puede ser definida como un generoso error. Fellini había estado trabajando en ella durante mucho tiempo, con la intención de que constituyera una versión cinematográfica de una autobiografía de matices lírico-humorísticos. *La strada*, historia de dos saltimbanquis, el *feo* Zampanó y la gentil Gelsomina, una muchacha débil mental, buscaba expresar el sentido de la soledad, de la incomunicabilidad entre dos seres, uno de los cuales (Zampanó) descubre sólo después de muchos años los valores humanos del otro, y tiene por ello, por primera vez, un escalofrío de humanidad a su vez. Pero la intención ha sido lograda a medias, con sugerencias líricas y patéticas, originales y delicadas, pero contrabalanceadas por una melindrosidad dulzona, señalable asimismo en la interpretación de la por otra parte idónea Giulietta Masina, junto a la que aparece un Anthony Quinn encerrado en una inexpresividad de la que se libera sólo en la escena final.

Muy distinta en su jerarquía nos ha parecido *Senso* (Sentido), de Luchino Visconti, película cuya exclusión de la lista de premios ha constituído motivo de escándalo. *Senso*, versión libre de un cuento de Camillo Boito, relata, en clave de realismo romántico, una historia de amor y de odio sobre el fondo de la guerra ítalo-austríaca de 1866. Protagonistas son una noble veneciana y un oficial al servicio de los Hapsburgo, dominada ella por una auténtica pasión que la lleva a arrasar todos los obstáculos basados en lazos familiares o en su patriotismo, mientras él aprovecha cínicamente de su amor. Al descubrir la traición de su amado, ella lo denuncia por deserción y lo hace fusilar. El aura de cinismo con que ha rodeado a los protagonistas, denuncia en Visconti una posición polémica frente a un mundo en crepúsculo. No obstante, las limitaciones del metraje han impedido al director aclarar, como era su propósito, todos los nexos entre la historia de amor y el relato coral, que culmina en la batalla de Custoza, donde gracias a un imprevisto envés de la situación, Austria resulta vencedora. Pero a pesar de algunas lagunas estructurales, de algunos alargamientos, de cierta retórica en los diálogos, la obra resulta de una calidad excepcional, gracias a su estilo densamente realista, aún cuando haya estado impregnado, de conformidad a ciertos presupuestos narrativos, por una veta melodramática. La película, interpretada por Alida Valli y un admirable Farley Granger, encuentra su más espléndida razón de ser en su plástica, en la que el prodigioso conocimiento pictórico con que se ha tratado el tecnicolor, no excluye el rigor de un empeño, como anotamos, escrupulosamente realista, que culmina en las secuencias del teatro, de la ciudad y de la batalla.

Otra gran afirmación del tecnicolor la constituyó *Giulietta e Romeo* (Julieta y Romeo), de Renato Castellani, película de co-producción ítalo-británica, a la que correspondió merecidamente la más alta distinción. También Castellani encaró su tema con intención realista, y, en consecuencia, no vaciló en marchar contra los dictámenes de la tradición, re-elaborando con plena libertad el texto de Shakespeare, en una minuciosa labor de cambios, interpolaciones y cortes, vigilados casi constantemente por un escrupuloso buen gusto y una fina comprensión de las motivaciones psicológicas. En el fondo, como ya lo había anunciado el realizador, su Julieta y su Romeo, aunque vistan los trajes italianos del cuatrocientos, no está humanamente demasiado lejos de los héroes neo-realistas de Castellani. Desde este punto de vista, parece oportuna la elección de una "no actriz" como la fresquísima Susan Shentall, cuya Julieta resulta mucho más vivaz que el Romeo de un actor ya probado como Laurence Harvey. También conviene subrayar con respecto a esta película que su aspecto más exquisito es el decorativo: inspirándose en la pintura italiana de principios del Renacimiento,

Flora Robson y Susan Shentall en "Giulietta e Romeo", que obtuvo el Gran Premio

---

asumir estériles actitudes de triunfador. Porque lo único que cabe es unirnos todos y, humildemente, entonar un nuevo himno al amor de Dios que es el único que aquí ha triunfado. Porque aquello fué un emocionante abatirse del cielo hasta la tierra misma para salvar a un hombre, hermano nuestro, tan ciegamente enamorado de la tierra que en su loca e insensata apología renegó del cielo y blasfemó contra Dios. ❖

Escena de "On the waterfront", de Elia Kazan, que obtuvo el premio O. C. I. C.

Castellani combinó ambientes auténticos —exteriores e interiores— de Verona, Siena, Venecia, S. Quirico d'Orcia, Montagnana, con escenarios reconstruidos, gracias a un paciente trabajo, encontrando para cada ambiente particular una especial clave cromática (a este respecto cabe recordar los exquisitos trajes de Leonor Vini) gracias a una paleta variada y vivaz, y sin embargo siempre ejemplarmente discreta, con resultados de indiscutible esplendor.

Entre las películas japonesas causó sensación *Sansho Dayu* (El Intendente Sansho) de Kenji Mizoguchi, que retoma una temática cara a los cineastas nipones, inspirada en los valores humanos de solidaridad y templanza, partiendo para ello de un relato complicado y algo melodramático, ambientado en un remoto medioevo feudal, caracterizado por la carestía, el despotismo y la esclavitud. Tema central del film es el nacimiento y la afirmación de una elevada conciencia moral en un joven cuyo padre, un gobernador, había sido alejado de su puesto por oponerse a los sistemas inhumanos entonces en vigor. Dominada por un tono hierático, una prolija búsqueda de atmósfera, una lúcida idoneidad formal, esta obra, aunque nada añade a la fama de su director, está a la altura de la mejor tradición japonesa. Más espurio, *Shichi nin no samurai* (Los siete samurais) de Akira Kurosawa, historia de un pueblo de campesinos y de su defensa contra los bandidos, en un Japón, como de costumbre, feudal, por parte de un grupo de samurais, contratados para aquella finalidad. La película, de dimensión inusitada, ha sido filmada con aliento generoso y prolijo, y pululan en ella las imágenes en las que se descubre aquí y allá un soplo épico, dentro de acabado virtuosismo. No obstante, sufre de una adulteración íntima, debida al empleo de fórmulas occidentales como las del *western*. El personaje, muy vigoroso, del fingido samurai (el magnífico Toshiro Mifune), que gana las insignias de tal dignidad guerrera cayendo en el campo de batalla, termina por conferir al relato un tono heroico-cómico prevalente y discutible.

De ambiente contemporáneo es *Osaka no yado* (Albergue en Osaka), de Heinosuke Gosho, pintura de ambiente, difusa y sin embargo delicada en un Japón post-bélico inquieto y empobrecido, compuesta de detalles aparentemente dispersos, de gusto casi chejoviano. Fuera de concurso se presentó *Konjiki Yasha* (El demonio del oro) de Koji Shima, cuyo argumento, un convencional folletín de fines de siglo diecinueve, está ampliamente compensado por una aguda exposición de los motivos psicológicos y una precisa búsqueda atmosférica, más un refinadísimo empleo del eastmancolor.

La numerosa representación estadounidense fué dominada por un *standard* espectacular de gusto estrechamente hollywoodense. Pero si *Three coins in the fountain* (Tres monedas en la fuente), en cinemascope, de Jean Negulesco, tiene características de gastado folleto turístico, ni *Rear window* (La ventana trasera), de Alfred Hitchcock, ni *Executive suite* (Sala del directorio) de Robert Wise, ni *The Caine mutiny* (El motín del Caine) de Edward Dmytryk, añadieron nada al prestigio hace tiempo reconocido de sus directores. Hitchcock, naturalmente, ha insistido en la fórmula del *thriller*, narrando sin demasiada fantasía ni vicacidad, la historia de alguien que descubre un delito oculto, contemplando al prójimo desde la ventana de su casa, abierta sobre la visión de la intimidad ajena. Wise ha desperdiciado con un desarrollo banal y superficial un tema interesante: la lucha que se desarrolla en la sede del consejo de administración de una gran industria por la sucesión del presidente difunto. La eficacia de los intérpretes, Fredric March, Bárbara Stanwyck, William Holden, etc. no basta para compensar la ausencia de un meditado estudio social y de costumbres. En cuanto a Dmytryk, su film ha resultado una simple y bastante sumaria ilustración de la homónima y merecidamente afortunada novela de Herman Wouk, cuya desprejuiciada pintura de la marina norteamericana en tiempo de guerra concluye con una ambigua rectificación de las actitudes aparentemente anticonformistas. El mayor mérito del film, construído con cierta sagacidad técnica, está en la sutil interpretación de Humphery Bogart.

De las otras películas norteamericanas se destacó *On the waterfront* (En el muelle), de Elia Kazan, que cuenta con estilo densamente realista, el derrumbe de una banda de criminales que por medios violentos tenía a su merced a los obreros portuarios de Nueva York, obligados a pagar tributos para poder trabajar. El tema se basa en reportajes periodísticos, lo que asegura a la película cierta credibilidad, pero su final, eufóricamente optimista, no deja de provocar ciertas sospechas. Con lo que, suspicacias aparte *On the waterfront* se recomienda no sólo por el insólito vigor de su realización sino por la extraordinaria y humanísima labor de Marlon Brando (bien acompañado por la inédita Eve Marie Saint), en el papel de un ex-pugilista, de ánimo torpe y abúlico, dominado por los pistoleros, que termina por conquistar una conciencia moral y encontrar la fuerza necesaria para rebelarse.

Al margen de la representación oficial estadounidense merece destacarse *Martin Luther* (Martín Lutero), de Irving Pichel, biografía apologética producida por cuenta de las Iglesias Luteranas alemanas y norteamericanas por Louis de Rochemont, marcada por una extrema limpieza y dignidad, y presentada en Venecia fuera de concurso.

Oficialmente Alemania Occidental se hizo presente con *Königliche Hoheit* (Alteza real) de Harald Braun, que se inspira en la novela homónima de Thomas Mann, pintura de un pequeño Estado de la Alemania de la época de Guillermo, en su ocaso, y que se desenvuelve de modo epidérmico y agradable sobre los cánones de la opereta y la "ruritanian story" (1). Menos significativa fué la presencia de Austria, con *Pünktchen und Anton* (Comillas y Antonio) de Thomas

"Konjiki Yasha" fué exhibida fuera de concurso

Engel, una peliculilla para niños, basada sobre la novela homónima de Erich Kästner.

Entre las naciones cuyas representaciones tuvieron valores puramente complementarios señalaremos a Suecia, cuyo *Som i drömmar* (Como en sueños), de Carl Gyllenberg, ha representado un tardío tributo a la vanguardia, a través de una discutible interpretación moderna del mito de Prometeo, traducido en bellas imágenes carentes de nexo; España, que presentó *El beso de Judas*, de Rafael Gil, espectacular narración de la vida del apóstol traidor; la India, con *Surang* (Explosión), de V. Shantara, un film social de viejo convencionalismo melodramático; la Argentina, con *Guacho*, de Lucas Demare, un melodrama para el lucimiento de Tita Merello, actriz que tiene el vicio de actuar sobre todo con las cejas, y con *La Quintrala*, de Hugo del Carril, biografía pasablemente efectista de una especie de Lucrecia Borgia sudamericana.

Añadiremos que fuera de concurso Italia presentó *Prima di sera* (Atardecer), de Piero Tellini, y *Donne e soldati* (Mujeres y soldados), de Antonio Marchi y Luigi Malerba; Grecia, *Magic city* (Ciudad mágica), de N. Coundouros; España, *Sierra maldita*, de Antonio del Amo, y *Felices pascuas*, de Juan Antonio Bardem; Brasil, *Saci*, de Rodolfo Nanni; Israel, *The golden key* (La llave de oro), de Sascha Alexander; México, *Camelia*, de Roberto Gavaldón. Buena parte de tales obras, presentadas en forma privada, tenían por realizadores a directores jóvenes o muy jóvenes, recién iniciados algunos, varios de los cuales demostraron, o cierta vivacidad de inspiración o cierta precoz seguridad técnica (Tellini, Marchi, Malerba, Coundouros, Bardem), pero se mantuvieron alejados de una expresión completamente madura.

A esta madurez parece en cambio haber llegado precozmente Benito Alazraki, autor de *Ra'yu* (Raíces), un singular film mexicano, presentado fuera de concurso, y considerado entre las películas más significativas de este festival. En sus cuatro episodios, basados sobre relatos de Francisco Rojas González, el autor se ha introducido en el mundo de los indios, habitantes de las regiones más miserables y atrasadas de su país, contraponiendo polémicamente su condición a la "civilización" de los blancos, con efectos frecuentemente sugestivos e impregnados de una doliente carga humana: una pobre madre, obligada a venderse como nodriza; una comunidad de indios que, en su fe ingenua, eleva sobre los altares una reproducción de la *Gioconda* de Leonardo; un niño tuerto para el que resulta una gran fortuna volverse también ciego del otro ojo; una bellísima adolescente que se rebela con fiereza contra la libídine de un viejo arqueólogo; tales son los personajes de esta obra insólita y estimulante aunque por momentos esquemática.

Oficialmente, México presentó *El río y la muerte*, en la que Luis Buñuel desplegó un pésimo gusto más escaso sentido del ridículo al encarar un tema fúnebre (el mismo Buñuel estuvo presente fuera de concurso con un *Robinson Crusoe*, decorosa ilustración en colores de la novela de Defoe), y *La rebelión de los colgados*, de Alfredo B. Crevenna, un film macizo y vibrante, que sobre las huellas de una novela de B. Traven, narra la dolorosa suerte y la rebelión armada de una colonia de trabajadores bestialmente explotados en una plantación, durante los últimos días de la dictadura de Porfirio Díaz. Sin embargo, daña a esta obra cierta complacida insistencia sobre particulares de sádica crueldad.

Para completar el cuadro no falta más que referirse a Gran Bretaña y Francia. La primera presentó *Father Brown* (El Padre Brown), de Robert Hamer, una "variación" superficial pero muy graciosa, sobre temas de los relatos de G. K. Chesterton, a la medida de un Alec Guinness impagable, aunque aquí y allá se desliza hacia efectos farsescos. La segunda, además de *L'or des Pharaons* (El oro de los Faraones), de Marc de Gastyne, ejercicio romancesco-documental en cinepanoramic, —el cinemascope francés—, mostró *L'air de Paris* (El aire de París), de Marcel Carné, un refrito de viejos modos caros al director y gastados apuntes sobre el mundo del pugilismo, y *Touches pas*

EUROPA

y

MEDIO ORIENTE

Bajo los auspicios de la Revista CRITERIO

visitando

EGIPTO - LIBANO

GRECIA - ITALIA

con

SICILIA - FRANCIA

Excursión dirigida por

Mons. Gustavo J. FRANCESCHI

"AUGUSTUS"

14 de febrero 1955

MUNDUS

25 de Mayo 574

T. E. 32-7531 - 32

BUENOS AIRES

PENSAMIENTO PONTIFICIO

Discurso del Papa a los asistentes al XIV Congreso Internacional de Historia de la Medicina

El 17 de septiembre el Santo Padre recibió a los asistentes al XIV Congreso Internacional de Historia de la Medicina, celebrado en Roma.

El Pontífice pronunció en francés el siguiente discurso:

ENTRE los muchos congresos que se celebran en Roma al final de este verano, numerosos son organizados por asociaciones de médicos para estudiar algunas cuestiones que se refieren directamente a la práctica actual de esta noble profesión. Pero, ampliando el cuadro ordinario de vuestras preocupaciones, vosotros habéis querido, señores, incluir en el programa de vuestro XIV Congreso Internacional de Historia de la Medicina, algunos temas de alcance más general, dignos de reclamar la atención de todo el que se interese por los problemas culturales. Por lo tanto, tenemos la satisfacción de recibiros en esta ocasión para felicitaros y para desearos los mejores frutos para vuestros trabajos.

El ritmo extraordinariamente rápido con que desde hace más de cien años avanza la evolución de las ciencias, no ha dejado de producir las más felices consecuencias en el campo del arte de la medicina. Mientras en el pasado siglo se ahondaba en el conocimiento del cuerpo humano, de su estructura y de sus funciones, la aparición de la microbiología lanzaba a la Medicina por el camino de un progreso tan radical que a duras penas pueden comprenderse las ideas y la práctica de los médicos que vivieron en época menos afortunada. Y, por lo tanto, las concepciones actuales de anatomía, fisiología, patología, la precisión de los modernos métodos de investigación no constituyen más que el epílogo de largos intentos y la continuación de un camino sumamente difícil. Completar el cuadro magnífico de la historia de la Medicina, iluminando sus puntos oscuros, precisar éste o el otro rasgo de las figuras de primer plano o de los discípulos más modernos que aplican y comprueban las intuiciones de los maestros, corregir también las interpretaciones inexactas que alteran la realidad, esa es, señores, la misión que os habéis propuesto.

En Medicina, como en los demás sectores del saber, no es raro que principios bien fijados vayan oscureciéndose poco a poco.

No olvidéis, sin embargo, que las lecciones del pasado deben servir a los hombres del tiempo presente, instruirlos, evitando que repitan ciertos errores o que se encaminen por senderos sin salida. En Medicina, como en los demás sectores del saber, no es raro que principios bien fijados vayan oscureciéndose poco a poco, víctimas, a veces, de un método que falsea su alcance hasta desnaturalizarlos y hasta condenarlos a desaparecer. Llega, sin embargo, el día en que la verdad reaparece. Releyendo a los antiguos se advierte que ya ellos habían abierto el camino y formulado sabias reglas. A los estudiosos de la historia de la Medicina corresponde el buscar los tesoros olvidados y darles de nuevo valor. Por ello Nos auguramos que los temas de ponencia tratados en las sesiones: la Medicina como medio de unión entre los pueblos, su aportación al progreso de la civilización, la escuela de Salerno y el mundo médico preuniversitario, proyecten sobre algunos aspectos del pasado una nueva luz, que valga para interesar e instruir a los contemporáneos.

El famoso Código de Hamurabi. — Los escritos de Hipócrates

La Medicina como ciencia y como arte ocupa en la civilización un lugar verdaderamente especial: su importancia para el individuo, como para la sociedad, las cualidades exigidas a quien la ejerce, el carácter sagrado de la vida humana de que dispone, determinaron ya en la antigüedad la intervención del legislador, preocupado por controlar su ejercicio. Dos mil años antes de Jesucristo, el famoso Código de Hamurabi promulga las penas y las recompensas que sancionan el fracaso o el éxito de las intervenciones médicas. Por consiguiente, era necesario que una actividad tan compleja y delicada hallara, para su orientación, las enseñanzas de un maestro consciente de sus exigencias técnicas, así como de sus responsabilidades morales. El genio helénico, tan fecundo en todos los campos de la cultura, ha dado también en esto su prueba. Los escritos de Hipócrates contienen indudablemente una de las más nobles expresiones de la conciencia profesional que impone, de modo especial, el respeto de la vida y la abnegación por el enfermo, teniendo en cuenta además los factores personales: dominio de sí mismo, dignidad, discreción. El que supo poner de relieve tales normas morales y presentarlas en el conjunto de una doctrina suficientemente completa y armoniosa, hizo a la civilización el regalo de una obra más grandiosa que la de los conquistadores de imperios.

Obra más grandiosa que la de los conquistadores de imperios

Nos no podemos olvidar que, fiel a ese ideal, la Medicina estuvo y continúa destinada a ocupar un lugar capital cuando se desencadenan terribles azotes, guerras y epidemias que llegan a amenazar hasta la existencia de los pueblos. En las angustias y en las necesidades de estos acontecimientos se revela fecunda en insospechados recursos, tanto por el descubrimiento y perfeccionamiento de nuevos procedimientos terapéuticos como por la heroica abnegación de los médicos en su misión de salvación.

La escuela de Salerno

La historia de la escuela de Salerno demuestra en forma maravillosa el papel internacional de la Medicina y su aportación civilizadora. Cuando las invasiones de los bárbaros sumergieron al Imperio Romano, la Iglesia logró conservar en sus monasterios lo esencial de la cultura greco-latina y, especialmente, los escritos de los principales autores de Medicina. Y, además, fieles a la práctica de la caridad cristiana, los monjes se dedicaron también a socorrer enfermos y desgraciados, y mantuvieron vivas las tradiciones en las que tuvo origen, en el siglo XI, la más célebre de las escuelas del medioevo antes de la fundación de las universidades: muy pronto brillaría Salerno en toda Europa y enviaría a todas partes a los discípulos formados en su escuela.

Hoy, gracias a la multiplicidad de medios de difusión del pensamiento, la ciencia médica dispone al máximo de los beneficios de la colaboración internacional. Numerosas asociaciones agrupan a las diferentes especialidades y establecen, por encima de las fronteras, una fecunda emulación. La Medicina continúa de este modo promoviendo el progreso

---

au grisbi (No tocar la plata) (2) de Jacques Becker. Este último film, libremente basado sobre la homónima y afortunada novela "negra" de Albert Simonin, traduce en términos franceses, el clima de los films norteamericanos de *gangsters*, aunque con una interesante aura de moralidad, al pintar una figura de jefe de banda, quincuagenario, que sólo desea vivir una existencia tranquila, y al que en cambio la maldición inherente a sus actividades, obliga a proseguir de mala gana su carrera de criminal, después de haber visto caer por diferencias acerca de un botín que desaparece, a dos de sus amigos. El motivo de la amistad es otro de los temas fundamentales de la obra, que Jean Gabin ha interpretado con su finísimo sentido de los matices.

El balance de Venecia arroja un resultado incompleto y desigual, no exento de motivos de interés, pero viciado por ciertas notables incongruencias del veredicto del jurado internacional. ❖

(1) "Ruritanian story" se traduce literalmente por "Relato Ruritano", pero para que el lector no quede en ayunas, sepa que es una expresión inglesa para definir las películas que como "El prisionero de Zenda" (que ocurría en un lugar llamado Ruritania) transcurren en hipotéticos lugares centro-europeos y en las que entran elementos romancescos, cortesanos y de capa y espada. Ejemplos: *La viuda alegre*, y más recientemente *La princesa que quería vivir*, aunque esta última no es completamente ortodoxa como tampoco es completamente cinematográfica. (Nota del traductor).

(2) La palabra "grisbi" significa dinero en *argot*. En Francia han traducido "No tocad la pasta", pero ello es prepóstero. "No toquéis (o no toquen) la plata" no es, a nuestro juicio, tan gráfico como el infinitivo "tocar". Castello tradujo "Lasciate stare il malloppo". Nuestra idea es un Jean Gabin rotundo que advierte a sus secuaces: "Nada de tocar la plata", aunque esta última palabra pueda ser sustituida por equivalentes lunfardescos más arriesgados. En fin, que nuestro admirado Jacques Becker nos perdone si lo tergiversamos. (Otra nota del traductor).

DOCUMENTOS

Constitución Apostólica "Omnium Ecclesiarum"

(Concerniente a la Misión de Francia)

El Santo Padre ha promulgado el 15 de agosto ppdo. la Constitución Apostólica Omnium Ecclesiarum, *que transcribimos a continuación, por la cual la Misión de Francia, después de un período de experiencia y de preparación, recibe un estatuto definitivo, siéndole reconocido el carácter de diócesis de prelatura* nullius, *con su propio Seminario y facultad para incardinar y ordenar sus propios sacerdotes.*

LA solicitud de todas las Iglesias, que Nos urge en virtud de Nuestra carga apostólica, Nos pide promover por los medios más eficaces todo lo que puede contribuir a la extensión de la religión católica y a la salvación de las almas.

Por lo cual, estimulados por las responsabilidades de Nuestro ministerio, Nos ocupamos de los países más lejanos todavía privados de la luz del Evangelio para confiarlos al cuidado de los misioneros, sin descuidar por eso al conjunto de las naciones cristianas, esforzándonos por el contrario para que en ellas permanezca íntegra y sin daño la profesión de la fe cristiana.

Entre esas naciones, nos es grato nombrar hoy a Francia a causa de su nobleza y del afecto profundísimo que sentimos por esta Hija primogénita de la Iglesia: cuando no habíamos todavía sido elevados al supremo pontificado, en un discurso pronunciado durante una solemne legación, celebramos los singulares méritos que Francia había adquirido en el curso de los siglos en el progreso de la fe católica (1).

Esos méritos, Nos nos sentimos felices en recordarlos nuevamente durante el Año Marial. Cuando Nos pensamos en el privilegio singular de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, en este centenario, Nuestro espíritu y Nuestro corazón se vuelven hacia Lourdes donde, cuatro años después de la definición del dogma, la misma Inmaculada Virgen confirmó con sus apariciones, palabras y milagros la declaración del Pontífice supremo.

Y, sin embargo, Nuestra inquietud es profunda cuando Nos reflexionamos en ciertas circunstancias que afectan a la religión en Francia, circunstancias que, ya en el pasado, habían conmovido profundamente a nuestros precedesores. Baste, a este propósito, recordar el nombre inmortal de León XIII y el de Pío X que, con tanta alegría y los aplausos del mundo católico, Nos hemos inscripto en el catálogo de los santos.

En varios de los más célebres documentos, esos Pontífices supremos han alabado abundantemente al clero francés por su competencia y su celo, sobre todo en los momentos en que grandes dificultades abrumaban a la Iglesia y en que ella se sentía afligida por injustas angustias.

Para que la perseverancia y el coraje en la defensa de los derechos de la Iglesia no disminuyan de ninguna manera y para que los fieles no se desvíen del recto camino, los Pontífices supremos ya citados dieron a los obispos de Francia consejos plenos de sabiduría y de gravedad, consejos que, en las actuales circunstancias, siguen siendo de la mayor importancia.

Nos place recordar los paternales consejos que León XIII, de feliz memoria, en una carta escrita en francés, dirigió el 8 de septiembre de 1899, con mucha sabiduría a los sacerdotes de Francia preocupados de los intereses contemporáneos (2).

Tampoco podemos dejar pasar en silencio las exhortaciones que el santo obispo de Roma, Pío X, animado del profundo deseo de renovar todo en Cristo, dirigía con espíritu casi profético a los arzobispos y obispos de Francia reunidos con ocasión del II Congreso de las Misiones Diocesanas:

"Nos no queremos dejar de dirigiros los alientos de Nuestro corazón paterno, persuadidos de que os incitarán a redoblar el celo por una obra cuyos comienzos han sido ya muy fecundos para la mayor gloria de Dios y la salvación de las

(1) El Papa hace alusión al discurso que pronunció en Notre-Dame de París el 13 julio de 1937 en calidad de legado a las ceremonias de inauguración de la basílica de Sainte-Thérèse de Lisieux.

(2) Encíclica Depuis le jour, dirigida a los arzobispos, obispos y clero de Francia (Actes de S. S. León XIII, Edición de la Tipografía Vaticana, t. XIX, pág. 157. Editions de la Bonne Presse, t. VI, pág. 94).

---

de la civilización y obtiene todos los años, por decirlo así, alguna importante victoria. ¡Qué poderoso estímulo para estudiar con pasión la historia de un arte tan intimamente ligado al desarrollo intelectual y moral de los pueblos cuyas vicisitudes ha seguido, reflejando todas las peripecias de su progreso y de su decadencia!

Al afrontar el problema de la enfermedad, el médico tiene que definir su posición frente al del destino humano.

Al afrontar el problema de la enfermedad, el médico, quiéralo o no, tiene que definir su posición frente al del destino humano. De no reconocer nada al margen de los fenómenos bioquímicos ¿no admitiría implícitamente el fracaso de todos sus esfuerzos? Ahora bien, esta es una actitud contra la que protesta no solamente el sentimiento íntimo de todo individuo, sino también la larga marcha secular, el progreso valiente y tenaz que caracteriza la historia de la Medicina. El hombre de corazón que pone en juego todas sus energías en la lucha contra la enfermedad, no puede ignorar el mensaje de Quien se llamó Maestro de la vida y de la muerte y que demostró tal afirmación con numerosos prodigios y, especialmente, con el de su resurrección. No puede ignorar, sobre todo, que Jesucristo promete a todos los hombres dóciles a su palabra, hacerles un día partícipes de su triunfo definitivo.

Nos hacemos votos, señores, porque esta verdad tan consoladora os sostenga en vuestra fatiga cotidiana, austera y exigente, de cuyos inmensos beneficios goza el mundo continuamente. Que la Divina Providencia asegure su éxito y os conceda ver realizados vuestros mejores deseos. De todo corazón os damos, en prenda, nuestra Bendición Apostólica.

CONSERVADORA ARGENTINA DE ASCENSORES

Ex operarios de la Cía. STIGLER

Colocación y Reparación de Accesorios, Montacargas y Bombas — Repuestos en General
Proyectos - Reformas y Presupuestos

SERVICIO PERMANENTE DE RECLAMOS

Administración:

PASO 260 T. E. 47, Cuyo 4338

almas... Tomad pues a pecho el acrecentar el número de los apóstoles destinados a este cargo, aunque ninguna parroquia de vuestras diócesis sea por mucho tiempo privada de su ministerio. Nos no ignoramos ciertamente que está lejos de faltar en Francia los hombres que, a ejemplo de los apóstoles, ocupados en la oración y en el ministerio de la palabra, se consagren enteramente a la perfección de los santos y a la edificación del Cuerpo de Cristo. Pero son demasiado poco numerosos, lo sabéis bien, para recorrer todas las parroquias e instaurar en ellas las reglas del Evangelio. Por lo cual Nos querríamos todavía recomendar con instancia a vuestra actividad pastoral que cada diócesis posea, regularmente instituída y provista como conviene de todos los recursos de la piedad y de la doctrina, la obra tan saludable y tan indispensable de formación y de dirección de los misioneros diocesanos. Ciertamente, una empresa como ésta no está exenta de las dificultades debidas, sea a la falta de sacerdotes, sea a la falta de recursos. Pero se trata, os dáis perfecta cuenta de ello, de una obra tan útil para formar las almas en la piedad que debe ser vuestra obra predilecta" (3).

Las dificultades de las circunstancias, la malicia de los tiempos y de los hombres, la disminución del número de sacerdotes y otras causas importantes y graves impidieron la realización, tanto como se lo hubiera deseado, de los consejos del Pontífice supremo.

Por lo cual Nos experimentamos todavía hoy el dolor y el pesar de ver a tantos hombres —y especialmente entre los que ganan su pan cotidiano en las fábricas, los talleres y los campos— engañados por las enseñanzas de los materialistas, abandonar casi enteramente las observancias y las costumbres cristianas.

Ahora bien, es menester reconducir pronto al único rebaño de Cristo a esas ovejas que se descarrían imprudentemente.

Ese será el trabajo principal de los ministros sagrados que tienen aptitudes y preparación para este ministerio de las misiones; que sean excelentes en la ciencia como en la virtud requeridas, convenientemente instruídos en los principios que rigen las cuestiones sociales, principios con tanta frecuencia y claridad enseñados por Nos como por Nuestros predecesores y que, sobrepasando todos los intereses terrestres, se den de todo corazón a esta alta función del apostolado.

Nos sabemos, ciertamente, qué grandes cosas han realizado Nuestros Venerables Hermanos los arzobispos y obispos de Francia, qué pruebas han tenido que soportar y Nos conocemos su competencia pastoral: por lo cual aprovechamos la ocasión que se nos ofrece para felicitarlos.

Ellos están resueltamente adheridos a las disposiciones que siempre han regido el ejercicio del santo ministerio no menos que a los métodos de apostolado que han sido aprobados. Sin embargo, se esfuerzan por poner en práctica remedios y medios tan nuevos como adaptados y experimentan empresas difíciles y variadas más en relación con las costumbres de la vida moderna y las necesidades de los tiempos.

Tales son las razones por las cuales la Asociación de clérigos, llamada la "Mission de France", ha sido fundada por los cardenales y arzobispos de ese país y erigida en Francia hace algunos años conforme a una fórmula que las Sagradas Congregaciones Romanas, cada una según su competencia propia, han aprobado *ad experimentum*, acordándole a esta Misión el derecho de agregar clérigos y promoverlos a las órdenes sagradas, a título particular de la "Misión de Francia".

La experiencia ha dado sus frutos, y su calidad, puesta en relación con el poco tiempo transcurrido, prueba la utilidad de la Misión; pero la experiencia también ha sugerido la necesidad de darle una Constitución jurídica más firme que responda con más precisión a las leyes y a los principios del derecho común sobre los cuales descansan la solidez y el progreso de todas las instituciones eclesiásticas.

A pedido reciente de Nuestros Venerables Hermanos en el episcopado ya nombrados, tan profundamente unidos a Nuestra persona y a esta Silla Apostólica, para que nada falte de lo que Nos podemos hacer en vista de mejor proveer a la disciplina de los clérigos y a la salvación de las almas, Nos hemos confiado este trabajo a Nuestra Sagrada Congregación Consistorial.

La proposición que nos ha hecho Nuestro Venerable Hermano Adéodat Jean, S. Exc. Rvma. cardenal Piazza, obispo de Sabina y Poggio Mirteto, secretario de esta Sagrada Congregación Consistorial, de erigir y de constituir la Asociación de los clérigos seculares que se denomina la "Misión de Francia" en prelatura *nullius*, con su propio territorio y su prelado Ordinario, Nos, después de madura reflexión, hemos aprobado este proyecto y ordenado realizarlo.

Por lo cual, aceptando con benevolencia las solicitudes que Nos había presentado Nuestro querido Hijo Achille, S. Exc. Rvma. cardenal Liénart, obispo de Lille presidente del Consejo o Comisión episcopal propuesto a la dirección de la "Misión de Francia", después de haber recibido el voto favorable de Nuestro Venerable Hermano Paul Marella, arzobispo titular de Doclée, Nuestro nuncio en Francia, y con el consentimiento de Nuestro Venerable Hermano Fréderic-Edouard-Camille Lamy, arzobispo de Sens, supliendo el consentimiento de todas las otras personas que tuvieran o presumieran tener algún derecho a intervenir en este asunto, deseando muy vivamente que esto sea bueno, feliz y saludabl, y sea provechoso para la salud de las almas y para la "Misión de Francia", en virtud de Nuestra autoridad apostólica, Nos decretamos y ordenamos lo siguiente:

I

Nos sustraemos a la jurisdicción del Ordinario de Sens el territorio que se encuentra situado en la arquidiócesis de Sens y que constituye la parroquia denominada Pontigny, en sus límites presentes tales como están trazados en el plano anexo, con su iglesia y los edificios adyacentes —en otro tiempo abadía de Pontigny, joya de la Orden sagrada de Citeaux, ilustre por el renombre de sus obras y también por los ejemplos de sus santos— y Nos lo sometemos a la jurisdicción del prelado de la "Misión de Francia" *ad nutum Santae Sedis;* en consecuencia, se encuentra suspendido todo poder del citado Ordinario de Sens sobre este territorio, de tal manera que, en adelante, la "Misión de Francia" pueda ser considerada y sea como una diócesis de prelatura *nullius*.

II

La "Misión de Francia", así erigida y constituída, de conformidad con el canon 319, § 2 C. I. C., es regida por las leyes del derecho general, sin perjuicio de los estatutos de su propia ley.

III

§ 1. El territorio de la Misión, en sus modestas dimensiones y sus límites bien definidos, contendrá la casa principal de la Misión con la iglesia y los edificios adyacentes.

§ 2. En este territorio, la "Misión de Francia" podrá tener, según las prescripciones de los santos cánones, su Seminario o colegio, regido por las reglas dictadas por la Sagrada Congregación propuesta a los Seminarios y Universidades, en el cual será formado en el estado clerical un cierto número de jóvenes.

IV

§ 1. El prelado de la Misión es nombrado e instituído por el Pontífice Romano, según el canon 320, § 1 C.I.C.

§ 2. El prelado de la Misión es elegido entre los obispos miembros de la Comisión episcopal de la "Misión de Francia", que ha sido establecida de manera estable por la Asamblea de los Cardenales y Arzobispos de Francia.

§ 3. El prelado de la Misión será presidente de esta Comisión episcopal.

V

§ 1. Al prelado de la Misión pertenece el derecho de incardinar a sus clérigos, de conformidad con los cánones 111, § 2 y 112 C.I.C., y con observación de las otras prescripciones del derecho.

§ 2. A este mismo prelado pertenece también el derecho de promover a sus clérigos a las órdenes sagradas, a título de la "Misión de Francia".

§ 3. El prelado de la Misión debe proveer a la honesta

(3) A. A. S., III (a. 1911), pág. 263. Actes de S. S. Pio X. Ed. de la Bonne Presse, t. VII, pág. 68.

subsistencia de cada uno de los sacerdotes que haya ordenado a título de la "Misión de Francia".

VI

§ 1. Todo sacerdote agregado a la Misión, para poder ser enviado por el prelado de la Misión en una diócesis, o para ser transferido de una diócesis a otra, que sea para siempre o para un período renovable, tiene necesidad, según el derecho, del consentimiento del obispo de la diócesis a donde vaya.

§ 2. Todo sacerdote de la Misión puede ser separado de la función propia de la que ha sido encargado en una diócesis, conforme al canon 454, § 5 C. I. C.

VII

Todo sacerdote de la Misión, en el ejercicio del ministerio pastoral fuera del territorio de la Misión o en el ejercicio de cualquier otra función que le haya confiado el Ordinario del lugar, está sometido enteramente a la autoridad de éste y no goza de ninguna exención con respecto del Ordinario del lugar.

VIII

§ 1. El prelado Ordinario debe instituir un vicario general, pero no puede hacerlo sin la autoridad y el permiso de la Santa Sede.

§ 2. Como vicario general, es necesario elegir un sacerdote libre de toda otra función.

§ 3. Al vicario general así instituído pertenecen todos los poderes propios de este cargo, según las reglas del derecho común, así como los otros poderes que le acuerde la ley particular de la Misión.

§ 4. El vicario general debe tener su residencia habitual en el territorio de la Misión y aplicarse sin cesar con cuidado, en unión con el prelado, a gobernar lo mejor posible la Misión, no solamente en los límites de su territorio, sino también en el respeto fiel de las leyes del derecho común, fuera del territorio propio de la Misión, dirigiendo con atención vigilante a los miembros de la Misión que ejercen el ministerio pastoral u otros cargos en las diferentes diócesis, bajo la jurisdicción de los Ordinarios de los lugares.

IX

El prelado Ordinario, aunque sometido a las prescripciones del canon 340 C. I. C., que lo obliga a presentar cada cinco años al Soberano Pontífice un informe sobre el estado de la Misión que le es confiada, de conformidad con la fórmula dada por la Santa Sede, deberá redactar y presentar anualmente a la Sagrada Congregación Consistorial un informe sobre el estado material y espiritual de la Misión y sobre la observación de la disciplina eclesiástica.

X

§ 1. Para que una casa de la Misión pueda ser erigida fuera del territorio de la Misión, es necesario el consentimiento escrito del Ordinario del lugar.

§ 2. Una vez erigida, una casa de la Misión no goza de ninguna exención con respecto al Ordinario del lugar.

XI

En caso de vacancia de la prelatura, es el obispo más antiguo entre los miembros de la Comisión episcopal el que gobierna y administra la Misión, investido de todos los poderes que pertenecen al prelado de la Misión.

Después de haber establecido estas reglas, teniendo siempre en vista el mayor bien de la Iglesia, Nos imploramos con una instante oración el auxilio de Dios Omnipotente, a fin de que cada soldado de esta milicia de Cristo, respondiendo a los votos de Nuestra esperanza, excelente artesano de la religión y de la piedad, sea "como el fuego que brilla y el incienso que arde" (*Eccl.* L, 9); y también para que, gracias a su celo y a su esfuerzo, buscando no sus propios intereses, sino los de Cristo, resplandezca de nuevo la paz; que allí donde asuela el odio, florezca la caridad social; que allí donde mata la duda, la fe reconforte, y que en fin allí donde nada se espera renazca la santa esperanza.

No será permitido a ningún hombre, en ningún tiempo y por cualquier razón que sea, infringir, contradecir ni oponerse de ninguna manera a las decisiones que en virtud de la autoridad apostólica Nos hemos decretado en esta Carta. Si alguien, lo que Dios nos preserve, osase atentar a ello, que se sepa bajo la sanción de las penas dictadas por los santos cánones contra los que se oponen al ejercicio de la jurisdicción eclesiástica. En cuanto a todo lo que ha sido más arriba confirmado y establecido, Nos delegamos a Nuestro Venerable Hermano Paul Marella, arzobispo de Doclée,

TRIPULACION...

Expertas tripulaciones, cuya capacidad es garantía de un buen viaje.

CONFORT...

En los SuperConstellation hay siempre un nuevo sillón-cama para Ud. en todos los vuelos del año

ATENCION...

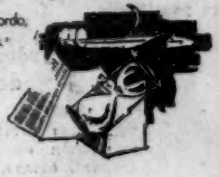
La proverbial cortesía de todo el personal de AIR FRANCE hará que Ud. se halle a bordo como en su propia casa.

PUNTUALIDAD...

L'exactitude est la politesse des rois"... y de AIR FRANCE

HORARIOS...

En su viaje a Europa, una sola noche a bordo, gracias al detenido estudio de los horarios.



AIR FRANCE

Informes: CANGALLO 549 - T. E. 30-1335 y Agencias de Viajes.

Grandes Sastrerías

Casa MEILAN

ECLESIASTICA Y CIVIL

SOTANAS - ESCLAVINAS - SOBRETODOS - CAPAS
PANTALONES - BONETES - SOLIDEOS
IMPERMEABLES - CAMISERIA Y
BONETERIA EN GENERAL

PRESUPUESTOS PARA CONGREGACIONES
Y COLEGIOS RELIGIOSOS

ENVIAMOS AL EXTERIOR

Giros a:

MANUEL S. MEILAN

T. E. 34 - 3239 AVENIDA DE MAYO 791
Buenos Aires entrepiso izquierda

nuncio apostólico en Francia, para asegurar su ejecución. Nos le acordamos los oportunos poderes necesarios, incluso el de subdelegar a los fines de que se trata en otro eclesiástico constituído en dignidad y de resolver en último recurso toda dificultad u oposición que surgiera, de cualquier manera que sea, en la ejecución de este acto, con cargo de transmitir dentro de los seis meses a la Sagrada Congregación Consistorial la auténtica crónica del cumplimiento de esta función.

Nos queremos, además, que los ejemplares de esta Carta, tirados aparte, aun impresos, con tal que sean firmados por mano de un secretario titular y provistos del sello de un eclesiástico constituído en dignidad, gocen del mismo crédito, sea en justicia, sea en otra parte, que gozaría Nuestra presente Carta si ella fuera producida y mostrada en texto original.

Por último, Nos decidimos que la presente Carta conserve todo su valor, sin que pueda hacerle obstáculo cualquier oposición, aun cuando ésta mereciera una particular y expresa atención.

Dada en Roma, junto a San Pedro, el año del Señor mil novecientos cincuenta y cuatro, el día dieciocho de las calendas de septiembre, en la fiesta de la Asunción de la Bienaventurada Virgen María, y el décimosexto año de Nuestro pontificado.

Pius XII, Papa

Carta del cardenal Liénart a la Misión de Francia

El texto de la Constitución Omnium Ecclesiarum, *más arriba transcripto, fué comunicado a la Misión de Francia por el cardenal Achille Liénart, obispo de Lille, en su calidad de presidente de la Comisión Episcopal del clero y de los Seminarios, acompañado de la siguiente carta que lleva fecha del 30 de agosto ppdo.:*

MIS queridos amigos: Grande es mi alegría al comunicaros el texto de la Constitución Apostólica que S. S. el Papa Pío XII acaba de promulgar concerniente a la Misión de Francia. El gesto del Santo Padre con respecto a la Misión manifiesta una benevolencia, una preocupación por asegurar su porvenir acordándole un estatuto canónico preciso y definitivo, un deseo de alentar sus esfuerzos que suscitará en nuestros corazones el más filial reconocimiento hacia su persona y la más ferviente acción de gracias a Dios.

Esta Constitución erige, en efecto, a la Misión de Francia en sociedad oficialmente aprobada por la Santa Sede, que tiene en calidad de prelatura *nullius* su entidad jurídica, conforme a las reglas definidas por el derecho canónico. Como tal, podrá en adelante, no solamente ordenar a sus miembros *titulo Missionis Galliae*, sino incardinarlos según las leyes ordinarias. Como tal tendrá su propio Seminario y podrá en seguida acoger en él nuevamente a sus seminaristas, después de la prueba que ellos han sufrido de una larga dispersión. Sigue siendo, sin embargo, una sociedad del clero secular, un organismo de la Iglesia de Francia, colocado bajo la obediencia directa de sus obispos por intermedio de la Comisión episcopal y consagrada al servicio de los obispos y de las diócesis de Francia más desheredadas. Se encuentra, al mismo tiempo, en la persona de su prelado Ordinario instituído por el Papa, íntimamente vinculada a la Silla de Pedro. El acontecimiento señala pues, en la historia de la Misión de Francia, una fecha memorable. El período de experiencia y de preparación ha terminado; la Misión ha recibido ahora en la Iglesia su lugar titular, va a poder proseguir su obra con toda seguridad.

Pues es claramente su acción apostólica y su esfuerzo misionero lo que el Santo Padre ha entendido favorecer. Las páginas que él se ha dignado escribir no nos dejan ninguna duda al respecto. Expresa de una manera emocionante su solicitud de pastor supremo, sensible a la miseria de las almas que viven en número tan grande en la ignorancia de Cristo y de la salvación que está en El. Se siente urgido a enviar misioneros a la vez a los pueblos lejanos que no han recibido todavía el Evangelio y a las masas descristianizadas de nuestro pueblo, entre las cuales el materialismo ha hecho renacer un nuevo mundo pagano que crece fuera de la Santa Iglesia de Dios. Agradece y felicita particularmente a los obispos de Francia por compartir sus angustias y por buscar sin cesar, aun con audacia, los medios mejor adaptados para hacer penetrar la fe cristiana por todas partes donde se han producido los daños, a fin de proveer a la salvación de todas las almas y a la extensión del reino de Dios. Y en esta perspectiva se digna reservar un lugar de elección a la Misión de Francia, se preocupa por favorecer su desarrollo y su acción y le dirige sus alientos y sus votos más paternales. La Misión de Francia se siente pues confirmada en su vocación propia, puede y debe consagrarse a la tarea apostólica de reconducir a Jesucristo y a su Iglesia a todos los que no los conocen ya.

¿Como responderá a la confianza del Santo Padre? Esforzándose ante todo por hacerse verdaderamente digna de ella. Nadie puede servir a la Iglesia según su fantasía. Ella tiene las palabras de la vida eterna y no se puede cooperar a su obra divina sino entrando plenamente en sus vistas, siguiendo lealmente sus instrucciones y sus leyes. Tendremos que hacer entre nosotros, acerca de este punto, un serio examen de conciencia, pues sabemos perfectamente que algunos de nuestros comportamientos han causado inquietudes y han apenado algunas veces al Santo Padre. Si él no nos ha tratado con rigor, nosotros al menos debemos estar dispuestos a aceptar con un perfecto espíritu de sumisión a la Santa Iglesia los sacrificios que juzgue oportuno pedirnos. Nuestro Seminario, en particular, deberá para la formación espiritual e intelectual de los futuros misioneros, seguir las reglas comunes de la Iglesia. Una fuerte disciplina jamás ha perjudicado, sino al contrario, la eclosión de personalidades vigorosas y, lejos de ahogar la llama apostólica que debe animar a los futuros misioneros, es apropiada para purificarla y hacerla más eficaz. Quiera Dios darnos a cada uno la gracia de comprenderlo y la voluntad de corresponder con fidelidad a todos sus designios sobre nosotros.

Debemos a su Providencia el haber encontrado en Pontigny la sede y el centro vital de que la Misión tiene necesidad. Allí, hemos recibido de S. Exc. Mons. Lamy, arzobispo de Sens, la más cordial y desinteresada acogida, puesto que en favor de la Misión Mons. Lamy ha consentido en renunciar a su jurisdicción sobre todo el territorio de la parroquia. Yo, en vuestro nombre y el mío, le expreso nuestro más profundo agradecimiento. Pero veo también en todas esas circunstancias serios motivos de esperanza, y, puesto que la Constitución Apostólica nos ha sido acordada por S. S. el Papa Pío XII en la fiesta de la Asunción de la Santísima Virgen María, es a su protección maternal que yo confío toda la Misión de Francia.

Creed en mis sentimientos más abnegados. *Achille, cardenal Liénart*, obispo de Lille.

ESCUCHE LA
Audición Senderos de Gloria
Y EL
Informativo Católico
De Lunes a Viernes, de 19 a 19.30, por LS4 Rad. Porteña
Los Sábados, de 15 a 15.30 hs., por LR4
Radio Splendid

TRANSCRIPCION

Para completar la encuesta de una revista sobre el divorcio

En una nota a la Dirección de "El Pueblo", firmada por el R. P. Carlos Quaggiotto, se expresa: "Tenemos el agrado de dirigirnos a los señores directores, solicitándoles den cabida en las columnas de ese prestigioso diario, a la carta que el Instituto de la Familia enviara al Sr. director de la revista "Esto Es", con motivo de la encuesta promovida por la misma acerca del divorcio.

Solicitamos encarecidamente, reconociendo los inconvenientes que hoy trae consigo la publicación de una carta algo extensa, sea transcripta íntegramente ya que la revista mencionada se limita, en el número del 21 de setiembre, a publicar dos o tres párrafos que no eran por cierto los más significativos. Los acompaña con un comentario de la redacción que nos vemos obligados a desaprobar plenamente, así como otros comentarios, sobre el mismo asunto que han aparecido en otros números y que, a nuestro juicio, definen la orientación de la mencionada revista".

La carta de referencia es del tenor siguiente:

SR. Director de "Esto Es". Pte. De nuestra mayor consideración: Hemos seguido en la revista de su dirección la encuesta que sobre el tema del divorcio apareció en varias de sus últimas entregas. Consideramos a "Esto Es" como un órgano periodístico serio, equilibrado, que ha demostrado no especular con la crónica negra, ni abusar de las prerrogativas de la libertad de prensa y que ha sabido, cuando la ocasión se ha presentado, manifestar clara y valientemente su pensamiento.

El Instituto de la Familia se permite, con respecto a la encuesta que nos ocupa, manifestar por medio de estas líneas, su opinión sobre los puntos que a continuación anotamos.

1º) Nos parece que el resultado, si bien no ha sido totalmente negativo, no fué por cierto positivo y ha dejado un saldo de mayor confusión. Ambas corrientes han quedado afirmadas en sus respectivas posiciones. No pretendemos con estas líneas hacer cambiar de opinión a la parte que propiciaría el divorcio, pero sí hacer notar que se han podido advertir muchas fallas en las varias respuestas y falaces argumentaciones de los divorcistas.

Ante todo, destacamos la incompetencia de los interrogados. Consideramos que por el solo hecho de ser una figura descollante en el mundo de las letras, del arte, o de la ciencia, o por ser presidente de tal o cual asociación, no se está capacitado para emitir una opinión que arroje luz en un problema tan complejo y que escapa fácilmente a la competencia común.

Las constataciones lo han probado. En las columnas de "Esto Es" se ha podido leer: —Prejuicio antireligioso: "Permitir que un *convencionalismo* originado en *dogmas intransigentes*, mantenga unidos por los *prejuicios*, pero no por el amor a dos cónyuges desavenidos es condenar a la familia a perpetuarse en un ambiente impropio o molesto".

—Prejuicios sentimentales: "La ley del divorcio absoluto otorga a los "encarnados" la legalidad civil de esta separación, la cual reconocemos lógica por la situación sentimental planteada..."

—Argumentos falaces y pueriles: "...por falta de esa ley el país está cayendo en la inmoralidad y el libertinaje".

"...las leyes deben nacer cuando una población así lo requiere".

—"...en el mundo entero las costumbres han hecho las leyes...".

¡Desgraciadamente!

—"...el divorcio sólo pretende ser un remedio para quienes no han logrado ese estado ideal...".

Hay remedios que envenenan, especialmente en manos de ciertos jueces.

"...que el matrimonio es el más joven de los sacramentos...".

"...que la Iglesia anula los matrimonios... basta tener dinero...".

¡a 3.75!

Le ha pasado a Ud. seguramente asistir a este diálogo:
—¡Qué bien está IMAGENES!
—Espléndida para hacerla llegar a tantos que la necesitan... Lástima el precio... ¡$ 5.— el ejemplar!... Así se hace difícil....
Y casi seguramente, también, se hizo el silencio. ¿No es verdad? Más o menos, por lo menos. En todo caso, toda la verdad de la verosimilitud.
Pero yo asistí, estimado lector, lectora —a quien primero debí mencionar, perdón— yo asistí a una continuación de aquel diálogo:
—¿Y si el precio de IMAGENES fuera de $ 3.75, por ejemplo?
—¡Ah! así sería otra cosa... Me comprometo a vender 100 inmediatamente.
—Empiece entonces.
¿Sorpresa? No: reflexión. Sucede que la suscripción a IMAGENES cuesta $ 15, que divididos en cuatro hacen 3.75 por ejemplar. Y eso, desde la fundación de la Revista.
Caer en la cuenta es la cosa.
Hacer suscripciones es lo que importa.

LO QUE NECESITA IMAGENES.

EL MAL aparecerá en la 1ª semana de noviembre

Esto es erróneo y calumnioso.

Y podríamos continuar con esta enumeración que nada tiene de interesante y novedosa, sin contar las contradicciones que encierra.

2º) No hay duda de que la indisolubilidad del matrimonio no es cuestión de polémica ni se puede solucionar con argumentos sentimentales. Menos aun con argumentos que responden a una situación personal. La cuestión se coloca por sí misma dentro de las leyes naturales. Una montaña de opiniones, sean a favor o sean en contra, no pueden modificar la naturaleza, como no podría hacerlo tampoco ningún parlamento del mundo.

El hecho de que en algunos países exista la ley del divorcio no ha cambiado en nada la realidad natural de la indisolubilidad del matrimonio como muy bien lo demostró el editorial con el cual se abrió la encuesta.

Las leyes naturales se pueden conocer, hacer caso omiso de ellas o hasta abusar de las mismas. Los hombres tienen el deber de descubrirlas y a ellas conformarse. Pero las leyes naturales no pueden inventarlas ni los hombres ni las costumbres y menos aun las opiniones.

3º) Nos parece que el planteo del problema debiera ser el siguiente:

a) Exclusión de los prejuicios antirreligiosos. (Comte, Gladstone, Salandra, Morselli, hombres competentes, anticatólicos, son antidivorcistas).

b) Exclusión de los prejuicios individuales de orden sentimental.

c) Consideración de los factores sociales.

El problema se encierra en este dilema: FAMILIA O AMOR LIBRE. Son lógicos Naquet y Lenin: La familia es una institución burguesa. Estaba demás en el régimen comunista...

Veamos el caso de Rusia. De 1918 a 1933 legislación del amor libre. Auténtico fracaso. Años 1936-1940. Rectificación progresiva en favor de la familia legítima.

Es un principio evidente que la familia es indispensable. El nudo del problema sería este: ¿el divorcio la favorece o atenta contra ella?

La respuesta la dan las estadísticas, pavorosas, en los diversos países divorcistas: denatalidad, delincuencia infantil, adulterio, natalidad ilegítima, suicidio, etc., etc.

Como solución de excepción, la consideramos utópica. Se tornaría en ley del abuso, tal como lo afirman Gladstone, Comte, De Marcere.

Esperar una reducción de las causales es forjarse una vana ilusión: una vez abierta la brecha por ella pasan todos los casos.

La historia es argumento antidivorcista. Lo atestigua la reacción promovida contra el divorcio por los civilistas franceses, norteamericanos, brasileros (art. 163 Constitución de 1946). Liga Boliviana, etc.

4º) La *familia*, reconocida por el derecho natural, y también por el derecho constitucional argentino, se define así: "La forma natural y permanente de la unión del varón y de la mujer para la prolongación de la especie". La constitución, por lo tanto, del instituto familiar ha de responder al pensamiento de Dios y de las leyes naturales, que en primer término indican que ha de servir para la propagación de la especie y, en segundo término, al cuidado y educación de la prole. Pero el cumplimiento efectivo de estas finalidades está condicionado por la naturaleza a la unidad e indisolubilidad del vínculo matrimonial. Como se ve, siendo la familia una sociedad natural tiene su finalidad y sus leyes para la consecución de la misma, anteriores a cualquier ordenamiento positivo.

Cuando un varón y una mujer se unen en matrimonio, por no ser ellos los que determinan el fin de la unión sino que deben conformarse a la naturaleza del mismo, así no lo pueden cambiar o modificar a capricho; y como no lo pueden ellos, tampoco lo pueden ni el gusto, ni los caprichos, ni los intereses personales, ni las pretendidas exigencias de situaciones sentimentales, ni lo pueden tampoco las opiniones de los hombres, ni el dictado de los jueces, ni deliberaciones de parlamentos, ni la Iglesia misma, justamente por ser la fiel y autorizada intérprete del pensamiento de Dios.

El contrato matrimonial no es como los demás contratos en cuanto no es rescindible por depender de condiciones que los esposos encuentran y no crean; si de hecho eso se hace, es siempre un abuso y un ir contra las leyes naturales, universales y eternas.

5º) Por lo que se refiere a la Iglesia Católica, bastará hacer notar ante todo, que la indisolubilidad del matrimonio, antes que una cuestión religiosa, es una cuestión de derecho natural.

No fué, por lo tanto, la Iglesia quien creó la indisolubilidad. Si ella tiene derecho a intervenir, y de hecho lo hace, no puede callar, es por su naturaleza misma y su misión, que muchos —aun cristianos— no conocen. Cuando interviene, no lo hace por un capricho, descabelladamente o por intereses recónditos, *sino siempre y directamente en defensa de los derechos naturales*. Tampoco deben confundirse *las anulaciones con la declaración de nulidad*. Los que piensan y afirman lo contrario muestran no conocer ni la Iglesia ni su misión, ni sus intervenciones, como lo prueban las respuestas aparecidas en "Esto Es", que manifiestan profunda ignorancia como cuando se afirma que el matrimonio fué elevado a la dignidad de sacramento en el Concilio de Trento, confundiendo —diríamos puerilmente— institución de un sacramento con su definición dogmática. Por lo que se refiere a la sacramentalidad del matrimonio, será oportuno hacer notar, ante todo, que todos los sacramentos fueron instituídos por Jesucristo, puesto que ningún otro hombre, ni la Iglesia, podía hacerlo, y, en segundo lugar, que *no es la sacramentalidad que añade al matrimonio la indisolubilidad*, sino que aquélla eleva el contrato natural, uno e indisoluble, por naturaleza, del orden natural al sobrenatural.

6º) A este punto podríamos añadir casi como comentario de muchas falaces contestaciones:

a) Casi todas las *naciones que tienen el divorcio van rectificándose* hacia una mayor estabilidad de la familia. ¿Por qué nuestra patria, que mostró más cordura, tendría que perderla ahora? Además, *iría contra su Constitución*.

b) Las estadísticas están contra el divorcio, demostrando que no ha solucionado los males que se proponía remediar, sino los ha extendido y engrandecido. Los que se han divorciado una vez, en su mayoría, lo han hecho una segunda, una tercera, etc., mostrando claramente que el divorcio no arregló nada; el divorciado es generalmente un "inadaptado", tendría que divorciarse de sí mismo. Es un mal contagioso: el cambio provoca el cambio; simples riñas, escaramuzas se transforman en males irreparables y las atracciones extraconyugales engendran siempre nuevos hogares inestables.

c) El divorcio tiende a suprimir los hijos en cuanto por naturaleza se vuelven un impedimento a la separación. Las estadísticas lo confirman: EE. UU. 71 % de los casados sin hijos se divorcian; lo que quiere decir que los eluden para ser libres; y un 63 % de los divorciados no tienen hijos.

d) La situación de los hijos de los divorcistas es a menudo pavorosa. El divorcio compromete la educación de los hijos y las familias futuras, propiciando psicológicamente matrimonios precipitados e inconsiderados.

e) La posición de la mujer se hace con el divorcio más que nunca precaria, infeliz, rebajada. Una abogada nos decía: "La mujer en el divorcio va a pura pérdida. El hombre a los 45 años encuentra cuantas mujeres quiere; la mujer, a los 40, está fuera de combate".

f) Los argumentos sentimentales no prueban nada porque se pueden encontrar de ambas partes, tanto antes cuanto después del divorcio.

g) Las estadísticas que muestran que hay muchas desuniones no prueban ciertamente nada en favor del divorcio.

Casa MIRAS

Fundada el año 1883

AMBULANCIAS "CRUZ DE ORO"
T. E. 44, Juncal 6000
CORDOBA 1800

Automóviles - Servicios Fúnebres
T. E. 44, Juncal 0062
CALLAO Y CORDOBA

BUENOS AIRES

REFERENCIAS

El arte sacro y su audiencia

EN la calle Florida, en el primer piso de Gath y Chaves se exponen más de cuatrocientas obras, entre pinturas, grabados, ceramicas, esculturas, proyectos arquitectonicos, vitrales y ornamentos, conecadas de un modo u otro con temas de nuestra religion.

Es una muestra amplia e interesante por muchos conceptos, que implica un esfuerzo nada desdenable y cuya iniciativa debe ser elogiada sin reservas. Debemos alegrarnos de que al realizarse una exposicion de esta indole haya sido llevada a cabo con los alcances de la actual, y debemos desear y esperar que no constituya un caso aislado sino que sea la primera de una tradicion que se inicia y se reitere anualmente.

Es no menos digno de elogio que una casa comercial haya no solamente prestado sus recintos para un acto que escapa a los alcances de cualquier transaccion mercantil, sino que su espacio haya sido cedido con tanta amplitud como para estar en muchos casos al nivel de cualquier salon permanente.

Vayan en consecuencia a ella tanto como a la comisión organizadora, en la cual se ha destacado por su criterio y diligencia del señor Ansaldi, director del Museo de la Iglesia, el mas estimulante de los encomios.

Pero ahora, yendo a lo que se expone, en sí, ¿es éste un salon de arte religioso? Varias veces, en mayor o menor grado, el sentimiento religioso se transparenta a traves del objeto que se expone; en otras, el sentimiento ha sido sustituido por una manera —el manejo de ciertas actitudes, de colores y de formas, que se suponen aptos para lo que se supone arte religioso— y en algunas no hay ni sentido religioso ni manera de tal, hay solamente un tema. Pero aunque los monjes usen habitos y la decoracion del templo incluya determinado temario, ni el habito hace al monje ni el tema crea el espiritu del arte. Aunque incluyan lo que podria ser Nuestro Señor en forma de Niño, la Virgen Madre y las barbas de San Jose, los cuadros de una conocida pintora jamas serán arte religioso mientras persista sobrenadando en ellos ese dejo visceral que acompaña todas sus realizaciones, ese color de higado y esa luz rutilinosa de tormenta que recorrio siempre las gargantas macerauas, de flores viciosas, de sus jovencitas, o el violeta de guinapo de sus bocas.

Ni lo seran tampoco los de un pintor que ya es un pedazo de historia de nuestra pintura por el simple hecho de que coloque un crucificado blanco, de carne cerea y fofa como un pedazo de tocino que verdea, en el primer plano de lo que componga.

Es infantil pensar que dos pintores de la categoría de los que acabamos de tomar como ejemplo ignoren que el arte no es un tema. Sin duda los otros, los que dan en una manera, piensan que esa manera a que se acogen, ese modo de hacer, es lo religioso. Descuento que lo considerará así el escultor que haciendo una figura orante, alargada, a la manera de Lembruck, encuentra en su escultura algo remoto, inoefinible, que la trasciende. Supongo tambien, que no repara en que justamente eso nunca será lo religioso, pues para serlo ha de ser individual, propio de él y no de otro; ha de estar encarnando la mayor profundidad de aquél que crea, lo que es inalienable de él y en lo cual él se encuentra solo, sin ninguna otra compañía sino la de su propio ser, ante su Creador. Lo religioso es una oración, aunque sea tácita; el sentimiento religioso nos pone en oracion. Ahora bien, no rezamos imitando el modo de rezar de otro, sino coincidiendo con lo que de más auténtico hay en nosotros.

¿Qué es lo que debemos pensar de estos artistas de talento que ha simplificado la cuestión hasta quedarse solamente en el tema? Nada excesivamente grave. Pensemos por un momento en que muy pocos cuadros o esculturas que tuvieron como motivo una escena de la vida de un santo en cualquier época, tienen carácter sagrado. Piénsese en esa Santa Teresa de Bernini, flotando sobre una nube, en deliquio, frente a un ángel ambiguo que tiene una flecha en la mano. Todo, inclusive la flecha, es blando; y todo flota, desde la sonrisa evanescente del ángel hasta el éxtasis de la santa. Piénsese en Miguel Angel, en Rafael, en Leonardo... Muy poco es lo que hay de religioso en las artes que a partir del Renacimiento tomaron sus temas de la religión.

No es grave que no se acierte con la tónica, pero parece necesario señalar que no se la ha encontrado, porque los artistas necesitan un público, y un público es, ante todo, una opinión crítica. Si hubo pocas muestras de arte religioso en esos siglos que llegan desde el Renacimiento hasta nuestros días, en gran parte habrá sido porque la opinión se fué desinteresando cada vez más y se dirigió a otros campos. La exigencia crea calidad.

Recordemos, por ejemplo, qué ocurrió en España. Bastó el retoñar de la seguridad religiosa con la aparición de la orden jesuítica para que la contrarreforma encontrara en El Escorial su monumento severo y permanente.

Piénsese lo que ocurrió en cada lugar a donde llegó el cristianismo en misión. Recuérdese América y la escuela de Cuzco, el Aleijandinho y su prodigiosa imaginería... Y concluyamos que lo que necesita el artista es una audiencia.

Ahora parecería que una exigencia mayor, o, lo que es lo mismo, una mayor atención, vuelve a dirigirse al arte religioso. Asistimos a lo que podría ser el comienzo de un renacer artístico. Hay muchos signos de una mayor conciencia religiosa. Hay más deseo —por lo menos en nuestro país, y hasta donde es presumible en todo el mundo— de saber qué es esta religión que tuvieron nuestros antepasados; qué vieron en ella, por qué la siguieron. Se dirá que el mundo no está mejor que antes, que nunca estamos

---

Ni se comprende por qué se tendría que aumentarlas con la perspectiva de nuevas nupcias.

Males hay muchos en el mundo, mas nadie creerá oportuno *legalizarlos para combatirlos.*

h) Las restricciones de las leyes que permiten el divorcio solamente en casos especiales no han sido eficaces nunca, en ningún tiempo, ni en ningún país. Siempre se terminó por caer en fáciles abusos; la historia lo demuestra. En Francia, del 8 % de la población se elevó el número de divorcios al 300 %; en Alemania, el doble en 14 años; en EE. UU. se elevó a un 100 %, hasta llegar a un divorcio cada seis matrimonios. Roosevelt llegó a decir que el divorcio es el *suicidio de la raza.*

i) Los que propician el divorcio no conocen el verdadero amor, el cual tiene una exigencia intrínseca de estabilidad y, por lo tanto, es incompatible con el divorcio, que atenta directamente contra los fundamentos de dicha estabilidad.

Saludamos al señor director muy atentamente.

Directorio del Instituto de la Familia".

Novedades de OCTUBRE

Grandes Novedades
LA IMPURA
por Guy de Cars
$ 30.—

Grandes Ensayistas
EL UNIVERSO RELIGIOSO DE DOSTOYEVSKI
por Romano Guardini
$ 30.—

Episodios de Guerra
EL BOTE DE LA MUERTE
por Walter Gibson
$ 20.—

Selección Emecé de Obras Contemporáneas
EL CAPITAN VERMEJO
por Lucio de Mena
$ 35.—

El Séptimo Círculo
EL HUECO FATAL
por Nicholas Blake
$ 15.—

EMECÉ EDITORES S. A.
San Martín 427 — 32 - 3883-84 — Bs. Aires

ARTES PLASTICAS

Arte sacro moderno

EN esta revista el tema del arte sagrado ha sido vivamente considerado en sus múltiples posibilidades contemporáneas, y en la presente sección señalamos las expresiones argentinas salientes en ese proceso renovador del que existen ya pruebas auspiciosas. La *"Primera exposición de arte sacro moderno"*, organizada por el Museo Histórico de la Iglesia en la Argentina en homenaje a la celebración del Centenario de la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción de María Santísima, ha sido ahora abierta al público en salones de la Sociedad Gath y Chaves, en la calle Florida.

Lo que resalta de inmediato en esta muestra es la nutrida cantidad de envíos efectuados por artistas nacionales en los diversos procedimientos que abarcan la pintura, la escultura, el grabado, el "vitraux", la cerámica y la arquitectura. El jurado ha aceptado cuatrocientos noventa y cuatro de los dos mil ciento dieciocho trabajos llegados al concurso, acordando los siguientes premios, y en este orden: Pintura: Miguel C. Victorica, Adolfo de Ferrari, José de Bikandi; Escultura: Antonio Sassone, Guillermo Buitrago, Aurelio Macchi; "Vitraux": Victorina Durán, Rodolfo Gagnardi; Cerámica: J. Oropesa, Isabel Robol; Grabado: Domingo Bucci, Víctor Rebuffo; Arquitectura: Lanús y Newton, Espinosa y Lafosse.

Ya haremos de volver sobre el conjunto exhibido y la experiencia que el mismo representa. Por de pronto, debemos decir que esta primera exposición tiene una singular similitud con los salones del Angelicum de los frailes menores de Milán, pongamos por caso la *V Mostra Italiana* de arte sagrado destinada a la casa cristiana, que vimos en la primavera de 1949 en esa capital lombarda. Se decía allá, en el catálogo, de la conveniencia de que las obras sean "de inspiración religiosa con sujetos obtenidos del Evangelio y de los Libros Sagrados, de la vida de los Santos y de las leyendas pías tradicionales". Además, lo que les acuerda especial significación, es que esas muestras aspiran a hacer conocer al público peninsular obras de artistas italianos a fin de que las "imágenes" nuevas creadas por ellos puedan llegar a sustituir las "imágenes adocenadas"... Nada más cierto, y nada más indispensable. En ese camino el arte religioso, sea cual fuere el país en que es practicado, tendrá un alto destino renovador, el cual abarcará todos los órdenes, desde la casa del hombre a la Casa de Dios. Por supuesto que la Muestra se presentaba muy desigual en sus valores artísticos, pero se iba atendiendo a un anhelo loable. Así ocurre con la "Primera exposición de arte sacro moderno", y sucesivas presentaciones servirán de estímulo para ir superando el nivel actual. En Milán asistían al mismo tiempo artistas (dos, un pintor y un escultor) especialmente como invitados de honor con seis y ocho obras cada uno y al par obras antiguas de diversas escuelas, lo cual contribuía a señalar la importancia de la misma.

Como en todo salón colectivo, cabe discriminar la cantidad junto a la calidad. El "Cristo en cruz" de Victorica atiende a una dimensión muy característica del maestro boquense, la expresividad, en desmedro de otros valores constructivos y de dibujo. Bien ubicada la figura del Crucificado, sobre un fondo de amplio cielo y paisaje cordobés, estos elementos complementarios y el cuerpo, menos el rostro y los brazos, nos dan una imagen desgarrada que el tamaño mayor contribuye a disminuir su potencia plástica. Cerca de esta pintura, un pintor joven, Krasnapolsky, en su "Virgen y Niño" al modo bizantino, de graciosa visión y sensible color moderno en la forma planística, acompaña dignamente a Victorica. El espectador podrá asimismo observar una excelente pintura, en un extremo un tanto apartado del salón, de Alberto Trabucco, una imagen sin duda de concepción delicadamente mística, finísima en su procedimiento, de sugestión estética y no menos de belleza religiosa en la composición y los delicados toques pictóricos; una pieza de calidad.

En el apartado de pintura, emergen los nombres de Centurión, de Ferrari, Mónaco, Norah Borges, Vanzo, Carrié, Berreta, Elba Villafañe, Levaggi (una Virgen), Mary Arce, con un oleo de no desdeñable simplicidad y expresión, Fioravanti, Perazzo, Donati (el apunte), sin olvidar algunos rasgos preciosistas del cuadro de Gramajo Gutiérrez, o la caligrafía de Bouts, y tal vez algún otro trabajo.

La afinada síntesis del "Cristo" de Aurelio Macchi, una cabeza en piedra de Sassone y bocetos de éste para los apóstoles aducen los aportes escultóricos, junto a otras piezas. El grabado señala la presencia de Víctor Rebuffo, con un envío de caracterizados blancos y negros, de fuerte dibujo y densa concepción formal. "Madona del manto violeta", de Bucci, está sutilmente dibujado y coloreado. Armagni, Gelial Minotti, el grabado 257 ("Natividad"), Ruedal, Moreno Kierman, Elgarte, contribuyen al decoro de esta sección. Victorina Durán expone dos telas estilizadas, proyectos de vitraux, de un dinamismo de línea y color bien gratos. Las casullas de Mana y la serie del ceramista Bikandi se señalan también.

Es obvio que se desee en esta primera muestra una perfección y un valor en las obras realmente remarcables, pero el tesón con que ha sido preparada, el número de los cultores de las artes figurativas presentes y los trabajos mencionados indican al menos un propósito: el de contribuir a dotar al país de una expresión artística religiosa. Lo cual es asunto bastante arduo.

RAQUEL FORNER

ENFRENTARSE con la obra total de Raquel Forner, desde sus óleos densamente plásticos de hace dos décadas a través de sus aportaciones al tema de la guerra, representa seguir un itinerario que se sumerge en la tragedia de nuestro tiempo. De las imágenes de rigor formal a las desgarradas composiciones actuales, la pintora asume una decisiva posición en América.

Pocos artistas como Raquel Forner están tan capacitados para abordar una forma real, un dibujo preciso, un volumen abierto o cerrado en su proyección artística y significativa. Baste recordar su exposición en Bonino, el año anterior, para probar con que eficacia atiende por la línea ceñida y exacta cuanto su sensibilidad creadora capta y realza. Pero son sus óleos los que nos dan la prueba de su cabal temperamento humano, de su eficacia expresiva, de su fuerte personalidad. No se conforma con un tema meramente cotidiano, no busca tanto la belleza como la verdad, pero, por esto mismo, sus entidades formales se sienten plenas, desbordantes de pasión y rebeldía, condiciones anímicas que la pintora controla.

Quien lleva hondos problemas a su arte —sea el enigma del destino, la aventura, la sombra, el sueño, el mártir, el diálogo, la quimera o la mentira—, del modo que procede nuestra artista, supone una vibración interior que atiende a las intensas potencias del corazón y del intelecto. Es éste ya un valor fundamental, el gran tema, harto desdeñado por pintores menores, evasivos. Por este gran tema, se llega hoy a la serie de El Lago.

En estas telas que datan de 1954, inspiradas en árboles, troncos, ramas, fondos de agua y montaña de Traful, se coordinan las preocupaciones plásticas y expresivas de su autora. Se ha

---

estado tan cerca de la catástrofe final. Y bien, allí donde el pecado abunda, allí la gracia sobreabunda. El mundo está peor que nunca y al mismo tiempo ha mejorado. A ese deseo de saber, de conocer, acompaña como parte de él el anhelo de un arte mejor para nuestros templos.

Pensemos, entonces, que nuestros artistas, los que hoy exponen y según creo se equivocan en esta exposición, están por encontrar su audiencia. Si la encuentran, ellos, a su vez, encontrarán la senda de las grandes realizaciones. Por eso no es grave que aun los más cotizados confundan tema con materia; si todavía resulta posible que lo hagan, es, simplemente, porque durante tanto tiempo han venido sintiendo esa falta de exigencia de su público, que pueden haber llegado al desconcierto, o al desánimo.

Es necesario, pues, que sepamos nosotros qué es lo que queremos, o, por lo menos qué es lo que no queremos. Parece fácil saberlo, pero no lo es tanto. Si lo fuera, no se hubieran cometido tantos errores en la adjudicación de premios de la Exposición de Arte Sacro Moderno que venimos comentando.

No sé si hay obras mejores que las premiadas en todos los casos; pienso que en algunos las hay. De todos modos, en el supuesto de no haberlas, los premios debieron haber sido declarados desiertos. Se debió así haber tenido la firmeza de expresar la opinión más severa y al mismo tiempo más serena. Pues un premio es tanto como un reconocimiento de méritos —o por lo mismo— una orientación para los demás.

Mario Betanzos

dicho que en Raquel impera a veces el tema sobre la pintura, que en especial los elementos accesorios de sus cuadros tienden al barroquismo, o sea que la profusión de esos elementos en los cuadros mayores (no los más breves) hieren la concepción y restan austeridad a sus composiciones, y se ha dicho también, como lo dejamos expuesto en diversas circunstancias en esta página, cuáles son sus méritos inconmovibles, y en qué grado fundamos nuestro juicio a su favor. Entendemos que la pintora mucho anduvo desde sus telas de lustros atrás a las de hoy, afinando cálidamente su paleta, enriqueciéndola, y ello importa en sumo grado en su segura vocación y madurez actual. Una muestra de Raquel Forner, ordenada y seleccionada cuidadosamente, con sus telas sobresalientes, completadas con sus interesantes dibujos, sería un acontecimiento en cualquier parte del mundo. Lo que no es poco decir.

"La tentación" (Serie de El Lago), Raquel Forner, 1954

CASTAGNINO

JUAN Carlos Castagnino pertenece al núcleo viviente de los artistas argentinos. En él hemos visto durante años al representante insigne de una generación de pintores dados a la búsqueda de las más puras esencias pictóricas y al significado humano de su expresión. En la exposición que realiza en Viau, bastarían sus dos trabajos, la acuarela y el dibujo, para demostrar una vez más su calidad, como asimismo una serie de paisajes de la campaña bonaerense, para mostrarnos los problemas en que se halla empeñado como captador de la luz y de la atmósfera de la llanura al concitar en sus telas esos valores.

No obstante esta muestra plantea al crítico serios interrogantes, los que no debemos silenciar. Un conjunto anterior en la misma galería, obras ejecutadas a la témpera, indicaban en Castagnino la superación de un peligro que lo acecha desde tiempo: la aviesa efusión pictórica en detrimento de lo plástico, que allá estaba en su justa medida y nos producía satisfacción al comprobarlo. Vimos después dibujos del artista en la Sociedad Hebraica Argentina, de los que surgía su extremada condición de dibujante, y óleos menos resueltos. Es lo que ocurre en este momento. ¿Es que deliberadamente Castagnino desea mantenerse en ese llamado realismo, que escasamente tiene proyección artística, como en su óleo, una escena popular, titulada "Tarde de domingo"? ¿Quién sabe usar un temperamento emotivo y vibrante debe descuidar exprofeso otras calidades de plasticidad y ajuste formal, renegar de virtudes que destacaron su personalidad juvenil, ya en el fresco de la Hebraica o en los óleos de la llanura y el norte argentino, con un carácter de justeza y probidad artística que no vacilamos en considerar original? En nuestro libro "Italia y el arte argentino" hemos ubicado un fragmento de obra de Castagnino nada menos que al lado de un fragmento ilustre de Masaccio, recordando sus devociones por trecentistas y cuatrocentistas italianos, junto a los modernos Campigli o Chirico, y no menos Picasso y otros notables artistas contemporáneos. ¿Es que ahora desea Juan Carlos Castagnino que lo ubiquemos junto a representantes no muy descollantes del ochocientos peninsular?

Nuestra verdad sería ver al pintor no ajeno en modo alguno al complejo y humano mundo del hombre, pero en donde forma y fondo, o mejor, lo que reiteradamente defendemos como *forma-substancia* diera nuevo fundamento a su pintura, que veríamos más alta en su futuro.

IDEAL, VENIER, OCAMPO

LO que podríamos anotar con respecto a los problemas humanos contenidos en obras de Raquel Forner y Castagnino, encuentra su polo opuesto en pinturas de Ideal Sánchez, Bruno Venier y Miguel Ocampo.

¡Pero, ¡qué difícil aventura ésta de hallar la proporción exacta entre la forma y la sustancia, entre lo formal y lo real, entre el drama y la poesía que debe emanar de toda obra perdurable!

A un juego de relaciones puramente plásticas se atienen los jóvenes pintores aludidos. ¿Exceso de intelectualismo en Ideal Sánchez y en Ocampo? ¿peligro de lo escenográfico en Venier?

Un firme problema de color y de forma se plantea Ideal, en función de una expresión poética de misterioso sentido, adelgazando su materia, ahondando la expresión y variándola en la entonación, en la línea y el plano depuradísimos. Ya son los grises, o los azules, o los amarillos, o los verdes, que le sirven de "leit motiv" para trabajar su cuadro, para inscribir sus cuidadas formas. Buen camino dentro de esa lírica pasión del artista, y sin duda su oficio e inteligencia lo llevarán cada vez más a complejas soluciones estéticas personales.

Cuando Venier hace pintura-pintura su obra resulta muy interesante. Así el óleo "Tomando sol", de bella materia y riguroso estilo. Pero conviven en el pintor la fantasía, los ricos empastes y el control estructural, que si lo llevan a aquel óleo señalado, también lo conducen a "Paisaje del Tigre", "Paisaje italiano" o "El jardín de las hadas", en los que lo escenográfico-ilustrativo predomina. Por la coordinación de sus elementos reales y semiabstractos con la facultad imaginativa, avanzará seguro, en su nueva etapa Bruno Venier. Expone en Plástica.

¡Qué diferencia la pared izquierda, al entrar en la primera sala de Krayd, en la que Ocampo cuelga tres importantes cuadros y la derecha de la misma! En unos una materialidad táctil, sensible y constructiva, de sugestiones poéticas, y la otra un frío esquema mental inconsistente. Otros de sus óleos hacen pensar en tapas para la encuadernación de libros de lujo, por su elegante simplicidad y sus colores planos. Sus telas más recientes lo acercan a una pintura mental, "concreta", que no siempre favorece su paleta ni la razón intuitiva de sus tonos. A su vibración interior debiera atenerse Miguel Ocampo, profundizándola dentro de la pintura y no al margen de un mero teorema espacial.

Oleo de Ideal Sánchez

MONSEGUR, SOL, KRASNOPOLSKY

UNA austera visión logra Raúl Monsegur en sus pinturas de los juncales del Delta. Ya realista en algunos óleos, ya emotivo en breves notas, su paleta es capaz de las más sutiles vibraciones paisajísticas.

Juan Sol inquiere por su expresión plástica a través de una serie de paisajes del Sur y alguna naturaleza muerta. La síntesis formal y la depuración de sus tonos, lo sitúan en esa auspiciosa búsqueda.

De Jorge Krasnopolsky señalamos sus indagaciones en la materia de su expresión, en paisajes o figuras, y especialmente en las concreciones de los óleos 14 y 16 de su muestra.

R. Brughetti

HORACIO BUTLER

ESTE prestigioso pintor acaba de inaugurar una importante exposición en la Sala V de Van Riel. Coincide la misma con la publicación de la bella monografía que, con un prólogo de Julio E. Payró, 12 láminas en color, 16 en negro y fotografías del artista acaba de aparecer. Las Monografías Van Riel, colección dirigida por Romualdo Brughetti, serán distribuídas por Emecé.

CINE

La Semana de Cine Católico de Lima

S. E. R. el Señor Arzobispo de Lima, Cardenal Juan Gualberto Guevara, ha bendecido especialmente la Jornada Internacional de Cine que se inaugurará el 14 de noviembre en la capital de Perú. Ha recomendado, al mismo tiempo, a todos los fieles, especialmente a los miembros del clero secular y regular, así como a las religiosas, que presten una efectiva ayuda para la realización de sus propósitos, ya asistiendo personalmente a las funciones de la Jornada y a los cine-debates especiales que se realizarán, ya haciendo una propaganda eficaz entre los mismos fieles.

Durante la semana serán exhibidas La rosa blanca, *película mexicana de Emilio Fernández;* Pepino y Violeta, *italiana, de Maurice Cloche;* El último puente, *austríaca, de Helmut Kautner;* El Padre Brown, *inglesa, de Robert Hamer;* Resplandece el sol, *norteamericana, de John Ford;* El Diario de un cura rural, *francesa, de Robert Bresson;* La guerra de Dios, *española, de Rafael Gil;* Heidi, *suiza, de Luigi Comencini;* Las campanas de Nagasaki, *japonesa, de Hideo Oshea;* y El cura Lorenzo, *argentina, de Augusto César Vatteone.*

CRITERIO estará representada por su crítico doctor Jaime Potenze, quien especialmente invitado por la Comisión Organizadora hará la presentación de algunas películas y dirigirá cine-debates. Al mismo tiempo pronunciará conferencias en el Club de Teatro y en el Instituto Peruano-Británico de Lima.

DE AQUI A LA ETERNIDAD La Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de Hollywood tiene entre los críticos de primera categoría de Europa y América del Sur —en Estados Unidos no existen— el mismo prestigio que la Academia de Artes y Ciencias Cinematográficas de la Argentina entre los aficionados locales. Como lo recordaba hace poco Alsina Thevenet (*Film* 12) "en 25 años de existencia, la Academia no halló oportunidad de premiar nunca a Chaplin ni a Greta Garbo... y descubrió que *Casablanca* (1943) era una gran película, inventó un modelo de cine llamado *Going my way* (*El buen pastor*, 1944), e inauguró en el mundo entero el concepto de que Bing Crosby podía ser, no ya un actor cinematográfico, sino el mejor de 1944". (Y a propósito de esto, cante yo la palinodia y declare que me avergüenzo del impresionismo de mi crítica correspondiente).

En los últimos años, la Academia ha adoptado la política de acumular distinciones sobre determinadas películas, que aparecen ante el espectador desprevenido como los toros de la Exposición Rural, cargados de medallas, pero en el fondo inocentes del entusiasmo de los jurados. *La Malvada* (*All about Eve*, 1950) acumuló para la XX Century Fox una serie de *Oscares* inusitados, que hasta la aparición de *De aquí a la eternidad* (*From here to eternity*, 1953) no tuvieron parangón. Pero vino el ejercicio fiscal 1953-54 y la película, su director Zinnemann, sus intérpretes Donna Reed y Frank Sinatra, su libretista Taradash, su sonidista Livadary, su montajista Lyon y su fotógrafo Guffy llevaron a la Columbia a un primer plano que suponemos habrá hecho bajar sus acciones en Wall Street, pues no todos los inversores saben que el premio se da a la película más comercial y no a la más artística. (Los 12.500.000 de dólares recaudados el año pasado por la cinta pusieron las cosas en su lugar).

Goffre, Carbone y Cía

VIAMONTE 1549 — BUENOS AIRES
T. E. 41 - 0051

En Cannes se le dió un "premio fuera de concurso", con lo que se aseguró la futura concurrencia norteamericana al Festival, lo que alivió la angustia de los hoteleros locales. En el Nº 35 de *Cahiers du Cinema*, André Bazin, jurado en el antedicho Festival, cuenta que se le hizo saber que las relaciones con los estadounidenses serían difíciles si la película no obtenía el gran premio. El "hors concours" salvó las apariencias y aseguró los dólares.

Las largas filas frente a tres cinematógrafos sancionan la reacción bonaerense. La curiosidad ha sido, evidentemente, acuciada. ¿Valía la pena tanta expectativa?

Comprendemos que para el espectador norteamericano, la crítica a las prácticas del ejército, la infidelidad conyugal mostrada abiertamente, la denuncia a los guardiacárceles militares y la presentación en escena de un prostíbulo ha de haberle parecido, en su prepoteridad, señales de jerarquía cinematográfica. Rechazar toda validez a la película, sería tan injusto como ensalzarla exageradamente.

Por lo pronto, hay en ella dos planos perfectamente definidos: el social, con su secuela de críticas al ejército y a sus jerarcas; y el psicológico, pretexto para presentar una serie de personajes que, como veremos, están parcialmente logrados. El primero está presentado con timidez: existe, es cierto, una denuncia bastante valiente contra la fanfarronería de los jefes, que ponen su mérito en la habilidad pugilística de sus subordinados, y una pintura bastante bien matizada de la brutalidad en los cuarteles hawaianos, pero se contrapone a ello una vocación militar no muy bien definida, que compensa en cierto modo las antedichas carencias. El ser soldado mercenario es descripto como mérito, como sello de una vocación que se confunde con la eternidad, pero los trazos son muy débiles y desleídos, con lo que no se encuentra justificación dramática a esbozos aislados. Posiblemente los dirigentes de Columbia no se hayan animado a llevar a la pantalla la denuncia del novelista James Jones, que es autobiográfica, en toda su magnitud, por lo que para mayor seguridad de la inversión hayan atemperado las tintas, añadiendo un matiz lo suficientemente seguro como para evitar molestos interrogatorios de los cazadores de brujas de Wáshington, D. C.

Y si lo social puede ser parcialmente aceptable, lo psicológico no alcanza los más mínimos requisitos. El personaje de Deborah Kerr (sobre cuyo sex appeal se han tejido historias asaz imaginativas) es inconsistente e incongruente. El convencionalismo con que se trata su infelicidad conyugal es sólo comparable al utilizado para describir sus relaciones con Lancaster, cuya iniciación es lamentable, porque la escena en que él llega a casa de ella adolece de una falta de imaginación rayana en lo inconcebible. La idiosincrasia del Sargento Warden tampoco está satisfactoriamente perfilada desde un punto de vista cinematográfico. Es un hombre rutinario, más acostumbrado a que convencido *de* las ventajas de un sistema militar injusto. Montgomery Clift encarna a un soldado profesional con aparente hambre y sed de justicia, pero con la suficiente testaruduez como para no utilizar los caminos legales corrientes para luchar por lo que considera justo. Sufre en silencio "para no dar el gusto" a sus verdugos de quejarse por la vía jerárquica correspondiente contra ellos. Y lo mismo ocurre a Frank Sinatra, personaje imposiblemente más desdibujado, que muere a manos de un torturador, pero no afloja, no se queja, no trata de remediar legalmente su situación: prefiere escupir en el rostro de su victimario.

Y entramos aquí en un terreno que aunque nos aparta un poco de la crítica esencialmente técnica al introducirnos en las consecuencias morales de la película, creemos debe ser señalado: *De aquí a la eternidad* presenta a nuestro juicio muchos puntos muy vulnerables desde el punto de vista ético. Hay, ante todo, una aprobación del orgullo, que es pecado tremendo. Los personajes de Clift y Sinatra, como lo hemos señalado, se preocupan ante todo de no pasar por cobardes, aunque ello sea a costa del aguante de la injusticia. Ello tiene una doble consecuencia negativa: en primer término, la afirmación de un falso valor personal que —como lo hemos anotado— tiene de tosudez y de soberbia. En segundo, una defección social, porque al aprovechar el antedicho silencio, los seres antisociales se envalentonan y prosiguen su tarea maligna. No denunciar la iniquidad es casi tan culpable como ejercerla.

En segundo término, anotemos el cinismo con que se trata el matrimonio. Cuando Donna Reed —que encarna a una prostituta— lleva a su casa a Clift y prepara la comida, él dice: "Esto es como estar casados, ¿no te parece?". "Es mejor", es la respuesta. Y cuando evidentemente enamorado, él le propone matrimonio, ella rehusa porque desea seguridad, anhela un hombre respetable que la haga socia del Coun-

try Club de su pueblo, independientemente del cariño que pueda tener por él. Moraleja para el espectador poco avisado: el amor extra-matrimonial tiene ventajas que no siempre son compatibles con el matrimonio respetable.

La aceptabilidad del divorcio también es evidente. El capitán Dana Holmes es un canalla que deja morir a su hijo por dormir una borrachera. Su esposa —con la que está casado, pero que ha dejado de ser su mujer— encuentra un hombre con el que realmente se entiende. Hablan del futuro divorcio de ella, y al espectador poco avisado ello no sólo le parece natural, sino plausible, dada la manera como se han presentado los personajes.

Y dejemos a un lado la justificación de la venganza (el espectador poco avisado está deseando que Clift mate al guardiacárcel), cierta simpatía por la ebriedad (el sonriente Sinatra pasa las tres cuartas partes de la película beodo, y es el personaje más agradable) y el hecho de que la única nota espiritual de la película lo constituya una cruz en el escote de la desaprensiva Donna Reed.

Y volviendo a la parte técnica, alabemos el primer plano de Clift cuando toca el clarín después de la muerte de Sinatra, escena de patetismo muy bien lograda; las tomas de los soldados en el campo apenas iniciado el bombardeo; y el detalle del funcionario que se niega a dar armas para repeler un ataque porque carece de orden escrita de la superioridad. En el otro platillo digamos que la escena en que aparece Sinatra destrozado después de haber escapado del presidio es de una teatralidad insoportable; que el montaje de las primeras escenas peca de excesiva rapidez y que la manera como muere Clift no tiene asidero, porque si lo que deseaba era volver al ejército, no tenía por qué suicidarse.

Fred Zinnemann logra sus mejores momentos al describir la tensión entre los soldados, creando una atmósfera muy cinematográfica. Por lo demás, la falsedad del libreto —posiblemente muy podado porque se trataba de condensar un libro de 861 páginas, cosa que se hizo a costa de la desaparición de algunos personajes y el cambio de otros— le impidió lucirse.

Permítaseme terminar con una frase de Alsina Thevenet (*Film*, 21) que me gustaría haber escrito: "Si esto es oficialmente lo mejor de Hollywood, no debe parecer extraño el prestigio del cine europeo".

Jaime Potenze

LA IMPORTANCIA DE LLAMARSE ERNESTO Las comedias de Oscar Wilde se caracterizan, como es sabido, por una trama más que regularmente enredada, cuyo desarrollo está del todo condicionado a las necesidades de un diálogo brillantemente irónico, que es el arma con que el escritor inglés trató de satirizar los gustos y las costumbres de una sociedad victoriana de la que fué sucesivamente niño mimado y víctima. La abundancia y prolijidad de sus parlamentos, de un ingenio sostenido a todo trance, no hacía, pues, a *La importancia de llamarse Ernesto* una pieza muy indicada para la transcripción fílmica, a menos que el realizador y el guionista se tomaran el arduo trabajo de recomenzar todo de nuevo en una clave estrictamente cinematográfica. Suponemos que si esa labor pudo hacerse con Shakespeare, no era imposible realizarla con Wilde. Pero Anthony Asquith, cuya filmografía es rica en fieles adaptaciones de éxitos escénicos —todos recuerdan *Odio que fué amor*— optó paladinamente por el conservadorismo teatral, y para afirmar desde el comienzo su intención de "fotografiar una comedia", inició *La importancia de llamarse Ernesto* (*The importance of being Earnest*, 1952), como Olivier su *Enrique V*, en un teatro donde se representará la comedia de Wilde. Y, efectivamente, el desarrollo de la acción del film es, con apenas algunas variantes de escenarios, exactamente el de la obra original, conservando casi la totalidad de su diálogo todavía aceptablemente fresco.

Ciertamente Asquith, con casi un tercio de siglo de experiencia cinematográfica, no es hombre que se haya limitado a fotografiar rutinariamente la comedia. Su consumado dominio de los planos agiliza la acción y evita durante casi todo su transcurso la monotonía que acecha en el cine a una obra construída para el teatro, y el aprovechamiento de una escenografía riquísima en detalles y de impecable estilización, debida a Carmen Dillon (y premiada en Venecia en 1952), es ejemplar. Algo podría decirse también del montaje, que tiene algunos aciertos sino del todo originales, agradablemente expresivos, como la indicación del pasaje del tiempo indicado por el cambio de la solapa de Ernesto Worthing; o de detalles como la aparición de Lady Blacknell en el vagón de carga, flanqueada por el cochecito premonitor; o del empleo del sonido, discretamente usado como recurso cómico; o, sobre todo, del finísimo empleo del color, que pone de relieve el detallismo menudo de los decorados, y enfatiza la elocuencia del vestuario (valioso auxiliar psicológico), sin apartarse de las tonalidades más agradablemente esfumadas del Tecnicolor.

A estos méritos que no alcanzan a hacer de *La importancia de llamarse Ernesto* una obra decididamente cinematográfica hay que añadir los de su interpretación de gran calidad. Como ocurre en la mayoría de las buenas cintas inglesas, los actores de ésta son primeras figuras de las tablas, y no es el menor mérito de Asquith el haber concertado los estilos y modalidades de intérpretes veteranos y bisoños con un resultado de ejemplar homogeneidad. El público puede gozar, pues, con las magníficas actuaciones del inteligente Michael Redgrave, excelentemente dotado para la comedia, aunque lo prefiramos en el drama; de la imponente Edith Evans, *first lady* de la escena inglesa; de la fresquísima Dorothy Tutin, que poco después se consagrara encarnando a la protagonista de *The living-room* de Graham Greene; de Joan Greenwood, una de las actrices más exquisitas y atrayentes del momento; del flexible Michael Denison y de la pasmosa Margaret Rutheford (¿quién podría olvidar a su creación de la vieja espiritista en "Espíritu travieso" de Coward?), que en conjunto representan a varias generaciones, escuelas y géneros del teatro inglés, cuyos talentos fueron acertadamente reunidos y guiados en esta cita fuera de las tablas y, al mismo tiempo, ajena al cine.

Sylvia Potenze

HISTORIA DE TRES AMORES Típico producto comercial, *Historia de tres amores* (*Story of three oves*, 1958) contentará a un público de escasas exigencias, pero demuestra ante el más somero análisis carecer de todo valor cinematográfico sólido.

Dos de los episodios de que consta la cinta, el primero y el último, están basados sobre elementos extracinematográficos que no han sido debidamente asimilados a las necesidades específicas de un film. El argumento del primero es una magrísima anécdota, pensada con el único fin de exhibir las habilidades de la bailarina Moira Shearer (que además posee una magnífica cabellera y unos ojos que le invaden todo el rostro). El fotógrafo, que podía haber hecho cine con las piruetas de la alada criatura, prefirió no incomodarse, y de lo que pasa mientras Moira

"ITALIA"
GENOVA
PARA TURISMO A EUROPA
VIAJE EN LOS
"4 GRANDES"
GIULIO CESARE
AUGUSTUS
CONTE GRANDE
C. BIANCAMANO
CONSULTE
A SU AGENTE DE VIAJES O
ITALMAR
FLORIDA Y CORDOBA

descansa, más vale no hablar, como tampoco de la inexpresiva actuación de James Mason.

El principal interés de "Equilibrio", el tercer episodio, reside en las conjeturas de los espectadores sobre si Pier Angeli y Kirk Douglas son los que realmente se balancean en los trapecios o no. Aparte del hecho de que los intérpretes demuestran interesantes condiciones de volatineros, y de que el doblaje está realizado con gran habilidad, el relato es insípido. El París fabricado en galerías, no parece más auténtico porque los protagonistas se vistan como los héroes de Marcel Carné, y a nadie se le ocurrió aprovechar el tecnicolor para animar el ambiente circense en que transcurre buena parte de la acción. Gottfried Reinhardt, a cuyo título de ser hijo del famoso Max hay que añadir ciertos antecedentes en la producción, dirigió estos dos episodios sin la menor preocupación por el buen cine.

"Mademoiselle" pudo esperar mejor suerte en las manos de Vincente Minelli, director de probado buen gusto. Pero el libretista buscó esta vez su punto de apoyo en algunos versos de Verlaine y las dificultades fonéticas que opone el francés a los aficionados norteamericanos, y en el momento mismo en que empieza a interesar, el relato se deslíe en un trivial paseo nocturno, desperdiciando las condiciones interpretativas y la cautivante simpatía de Leslie Caron y Farley Granger.

En el llamado Gran Cine Opera —no así en el Premier y el Roca— este espectáculo se presenta en la nueva pantalla panorámica, que nada agrega, salvo un gigantismo innecesario, a la imagen. En cambio, a causa del violento ensanchamiento del cuadro provoca sensibles *flous* laterales, decapita repetidamente a los intérpretes y perjudica en general a la calidad de la fotografía.

Sylvia Potenze

LOS SOBORNADOS Estrenado tras una propaganda que en su baratura podía provocar en el no especialista un sentimiento de repulsa, pues en vez de puntualizar que la película estaba dirigida por Fritz Lang (*Metropolis, M. Eine Stadt sucht einen Mörder, Fury,* etc.) se sugería entre puntos de admiración que contenía sadismo, corrupción y mujeres inmoladas en el marco del "siniestro mundo del crimen", omitiendo puntualmente el nombre del realizador, este film es uno de los mejor dirigidos de una temporada rica en buenas películas (*Juegos prohibidos, En un suburbio de París, Cantando en la lluvia, ¿Acusaría usted?,* etc.).

El planteo, no por conocido deja de ser siempre candente: un hombre solo luchando contra la injusticia. Dave Bannion tiene antecedentes tan remotos como el personaje que encarnaba James Stewart en *Caballero sin espada* (*Mr. Smith goes to Washington*, 1939), y tan recientes como el de Humphrey Bogart en *La hora de la venganza* (*Deadline U.S.A.*, 1951). No obstante, el argumento de *Los sobornados* (*The big heat*, 1953) adaptación de Sidney Boehm de una novela de William McGivern, no sólo ha sido filmado con mayor fluidez (y buena parte del mérito de la película ha de recaer en el trabajo del montajista Charles Nelson, que ha logrado un ritmo de perfecta exactitud) sino que posee mucho mayor relieve que los que sobre el mismo tema se han visto. El personaje principal está cabalmente descripto, y se desempeña dentro de un libreto coherente y perfilado. Todo tiene en la película su explicación, desde la aparentemente exagerada preponderancia que dá Lang en las primeras escenas a la vida familiar del protagonista, justificada luego en la intensidad dramática de las secuencias posteriores, hasta los matices de la psicología del personaje principal. Lang ha logrado armonizar un lenguaje simbólico con la más descarnada acción. Un tapado de visón, un cochecito de muñeca en una casa vacía, tienen dentro de la película la misma elocuencia psicológica que escenas de violencia filmadas con inusitado realismo.

Francois Truffaut ha señalado que el tema favorito de Lang es la soledad moral, el hombre solo en lucha contra un universo semi-hostil y semi-indiferente. En este film —de insospechada trascendencia social al denunciar la corrupción policial, mientras que al mismo tiempo se sugiere la decencia del periodismo libre, al que no llega la influencia de los malvados— el director de *Das Testament von Dr. Mabuse* presenta a un héroe típicamente cinematográfico, y lo hace dentro de una sobriedad inigualable, a pesar de que el tema se prestaba para el más eficaz de los melodramatismos. La tragedia del hombre aislado se combina con su lucha contra el crimen de modo que el espectdaor, si bien vibra íntimamente con el problema personal, es conducido por el realizador a asumir una responsabilidad social. Por otro lado, pocas veces suele verse en la pantalla un personaje tan de una pieza, tan incorruptible, tan decente.

Es cierto que aquí y allá (la manera cmoo traban relaciones Ford y Gloria Grahame, la aparición providencial de aquél en el momento en que ella es herida, la facilidad con que se zafa el protagonista de su delicada situación con Jeannette Nolan), el convencionalismo hace su aparición en la película, pero ello no perjudica mayormente la validez de lo expresado en cuanto a su excelencia, a la que contribuye de modo fundamental el fotógrafo Charles Lang, en una de las iluminaciones más apropiadas que recordamos en película policial.

Es magnífica la interpretación de Glenn Ford, de naturalidad y vida interior pocas veces vistas en personajes similares. Y Lang —extraordinario director de actores— nos presenta aquí una Gloria Grahame irreconocible, de juego fílmico perfecto, cualquiera sea la variación de su papel. Jocelyn Brando, idéntica a su hermano Marlon, cumple cómodamente en un papel fácil, y la inolvidable Lady Macbeth de la película de Welles, Jeannette Nolan, tiene gracias a Lang la posibilidad de aparecer en la pantalla, en un trabajo que si bien es secundario, le permite expresarse.

Jaime Potenze

N O T A Las películas *Pan, amor y fantasía* y *Los amantes de Villa Borghese* fueron comentadas en el número 1210 de CRITERIO, páginas 294 y 296 respectivamente.

TREINTA AÑOS DE LA METRO GOLDWYN MAYER Aunque las productoras cinematográficas norteamericanas son las más estables del mundo, no por ello deja de ser un acontecimiento significativo la celebración del trigésimo aniversario de la Metro-Goldwyn-Mayer, el sello que probablemente más ha influído en los gustos del público, por lo menos en las dos últimas décadas.

El aniversario, que ha sido celebrado en todas las capitales importantes (Buenos Aires ha sido omitida hasta ahora) con una "Semana Metro" de sensacionales estrenos, y profusa difusión de folletos apologéticos e informativos (que

ACABA DE APARECER

Para PROFESORES DE RELIGION
PREDICADORES, CONFERENCISTAS,
CATEQUISTAS

NOVENO TOMO DE

"Salió el Sembrador"

- Casi 500 *anécdotas*, sentencias y comparaciones sobre la última parte del *"Credo"* (Creo en la S. Iglesia hasta el final).
- Forma con el 7º y 8º tomos la *"Biblioteca completa de ejemplos"* sobre el "Credo".
- Un arsenal moderno para el predicador, maestro y catequista.
- Tiene dos *apéndices* valiosos:
  1º Señálanse en forma extensa la bibliografía y los ejemplos oportunos para cada bolilla del programa de Religión referente al Credo.
  2º Trae discursos oficiales relativos a la enseñanza religiosa.
- Posee 4 *Indices* especiales, amén del general: de personas y lugares, materias, números marginales de los ejemplos y según el programa oficial de Religión.

Papel fino, tamaño manual, 640 págs.

PRECIO: Sólo 20.—

EDITORIAL GUADALUPE

MANSILLA 3865 — T. E. 71-6066 — Bs. As.

no han llegado a CRITERIO), se cumplió exactamente el 17 de mayo, fecha en que —hace treinta años— Marcus Loew, dueño de la productora Metro, y Louis B. Mayer, sellaron su propósito de filmar y distribuir conjuntamente películas de primera categoría en los amplios estudios comprados a Samuel Goldwyn. Incidentalmente, el origen del primer término del trinomio, la parte de Loew —lingüísticamente tan extraña al resto— proviene de las iniciales y las dos últimas letras del nombre de Mabel E. Talliaferro, famosa actriz de los tiempos heroicos.

Las ambiciones de la nueva empresa se manifestaron claramente en la elección de su trade-mark, una desafiante cabeza leonina, y su orgulloso lema latino, "Ars gratia artis", y desde sus primeras películas (*El que recibe las bofetadas*, *Ben Hur*, *El gran desfile*, *Entre naranjos*, *La viuda alegre*) se definió un nuevo y brillante estilo de producción. El hombre que determinó desde un principio la fisonomía del producto M. G. M. fué el gerente de producción (executive producer) Irving Thalberg, una de las figuras que de más prestigio gozó, y sigue gozando después de muerto, en Hollywood. Hombre joven y audaz, dentro de la moderación que exigen los negocios bien encarados —una gran empresa cinematográfica jamás pierde de vista esta realidad— Thalberg planeó una producción de gran costo, lujosa, variada, apoyada en el incentivo de intérpretes de primer rango, o elevados a éste por una fabulosa publicidad, y servida por técnicos de calidad excepcional. El sello M. G. M. era, antes de la guerra, garantía de un producto formalmente impecable, brillante atractivo y no exento de ciertas inquietudes características.

La Metro fué la empresa que en la década del 30 tuvo bajo contrato exclusivo a las estrellas más rutilantes de Hollywood: Greta Garbo, Jean Harlow, Norma Shearer, Clark Gable, Joan Crawford, los Barrymore, Wallace Beery, Marie Dresler, Novarro, Tracy, Laughton, Powel, Loy, etc. Era la época de las películas de repartos multiestelares (*Grand Hotel*, 1932; *Cena a las ocho*, 1934); la de los costosos films de Van Dyke, engañosamente documentales, rodados en comarcas exóticas (*Sombras blancas en los mares del Sur*, 1927; *Trader Horn*, 1930; *Eskimo*, 1933); la de las suntuosas musicales de inconfundibles y barrocas características (*Las Melodías de Broadway*, *El gran Ziegfeld*, 1936; *Oh Marietta*, 1936); la de las ambiciones y dignas adaptaciones de Shakespeare (*Romeo y Julieta*, 1936) y de Dickens (*David Copperfield*, 1935; *Historia de dos ciudades*, 1936): la de los patéticos dramas de Garbo y las sofisticadas comedias de William Powell.

Durante ese período que va de las postrimerías del cine mudo hasta 1937, por razones no del todo ajenas a la justicia, el sello del león es el que para el gran público condensa todo el hechizo y el prestigio (incluso intelectual) de Hollywood. Y de hecho, al mismo se deben películas excepcionales como *El gran desfile* y *Aleluya* de Vidor, *La viuda alegre* de von Stroheim, *La letra escarlata* de Seaström, *La cena de los acusados* de Van Dyke, *Furia* de Fritz Lang, etc.

A fines de 1936 muere Thalberg, y Louis B. Mayer lo sucede en su puesto clave. Aparentemente, el nivel de la producción se mantiene estable, pero en realidad el plan Mayer es más conservador y menos imaginativo que el de Thalberg. Otras circunstancias se acumulan: se impone la renovación de los intérpretes de la edad de oro, sobreviene la guerra y luego la crisis de post-guerra. Con equipos renovados, la Metro sigue navegando con cautela por las aguas conocidas del drama y la comedia cinematográfica, logrando el fabuloso éxito comercial de *Lo que el viento se llevó*, 1939, los premios académicos de *The Philadelphia Story*, 1940 y *Rosa de abolengo*, 1942, la aprobación popular a la serie de Andy Hardy, el aporte británico para *Un yanki en Oxford*, 1938, *La ciudadela*, 1939 y *Adiós Mr. Chips*, y, el hecho más significativo, la renovación de la comedia musical, convertida en un género más fino y atrayente gracias a la sensibilidad de Vincente Minelli y el entusiasmo de Arthur Freed (*Una cabaña en las nubes*, 1942; *La rueda de la fortuna*, *El pirata*, 1948).

En 1948 la empresa más rumbosa de Hollywood reconoció que convenía hacer economías, y Mayer cedió su puesto al joven Dore Schary que inicia una etapa diferenciada en la producción metrogoldwyniana. Schary, con experiencia en estudios más modestos, se empeñó en conseguir un tipo de película sensiblemente más barata y de ningún modo inferior a la calidad acostumbrada, con el aditamento de que aires más frescos y tonificantes ventilaron los viejos estudios y barrieron algunas de las caducas concepciones sobre los gustos del público y los éxitos de taquilla.

Schary auspició la filmación de *Intruder in the dust*, 1949, la primera película de crítica social que filmaba la Metro desde *Furia*, 1936 (y a la que se otorgó el premio de la Oficina Católica Internacional de Cine en el Festival de Punta del Este en 1951, en gran parte por el entusiasmo que provocó en uno de los críticos de CRITERIO, jurado en dicho certamen). En 1950 defendió, contra el parecer de Mayer, el derecho a vivir de *The red badge of courage*, de John Huston, un análisis de la cobardía en un soldado de la Guerra de Secesión; abordó sinceramente con *Teresa*, de Zinnemann, nuevos problemas psicológicos; continuó alentando los esfuerzos de los equipos Freed-Minelli y Freed-Kelly, que dieron las dos mejores comedias musicales de la historia del cine, *Sinfonía de París* y *Cantando en la lluvia*; conquistó a Europa en 1953 con el encanto de *Lili*, y en el mismo año volvió a Shakespeare con *Julius Caesar*, y reanudó la tradición del film multiestelar con *Executive suite*.

Junto a estas y otras muestras de indiscutible interés, la empresa siguió halagando el gusto del público por los espectáculos descomunales (*Scaramouche*, *Quo vadis*, *Ivanhoe*, *The knights of the round table*), la inclinación de los jóvenes hacia las comedias intrascendentes, y la de los viejos por los temas escapistas, batiendo récords y acumulando Oscars. Pero una empresa cinematográfica es siempre un negocio, y el arte, que es humilde, se conforma con algunas compensaciones que en este caso no han faltado. De cualquier modo, el viejo león ocupa un lugar definitivo en la historia del cine, y mantiene empeñosamente un señorío sobre la industria y el público que bien habla de su gallardía invicta.

Sylvia Potenze

Calificación Moral de la Acción Católica

Aventura comienza mañana, La. Amer. Republic (21-IX-54). Para mayores. — *Aventuras de Juan Lucas, Las.* Española Internacional (23-IX-54). Aceptable para adolescentes. — *Detective.* Americana. Guaranteed (29-IX-54). Película

MUSICA

El Martirio de San Sebastián

EN el Monumental, la Asociación Wagneriana recordó el misterio en cinco partes de Gabriele D'Annunzio *Le Martyre de Saint Sebastien*, para el cual Debussy compuso una hermosa partitura estrenada en 1911 en el Theatre du Chatelet en su forma escénica original. De acuerdo con el testimonio de los más autorizados especialistas en el arte debussysta, la obra que fracasara en su forma primitiva tuvo sin embargo un enorme suceso a partir de 1928, año en que fué ofrecida por primera vez en versión de oratorio, confiando a un recitante, una síntesis del denso poema originalmente encomendado a cinco actores.

D'Annunzio creó su poema para ser estrenado por Mme. Ida Rubistein en el papel principal y dividió la obra en cinco "mansiona", vocablo con que se designaba en el medioevo a los diversos lugares en los que se desarrollaban las escenas. No obstante, gran parte del fracaso de la obra en ocasión de su estreno, se debió a la misma protagonista, célebre danzarina rusa que en la oportunidad debutó como actriz; si bien encarnó el "rol" del santo con estupenda plasticidad, (sobre todo —y así lo aseguran las crónicas de la época— en la danza estática de Sebastián sobre los carbones encendidos), la admiración por parte del público se desvaneció ante los primeros versos del poema, enunciados con cierto acento eslavo y timbre inadecuado, circunstancia que conspiró fundamentalmente contra el éxito de la representación.

La versión posterior en forma de oratorio, para la cual prestaron su acuerdo los autores no comporta ninguna modificación a la partitura escrita en primera instancia por Debussy, con la sola excepción de una llamada de trompetas utilizada en el comienzo de la obra que fuera extraída del acto III. Su realización requiere una nutrida masa sinfónico-coral y algunas voces solistas.

Cabe destacar que Le Martyre de Saint Sebastien es una de las obras más bellas y más interesantes de Debussy y si injustamente olvidada en nuestro repertorio sinfónico, su audición en esta oportunidad permitió poner en evidencia las características sobresalientes del arte refinado y sutil del músico francés, orientado, como en casi todas las muestras de la producción de sus últimos años, hacia rutas insospechables luego de la aparición de "Pelleas et Melisande". En la obra que nos ocupa, Debussy abre nuevos horizontes a la vez que condensa las más hermosas particularidades de su genio y es realmente curioso e injusto, no encontrarla difundida en la medida que sus atributos reclaman.

Del punto de vista del carácter, y hablamos de música religiosa y no litúrgica, este oratorio revela cierta falta de ubicación espiritual que el músico francés ha tratado en repetidas ocasiones de justificar (1). El misticismo de Debussy carece, pues de convicción y si esa música la separamos del poema que le dió origen, no encontraríamos mayor diferencia de espíritu con sus más conocidas partituras, generalmente inspiradas en temas de índole esencialmente profana. Digamos que el género religioso se hallaba fuera de su mundo anímico; no obstante, la obra, considerada musicalmente, es de hermosura indescriptible y constituye una de las más logradas páginas escritas en nuestro siglo. De ahí parece partir, asimismo el resurgimiento del oratorio en Francia, siendo fácilmente perceptible establecer por momentos ciertas analogías con las célebres obras maestras debidas posteriormente a Arthur Honegger.

Una versión de encomiable calidad contribuyó a crear un clima de concentración y placer pocas veces logrado en una sala de conciertos. Y no fué ajeno a ello la presencia en el atril directorial de nuestro bien conocido huésped, el director italiano Lamberto Baldi, figura asociada a una larga serie de interpretaciones desarrolladas —como en esta ocasión— en un plano de calidad poco frecuente. Este destacado especialista de la música francesa ofreció una versión ejemplar en cuanto a su espíritu y animada de una transparencia sonora perfectamente acorde con las exigencias del texto musical. Olga Chelavine cantó deliciosamente, obteniendo un nuevo y legítimo éxito en los diversos fragmentos que le fueron confiados. Excelente Noemí Souza junto a Frauca Golob, esta última en un tipo de música poco apropiada a sus reconocidas posibilidades y muy correcto el desempeño del Coro y la Orquesta de la Asociación. Angel Matiello, el notable barítomo del cual nos hemos ocupado en reiteradas ocasiones, tuvo a su cargo la narración, que si bien fué enunciada con suma corrección, creemos que es labor que escapa a la especialización que le ha merecido tantos y tan justos elogios.

Fué sin duda, una de las notas de arte más brillantes de nuestra temporada.

J. F.

(1) Las siguientes declaraciones a un periodista atestiguan el concepto de Debussy sobre el particular: "Croyez-vous que de n'aie point dans mes œuvres des précédents religieux, si je puis dire? Prétende vous enfermer l'ame d' un artiste et ne concevez-vous pas aisément que celui qui voit partout tant de mystères ait été tenté par un sujet religieux Je n'ai pas de profession de foi a vous faire, mais si je ne suis pas de pratique catholique ou croyant, je n'ai pas eu grand effort a faire pour m'élever a la hauteur du mysticisme qu'atteint le drame du poète". Luego agrega: "Le foi que ma musique exprime est-elle ortodoxe ou non. Je l'ignore. C'est la mienne, la mienne qui cante en toute sincerité"...

---

cómica con bailes, escenas y trajes objetables. Reservada. — *Espadas de los mosqueteros.* Americana. Fox (30-IX-54). Aceptable para niños. — *Franz Schubert.* Austríaca. Internacional (16-IX-54). Para adolescentes. — *Látigo acusador.* Americana. Columbia (16-IX.54). Aceptable para niños. — *Manón de la Fuente.* Francesa. Internacional (23-IX-54). Para mayores. — *Mi viudo y yo.* Argentina. Mapol (22-IX-54). Situaciones equívocas, lenguaje procaz a ratos, escenas provocativas y sensuales. Pese a su carácter humorístico, se transparenta la inmoralidad sin justificación alguna. Desaconsejable. — *Pan, amor y fantasía.* Italiana. Italsud (23-IX-54). Para mayores. — *Pasaje dorado.* Americana. Republic (21-IX-54). Para adolescentes. — *Ratas de playa.* Americana. Columbia (28-IX-54). Para mayores. — *Rica, joven y bonita.* Americana. M. G. M. Para adolescentes. — *Su ley fué matar.* Americana. Allied Artist. (21-IX-54). Para mayores. — *Telaraña, La.* Argentina. D'An-Fran. (30-IX-54). Para mayores. — *Viento salvaje.* Americana. W. Bross (15-IX-54). Aceptable para mayores.

TEATRO

A la sombra del mal. Lenormand (1-X-54). Algunas frases confusas sobre la justicia, la vida eterna y el bien y el mal la hacen reservada. — *Ana Christie.* Eugene O'Neill (24-IX-54). Breve alusión religiosa inconveniente. Crudeza en los personajes y en el diálogo. Reservada. — *Ballet de Katherine Dunham.* (24-IX-54). Para mayores. — *Casamiento de Laucha, El.* Payró (22-IX-54). Para mayores. — *Colomba.* Jean Anouilh (24-IX-54). Describe la vida de los artistas de teatro en forma amarga y cínica. Personajes amorales y escenas desagradables, falseamiento de la realidad del amor conyugal, adulterios reiterados como cosa natural. Mala. — *Lucha hasta el alba.* Hugo Betti (24-IX-54). Historia de postguerra. Gira en torno al adulterio de un hombre con la esposa de su íntimo amigo, el remordimiento que esto le causa al convertirse al cristianismo y su abandono de todo principio al encontrarse nuevamente con esa mujer. Adulterio reiterado. Asesinato. Suicidio. Diálogos y escenas crudísimas. Principios cristianos muy pregonados que ante la tentación desaparecen. Mala. — *Tío Vania.* Antón Chejov (9-IX-54). Para mayores. — *Verano y humo.* Tennesse Williams (17-IX-54). Drama que presenta el amor de la neurótica hija de un pastor protestante por el hijo descarriado del médico del pueblo llegando a la transformación de ambos; él en un joven moral y ella en una mujer de vida ligera. La virtud está representada por una joven no del todo equilibrada y que súbitamente se da a la mala vida, escenas fuertes, ambiente opresivo. Desaconsejable.

Con la reposición de "Don Giovanni" de Mozart se inició la temporada alemana del Teatro Colón

EL 3 de octubre último se iniciaron en el Teatro Colón las representaciones de ópera alemana, espectáculos tradicionales por su alta jerarquía que hasta hace muy pocos años se contaron entre los acontecimientos más señalados de la actividad musical porteña.

En esta oportunidad y para presentación del maestro Karl Elmendorff, músico vinculado a los principales teatros líricos europeos por una larga actuación que llegó en alguna oportunidad hasta el Teatro de Festivales de Bayreuth, se ofreció la reposición de *Don Giovanni* de Mozart, obra ausente del repertorio desde hace algnos años y cuya vuelta a la escena del Colón se esperaba con verdadero interés. La constitución del elenco ya anticipaba que estas representa-

ciones de obras germanas no alcanzarían mayor relieve y que sería muy difícil lograr interpretaciones homogéneas y fieles al espíritu de las obras inscriptas en el "cartelone". Ya iniciados los ensayos de *Don Giovanni*, a último momento no pudo contarse con el barítono Paul Schoeffler, figura de alto prestigio en Europa y Estados Unidos y reconocido como especialista en la interpretación del papel principal de esta ópera. En su reemplazo se recurrió a un veterano cantante, procedente de la Opera de Hamburgo, el barítono Mathieu Ahlersmeyer...

Nuestras sospechas, desgraciadamente se hicieron realidad en la representación que nos ocupa, ya que el nivel de la misma osciló entre la improvisación y la mediocridad. Y ya que de mediocridad se trata debemos agregar que la obra mozartiana no admite términos medios, especialmente en el momento que los primeros escenarios del mundo —entre los que por honrosa tradición debe contarse nuestro Teatro Colón— rinden homenaje constante al genio de Salzburgo con los mejores y más eficaces elementos procedentes generalmente de la Opera de Viena que son los mismos que cantan en Londres, París, Milán, Roma, Salzburgo, Glyndebourne, Barcelona o Nueva York.

Ante la triste experiencia de esta infortunada reposición de *Don Giovanni* debemos recordar que no pueden encomendarse obras de tan alto significado a intérpretes modestos en líneas generales, u a otras figuras bien dotadas y competentes en óperas del repertorio italiano, pero que desconocen el estilo y la atmósfera especial que requieren las obras teatrales de Mozart, llegándose en consecuencia al lamentable saldo que arroja esta "reprise", que ante la imposibilidad material de llevarla a buen puerto, debió optarse por su retiro de cartel, reemplazándola por otra obra más adaptable a los elementos de que se disponía.

La dirección de Karl Elmendorff resultó lenta y por momentos desvaída. Faltó a su batuta la chispeante gracia mozartiana, el "esprit" y la claridad que animan a la partitura, una de las más hermosas de todo el teatro musical. El protagonista, Mathieu Ahlersmeyer, carente del físico adecuado al personaje y vocalmente débil, trabado constantemente por una articulación italiana por demás pintoresca, causó una impresión penosa que se hizo aún más latente luego de la célebre serenata que fué reprobada por parte del auditorio. En síntesis: Su "Don Juan" como personaje no estuvo "presente" ni en el canto ni en la acción...

Karl Dönch, a pesar de su empeño —ya sabemos cuánto vale este inteligente artista— por articular un italiano claro, vocalmente no se sintió cómodo en la parte de Leporello, que requiere un bajo cantante para su total lucimiento. Su concepción del personaje no alcanzó tampoco la penetración psicológica requerida por el pícaro pero en el fondo devotísimo, criado de Don Juan... Eugenio Valori, artista meritorio y estudioso, que tantas pruebas ha dado de su capacidad en partes de verdadero compromiso, tuvo que medirse aquí con una parte erizada de dificultades como la de Don Ovtavio, que no siempre logró dominar. Lo encontramos más a tono en el segundo aria "I mio tesoro" que en "Dalla sua pace", página exigentísima para la respiración y el canto sostenido... El joven barítono Ricardo Catena puso entusiasmo en su Masetto que cantó y personificó con corrección y el bajo Joseph Greindl que reaparecía en la episódica figura del Comendador completó en buena forma el sector masculino del reparto.

Doña Ana, tuvo en la soprano Pili Martorell una intérprete de hermosa prestancia, que cantó con empeño y musicalidad las dos dificilísimas romanzas. Nilda Hofmann reditó su interpretación de Doña Elvira, que esta vez nos pareció descuidada y no tan justa en cuanto a estilo y línea de canto, en tanto que Olga Chelavine, la figura más a tono con las exigencias de la obra, fué una Zerlina deliciosa en el canto y desenvuelta y vivaz en la acción.

Los nuevos decorados de Martín Eisler, no muy logrados en sus detalles principales, acusaron poca amplitud en las escenas exteriores y falta de suntuosidad en la sala del palacio de Don Juan. ¿Por qué la estatua del Comendador no fué ecuestre como lo reclama la tradición?.. Defectuosa la iluminación y poco original la coreografía ideada por Michel Borovsky. Responsable del movimiento escénico fué el "regisseur" Otto Erhardt, quien tuvo que afrontar serias dificultades por los ruidosos cambios de escena impuestos por los nuevos decorados. El público —siempre respetuoso y benevolente— no se entusiasmó mayormente con el espectáculo, terminando por no tomarlo en serio, ya que prefirió el silencio a la desaprobación total.

Los Maestros Cantores de Nuremberg

LA 16ª velada del abono nocturno se cumplió con la "reprise" de *Los Maestros Cantores de Nuremberg*, comedia musical de Ricardo Wágner, obra vinculada a las mejores solemnidades del Teatro Colón por representaciones memorables, entre ellas las de 1931, 1933 y 1938, dirigidas por Otto Klemperer, Fritz Busch y Erich Kleiber respectivamente.

La actual representación, por los motivos ya enunciados en el comentario precedente, no alcanzó el relieve indispensable para valorar las magníficas posibilidades de la partitura y los variadísimos detalles de clima y ambiente de su bien construída acción teatral. Ni la honda vibración humana de Hans Sachs, ni el lirismo de Walter von Stolzing, como tampoco la bulliciosa presencia de los aprendices y las ridículas actitudes del escribano Beckmesser, tuvieron esta vez los traductores requeridos.

El maestro Karl Elmendorff —a quien esperábamos por sus antecedentes, como buen wagneriano— no logró extraer en ningún momento de su orquesta los sutilísimos detalles, el ímpetu, la arrogancia y la nobleza que se alternan en el admirable sinfonismo de la partitura. Su versión careció de relieve y de flexibilidad, apareciendo por momentos confusa y descuidada como en el famoso final del segundo acto. La dirección escénica de Otto Erhardt tampoco contribuyó a realzar el nivel del espectáculo, observándose como detalle más vulnerable, el pésimo vestuario tanto en las figuras principales como en los elementos de conjunto.

El barítono Mathieu Ahlersmeyer presentó, como era de esperar luego de su Don Juan, un Hans Sachs modesto en el doble aspecto de cantante y de actor. Su canto careció de sugestión, de hondura expresiva, sus grandes momentos fueron opacos y en muchos momentos cubiertos por la orquesta. A su personificación le faltó imponencia y autoridad. Joseph Greindl, como Veit Pogner no estuvo a la altura de otras interpretaciones cumplidas en sus visitas anteriores. El cantable del primer acto "La hermosa fiesta de San Juan", no fué vertido con la amplitud vocal y la musicalidad que esta hermosa página requiere. El Beckmesser de Karl Dönch —ya presentido en su inolvidable caracterización del Doctor de Wozzeck— fué un trabajo interesante como concepción del

LOS ARTISTAS MAS GRANDES DEL MUNDO

GRABAN EN DISCOS

RCA VICTOR
SUCURSAL ARGENTINA

INFORMACION

El Card. Gracias y el problema de Goa

El "Examiner" de Bombay publica la siguiente declaración formulada por el Cardenal Gracias, Arzobispo de Bombay, en el Día de la Independencia India, que coincidió con la fiesta de la Asunción.

"Me he sentido profundamente apenado al enterarme de la falsa interpretación que la prensa extranjera ha dado a ciertos incidentes y ciertas normas que, directa o indirectamente, afectan a la Iglesia en la India. Los exagerados informes sobre estos asuntos deben ser desaprobados en honor a la verdad. Además, lejos de ser una ayuda para la Iglesia, sólo sirven praa causarnos dificultades. Por momentos parecería que agentes interesados explotan las cuestiones religiosas con fines políticos.

"Examinando en forma general la situación de la Iglesia en nuestro país, en este séptimo aniversario de nuestra independencia, encontramos que es mucho de lo que podemos estar satisfechos. Es verdad que la Iglesia debe encarar todavía problemas y dificultades, no todos de fácil solución. Es también verdad que hechos ocurridos aquí y allá muestran una tendencia de parte de elementos mal dirigidos hacia la agresión contra la comunidad cristiana. Sobre todos estos asuntos se han efectuado reclamaciones ante las propias autoridades y, aunque no podamos decir que tales reclamos hayan sido siempre completamente eficaces, confiamos, sin embargo, en que lo razonable de nuestras demandas se impondrá finalmente al gobierno y al pueblo del país.

"Es particularmente grato notar que la existencia de "un sentimiento de aprensión en el espíritu de los cristianos indios" ha sido reconocida muy recientemente por el mismo Primer Ministro, quien también observó que "sea lo que fuere lo que haya creado tal aprensión en la mente de cualquier grupo de la India ello debe ser lamentado". Con su característica franqueza el Primer Ministro ha indicado una causa de este sentimiento de aprensión e incitado con firmeza a su eliminación. Esta actitud del Primer Ministro es ciertamente tranquilizadora y ayuda a fortificar la esperanza ya expresada.

"En algunos sectores se abrigan temores acerca de la seguridad de las reliquias de San Francisco Javier y de la libertad religiosa en una Goa integrante de la Unión India. No creo que sea necesario aquietar tales temores, pero pregunto: ¿no tenemos santuarios de importancia nacional en varias partes de la India? ¿Y ha habido alguna vez cualquier causa de aprensión respecto a ellos? Pregunto finalmente ¿no gozamos nosotros de libertad de culto y vida religiosa?

"En un día como éste en que nos regocijamos por la independencia que logramos hace siete años, nuestros pensamientos y nuestros corazones se inclinan a todos aquéllos que legítimamente aspiran a su propia libertad y están empeñados en resguardarla. Como miembros de una Iglesia que tiene una larga tradición en la causa de la paz, y como ciudadanos de un país que ha heredado de Gandhi los principios de la verdad y la no violencia, nuestra ferviente esperanza y nuestra plegaria debe ser que todos esos individuos puedan pacíficamente alcanzar su libertad a través de convenios basados en la justicia".

Opinión del "Examiner"

La misma edición del "Examiner", de fecha 21 de agosto, publica un artículo editorial titulado "Interpretación errónea del problema de Goa", en el que leemos:

"Fuera de la India existe una idea completamente equivocada sobre la demanda de la libertad de Goa. Se ha hecho carne la creencia de que la inmensa península está intimidando a la pequeña colonia, que dentro de Goa el pueblo está firmemente en favor de la continuación del dominio portugués, que el escaso porcentaje que provoca disturbios a fin de independizar a Goa de ese dominio es una quinta columna, que los portugueses tienen un inalienable derecho para permanecer como los amos de Goa hasta el fin del tiempo, y que la cristiandad de Goa está tan ligada al gobierno portugués que ambos se sostienen y caerán juntos. La más simple de estas afirmaciones es insostenible".

A continuación se dan detalles de la forma en que los naturales de Goa demostraron en Bombay, en el Día de la Independencia, el deseo de que su tierra fuera incorporada a la Madre India; dos de los oradores de un mitin eran caballeros papales, "índice suficiente de la estima de que gozan en la Iglesia".

"Si la India abrigara intenciones de violencia hacia Goa las podría haber llevado adelante con suma facilidad... Pero, desde el primer instante, cuando, hace años, Nehru reclamó para Goa el derecho de libertarse del dominio extranjero, manifestó que nunca recurriría a las armas para lograr su propósito de incluir a Goa en la Unión India. Desde entonces jamás han cambiado sus intenciones. La marcha a Goa fué planeada, organizada y realizada por los naturales de Goa. La participación de otros elementos dentro de este movimiento no sólo no ha sido tolerada por Nehru, sino que la ha prohibido firmemente. Fué una sorpresa para los observadores fuera de la India que en el Día de la Independencia, policías armados del Estado de Bombay impidieran la marcha de 1250 voluntarios indios en Damaun. Nehru ha insistido, con agobiante repetición, que la liberación de Goa debe ser conseguida por sus propios hijos, pero el resto del mundo parece no haberlo oído... El motivo por el que cualquier tentativa de los naturales de Goa para obtener la libertad de su pequeña patria causará desagrado es fácil de ser entendido".

La idea de que "la cristiandad estará en peligro en Goa si los portugueses la abandonan" es descripta como "otra muestra de una fantástica falta de sentido común". "Evidentemente esto es uno de los fantasmas creados para asustar a los católicos de Goa, cuya fe es para ellos una cuestión sin precio y que no cambiarán por ningún plato de comida... ¿Mientras a cinco millones de católicos se les permite en la Unión India desarrollar su vida religiosa, van a implantarse restricciones sobre un cuarto de millón de católicos en Goa? ¿Y mientras grandes comunidades católicas están floreciendo en Mangalore, Kerala, Tamilnad y Bihar, es probable que la de Goa sea eliminada?".

El artículo concluye: "Los católicos de Goa deben hacer suyo el honroso pensamiento del "Principal" Correia-Alfonso: Los católicos de Goa tenemos en verdad una deuda con Portugal por haber traído la Fe a nuestro país; pero no pagaremos esa deuda con el sometimiento político. Hay otras maneras de saldarla" - (The Tablet).

MAS DE UN MILLON DE CATOLICOS EN UGANDA

Hoy la cristiandad de Uganda sobrepasa el millón de fieles. Según las estadísticas al 30 de junio de 1953, cuenta con 1.230.000 católicos y 102.000 catecúmenos, sobre un total de cinco millones de habitantes. Es una de las regiones más evangelizadas del Africa.

Los sacerdotes son 508, de los cuales 151 africanos (148 del clero secular). En los tres seminarios mayores existentes se preparan 115 seminaristas. La vida religiosa es floreciente: los religiosos africanos superan a los extranjeros: 137 contra 104 en los varones y 746 contra 257 para las mujeres.

Uganda es una provincia eclesiástica con un arzobispado en Rubanga (confiado a los Padres Blancos) y cinco diócesis sufragáneas, de las cuales una confiada a una obispo indígena. (L'Act. Relig.).

UN IMPORTANTE DOCUMENTO DEL EPISCOPADO HOLANDES

La vida ejemplar de los cristianos y la fortaleza de las organizaciones católicas constituyen elementos esenciales para la evangelización del mundo. Esta es la principal conclusión expuesta por los obispos holandeses en una carta pastoral que se repartió en todas las iglesias, por ser demasiado extensa para leérsela durante los oficios dominicales.

El documento de la Jerarquía señala a los católicos una dirección segura en sus actividades públicas y privadas, proclama la necesidad de la unión entre los fieles y advierten de ciertas tendencias peligrosas observadas en las organizaciones obreras católicas. En el aspecto social abogan también por mejores relaciones entre patronos y obreros, fundamentadas en las enseñanzas de la religión y denuncian por último a los movimientos modernos de tipo liberal y ateo

En la primera conferencia de prensa concedida hasta ahora por la Jerarquía Holandesa, Mons. Bernardo J. Alfrink, ar-

---

ridículo personaje, sagazmente comprendido en su más íntima psicología.

La joven soprano española Consuelo Rubio —figura novísima en el teatro lírico— cantaba la parte de Eva, creemos que por primera vez. Su desempeño fué muy correcto desde el punto de vista vocal y musical. En este aspecto evidencia muy buena frecuentación con el género de cámara, perfectamente adaptable a muchos momentos vocales del personaje. Como actriz, su labor no acusó ni la sugestión ni el encanto que deben emanar de la figura de Eva, tan cercana a la Margarita goethiana.

El caballero de Stolzing fué confiado al tenor Erich Witte, cantante ya conocido por nuestro público, por su actuación cumplida en el mismo escenario en 1938, en papeles de segundo tenor. Su desempeño no logró eclipsar el recuerdo de tantos magníficos intérpretes de la parte, ya que a su canto le faltó belleza y ductilidad y a su acción comunicatividad y elegancia. Eugenio Valori, trazó un vivaz e inquieto David, cantando con buen gusto y excelente sentido musical. Por su parte, Ruzena Horakova, siempre tan eficaz en sus intervenciones, personificó una Magdalena atenta y desenvuelta, de canto matizado e inteligentemente controlado. Como integrantes del conjunto de maestros se desempeñaron con mayor o menor fortuna: Alvaro Bandini, Carlos Feller, Víctor Bacciato, Emilio Filip, Virgilio Tavini, Humberto Di Toto, Duilio De Matthaeis, Tulio Gagliardo y Mario Verazzi.

Los evocadores decorados de Max Hofmüller, muy mal iluminados en esta oportunidad, crearon el marco adecuado y dieron la nota más auténtica en esta representación que sin duda alguna no ha de perdurar en el recuerdo de los oyentes como algo logrado y positivo.

Juan Andrés Sala

zobispo-coadjutor de Utrecht, explicó el propósito y significado del documento episcopal.

"Estamos convencidos —dijo—, de que muchos obispos y catolicos extranjeros están interesados en estos mismos problemas, aunque todos no puedan hacerles frente con la franqueza con que nosotros lo hacemos".

Los prelados holandeses declaran que tanto la vida social y publica como privada deben estar impregnadas de amor a Dios. Advierten contra el falso espiritualismo y recalcan que "en las relaciones sociales debe rechazarse toda separación entre religión y vida".

Respecto a la fortaleza de las organizaciones católicas dicen que precisan de suficiente libertad para el desarrollo de sus actividades y personalidad.

"Allí donde los católicos no conservan su unidad, poco pueden hacer en favor de las mejores relaciones sociales y por el bienestar de la comunidad", declaran los obispos refiriendose a la necesidad de la unión entre los fieles.

Dicen también que el apostolado seglar debe cooperar estrechamente con la Jerarquía y el clero y reservar a los obispos la dirección suprema de la Acción Católica.

Reiteran por último la prohibición de que los católicos militen en organizaciones comunistas y marxistas. Al referirse concretamente a Holanda piden que las organizaciones católicas fortalezcan su personalidad y aumenten los cuadros de dirigentes preparados para realizar un trabajo de apostolado fecundo. (Ecclesia).

EL PROBLEMA MARITAL EN LOS ESTADOS UNIDOS La pérdida de la autoridad del hombre en la familia norteamericana es un hecho, no solamente caricaturesco, sino que adquiere contornos cada día más graves. Confirma este aserto la revista "América", de Nueva York, dirigida por PP. Jesuitas: El padre de familia americano viene sufriendo un cambio sutil desde que comenzamos a revolucionar la vida de familia, cosa que sucedió inmediatamente después de la primera guerra mundial. El padre es todavía el centro nominal de la autoridad familiar. Pero, el hecho de que hoy día su esposa no sólo vota sino que comparte a menudo el sostén del hogar, ha alterado algo las relaciones del padre con sus hijos. La autoridad paternal ya no es lo que acostumbraba". El Secretariado de Vida Familiar de la National Catholic Welfare Conference, ha considerado el problema de tal importancia que el tema central de estudio durante el año 1953 fué "El padre, la cabeza del hogar".

MEJORA EN SUECIA LA SITUACION DE LOS CATOLICOS En Suecia, el luteranismo es la religión del Estado. Los otros grupos cristianos, incluso el grupo católico, forman minorías toleradas. El 1º de abril de 1952 entró en vigor la ley sobre libertad religiosa, que comporta algunas ventajas para los católicos por relación a la legislación anterior. Ahora, las conversiones al catolicismo encuentran menos obstáculos, pues cualquier ciudadano sueco es libre de renunciar a la Iglesia del Estado sin estar obligado a dar explicaciones. La prohibición que pesaba sobre los conventos ha sido, en principio, levantada: para fundar un convento propiamente dicho es necesario, sin embargo, la autorización real, que no puede ser acordada sino a ciudadanos suecos. Se han ligeramente simplificado también las formalidades para el matrimonio católico, que es reconocido oficialmente y tiene todos los efectos civiles (lo que no es nuevo). Los católicos han sido desgravados en un 40 % del impuesto de culto. Pero la contraparte de esta ley de libertad es que en adelante es imposible saber oficialmente cuáles son los ciudadanos católicos, puesto que la confesión de los que no pertenecen a la Iglesia del Estado no figura en los registros. Por la misma razón, no se ha podido obtener que el 40 % sobre el impuesto de culto sea percibido por vía administrativa y entregado a la Iglesia Católica. Estos dos últimos elementos hacen difícil la atención pastoral de las almas y precaria la situación financiera de las parroquias.

Sobre una población total de 7 millones de habitantes, los católicos no son todavía sino 20.000. Las últimas estadísticas registran 19.698, de los cuales alrededor de 15.000 extranjeros. El 29 de junio último el vicariato apostólico de Suecia fué elevado a la categoría de diócesis, y Mons. Eric Müller designado primer obispo católico de Suecia. Tiene como auxiliar a un danés, Mons. Anegar Nelson, o. s. b., que es un convertido.

La diócesis cuenta con 17 iglesias parroquiales y 21 capillas. (L'Act. Relig.).

LA JERARQUIA COLOMBIANA APOYA AL SINDICATO CATOLICO El arzobispo metropolitano y los Obispos de las diócesis de Santa Rosa de Osos, Jericó, Antioquía y auxiliar de Medellín publicaron una declaración conjunta para denunciar "principalmente ante el amado pueblo trabajador el peligro que entraña la Confederación Nacional de Trabajadores (C. N. T.) por la orientación que está imprimiendo a sus actividades de abierta oposición a la doctrina social de la Iglesia en materia sindical". Los Prelados dicen que los dirigentes de esta Confederación, en público y en privado, se han manifestado adversos al confesionalismo sindical y enemigos declarados de la intervención de la Iglesia en ese campo.

El documento expone la doctrina de la Iglesia en materia sindical y reafirma así el derecho de la Iglesia en esta materia:

"Ante todo debe sentarse como base que no puede ser puesta en duda la competencia de la Iglesia en tal materia, so pretexto de tratarse de intereses puramente económicos, según lo proclaman los Soberanos Pontífices". León XIII dice, hablando sobre el particular, en la "Rerum Novarum": "Es con la mayor firmeza como abordamos esta materia en la plenitud de nuestro derecho".

Más adelante exponen los Prelados, en seis puntos, los principios de la Iglesia sobre la sindicalización, para aludir después a las amonestaciones de la Sagrada Congregación respecto a la educación sindical cristiana "a fin de impregnar la acción sindical de espíritu cristiano, conjunto de caridad, de justicia y de moderación".

Respecto a la colaboración del sacerdocio católico en estas actividades, el documentos de los Ordinarios de Antioquía cita las palabras dirigidas por Su Santidad Benedicto XV al Obispo de Bérgamo: "Ningún miembro del clero piense que una actividad de este género sea extraña al ministerio sacerdotal, so pretexto de que se ejercita en el terreno económico; porque es también en este terreno donde la salvación de las almas se encuentra en peligro".

Por último, los Prelados dicen: "Apoyados en la sagrada autoridad de que estamos investidos, reprobamos la central sindical denominada Confederación Nacional de Trabajadores (C. N. T.) y prohibimos bajo pecado a nuestros fieles el pertenecer a ella o favorecerla de cualquier manera que sea." Y terminan "Declaramos enfáticamente que la Unión de Trabajadores de Colombia (U. C. T.), con sus filiales, es la central sindical católica de nuestro país, la que tiene el apoyo y respaldo de la sagrada jerarquía y a la que deben pertenecer todos los trabajadores católicos de nuestra patria".

Los cinco Prelados ordenan la lectura de este documento en todas las iglesias y capillas de sus jurisdicciones.

No deje pasar el tiempo... Grabe en seguida las mejores expresiones de su hijito con una

FOTO DE

Rodin

FOTO ESTUDIOS S.R.L.

URUGUAY 839 - URUGUAY 1163

T. E. 41-0309 T. E. 44-2102

SUCURSALES: CIUDAD EVA PERON - ROSARIO

PROFESIONALES

ABOGADOS

Ricardo Julio Alberdi
Abogado
Sarmiento 930 - 6º P. B — T. E. 35 - 4800

Carlos Fausto Chiovino
Abogado
Sgo. del Estero 286 - 3er. Piso - Dto. 6
T. E. 37 - 7189 Buenos Aires

José Oscar Colabelli
Abogado
Avda. de Mayo 749 - 2º Piso Dto. 10
T. E. 34 - 0727 Buenos Aires

Miguel Angel Cárcano
José Manuel Saravia
Abogados
Reconquista 46 T. E. 34 - 8074

Dr. Angel Gómez del Río
Abogado
Corrientes 115 - Paraná (Entre Ríos)

Eduardo Lucio Grandoli
Abogado
25 de Mayo 401 - 4º Piso
T. E. 31 - 7092 y 4741 Buenos Aires

Rodolfo González del Solar
Abogado
Bdo. de Irigoyen 112 - 2º Piso
T. E. 38 - 6443 Buenos Aires

Horacio Larreguy
Abogado
Sarmiento 722 - 5º Piso — T. E. 34 - 6722

Roberto H. Lanusse
Abogado
San Martín 232 T. E. 33 - 6289

Benjamín Nazar Anchorena
Abogado
Av. Pte. R. S. Peña 760 — T. E. 34 - 3839

Jaime Potenze
Amadeo Soler
Abogados
Procurador JUAN PABLO OLGUIN
San Martín 244 Esc. 204 - T. E. 34-0329
Buenos Aires
Plaza Zabala 383 (1er. P.) U. T. E. 82080
Montevideo

Roque R. Repetto
Abogado
Sarmiento 930 - 6º P. A — T. E. 35 - 4137

Aldo Luis Rossetto
Carlos María Bourdieu
Abogados
Florida 229 - Esc. 625 — T. E. 34 - 4384

Virgilio Tedin Uriburu
Abogado
Avda. Corrientes 569 - 4º Piso
T. E. 31 - 8631 y 3665 Buenos Aires

Federico Videla Escalada
Abogado
Talcahuano 395 T. E. 35 - 1390

P. A. Yurrebaso Viale
Abogado
Viamonte 885 - 2º Piso
T. E. 31 - 3666 y 4092 Buenos Aires

Zavalía Lagos, Gándara, Cané
Estudio Jurídico
Reconquista 657 T. E. 32 - 5637

ARQUITECTOS

E. Figueroa Bunge
F. Beccar Varela
Arquitectos
Reconquista 657 T. E. 32 - 3087

Vargas y Aranda
Arquitectos
San Martín 683 - T. E. 31-1211 - Bs. As
Calle 31 - U. T. E. 619 - Punta del Est

INGENIEROS

Emilio M. C. Devoto
Ing. Civil
Mendoza 3457 Capital

Fernando R. Lanusse
Ing. Civil
San Martín 232 T. E. 33 - 6289

Carlos E. Olivera
Ing. Civil
Cemento Armado
Avda. de Mayo 1370 T. E. 38 - 4549

Ricardo M. Puelles
Ing. Agrónomo
Paraná 1231 T. E. 42 - 7253

Jorge A. Scotto
Ing. Civil
Bolívar 177 T. E. 33 - 3730

Raúl F. Torreguitar
Ing. Industrial
Superi 1825 T. E. 73 - 3910

Antonio J. Vilá
Ing. Industrial
Malabia 2364 T. E. 71 - 4766

MEDICOS

Dr. Héctor F. Bameule
Enfermedades del Sistema Nervioso
General Artigas 620 T. E. 66 - 1762

Carlos Jorge Lotti
Clínica Médica - Aparato Digestivo
Montevideo 1560 - 3er. P. — T. E. 42-7367
Pedir hora

Miguel F. Méndez Trongé
Médico Oculista
Arenales 2117 T. E. 44 - 5997

Dr. Luis María Baliña
Enfermedades de la Piel
Maipú 975 T. E. 31 - 2253

Dr. Ovidio Bianchi
Cirugía General
Avellaneda 2175 T. E. 66 - 6278

Roberto Nicholson
Ginecólogo
Juncal 1875 T. E. 44 - 4881
Pedir hora

Clínica y Sanatorio Córdoba, S. A
Maternidad - Cirugía - Especialidades
Avda. Córdoba 3371 T. E. 86 - 4001

Dr. Jorge Olivera
Médico

Dr. Jorge Tamini
Enfermedades del Pulmón
Lunes, Miércoles y Viernes de 15 a 20 hs.
Río Bamba 116 - 1er. P. — T. E. 48 - 5672

Raúl A. Devoto
Clínica Médica
Melo 1994 T. E. 44 - 2029
Consultas: Lunes, Miércoles y Viernes de 18 a 20 hs. - Pedir hora

Dr. Carlos J. García Díaz
Médico de Niños
Avda. Callao 531 T. E. 71 - 1210
Reservar hora

Dr. Ramiro C. Rodríguez
Dermatólogo
Obligado 3127 T. E. 70 - 6371
Pedir hora

Dr. Guillermo Zorraquín (hijo)
Médico Cirujano
Juncal 1188 T. E. 42 - 0469

Dr. Sebastián Alberto Rosasco
Médico Cirujano de Niños

VARIOS

Antonio J. Cafferata
Escribano Titular del Registro Nº 161
de la Capital Federal
Montevideo 1330 T. E. 42 - 9977

Dr. Juan Carlos Puelles
Ciencias Económicas
Avda. Callao 1767 T. E. 44 - 3969

LIBROS

Poesía diversa

HOY consideraré las obras poéticas más recientes de cuatro autores conocidos por su larga labor literaria. Tres de ellos son argentinos. Uno, uruguayo. Procedentes de diversas estéticas y con objetivos conceptuales de muy distinto carácter, los cuatro coinciden en el fervor por las formas expresivas. Algunos sobresalen nítidamente en tal aspecto, ahora tan descuidado por quienes se acerca a la poesía. Otros prestan mayor atención a la faz ideal de su estructura lírica, centrando sus realizaciones en preocupaciones de orden contemplativo. Todos merecen especial respeto por la sinceridad de su actitud literaria y por la honradez de su desempeño en un oficio cada vez más afligido por la desaprensión de los improvisadores y de los audaces.

"ANTOLOGIA POETICA". — La editorial Espasa-Calpe Argentina ha reunido en este pequeño volumen de su colección Austral (a la que ya han sido incorporados florilegios de varios poetas nuestros) lo más característico e importante de la producción lírica de **Horacio Rega Molina**, poeta que desde "El poema de la lluvia" hasta "Sonetos de mi sangre" se ha distinguido, no sólo en el cuadro de su generación sino también en el de toda nuestra literatura, como un artista de rara pericia formal y como un hombre de fina percepción emotiva. Cuando se haga la historia racional de la poesía argentina habrá que situar a Rega Molina entre quienes con mayor habilidad versificaron. Pocos, en efecto, han llegado tan lejos como él en este nobilísimo arte, para mí inseparable de la poesía. Rega Molina conoce a la perfección lo que yo llamaría la fisiología del verso y de la composición estrófica, conocimiento que le permite alcanzar materializaciones métricas de extraordinaria frescura, fluencia, nitidez y colorido. Adquirida en la vasta frecuentación de los grandes modelos castellanos, y primordialmente en los de la poesía hispánica del continente a que pertenecemos (ya es hora de decir que en lo que respecta a la "fermosa cobertura" los líricos americanos han sido, sobre todo desde el modernismo, más sutiles y sabios que los peninsulares), la experiencia formal de Rega Molina se enriqueció y acendró, principalmente, en el estudio del ejemplo de Lugones, poeta a quien quizá corresponda la primacía de lo físico entre todos los artistas castellanos del verso. Del autor de "Los crepúsculos del jardín" aprendió el firmante de la selección que comento: el modo de distribuir la acentuación sobre distintas vocales (para realzar el valor musical); la manera de hacer coincidir el fin de cada línea con una pausa de sentido (para lograr que cada renglón sea, si no la totalidad de una oración, un miembro completo de ella); la forma de aliterar, la de adjetivar, la de hacer caer el peso conceptual de la estrofa en los dos versos finales de cada cuarteta con objeto de volverla más sorpresiva, etc. Pero en honor a la verdad debo añadir que esta asimilación de los medios lugonianos no significó siempre (como muchos aseguran) una apropiación sistemática del mundo ideal y sentimental del maestro cordobés. No. Yo creo, esto sí, que Rega Molina recibió impulso decisivo de Lugones en los comienzos de su carrera, pero que caminó por sí mismo a partir de sus libros realmente significativos. Todos aquí hemos sido, en cierto modo, discípulos del autor del "Lunario sentimental". Y a mucha honra. Porque Lugones era de esos seres capaces de ennoblecer a quienes se acogen a su enseñanza. No. Rega Molina aprendió el oficio en el maravilloso taller por el que, de una u otra manera, casi todos los escritores argentinos contemporáneos pasaron. Pero no se quedó allí sino el tiempo que era menester para llegar a dominar sus herramientas. Y a fe que ese tiempo no fué perdido. Gracias a lo que durante dicho lapso aprendió, Rega Molina pudo hacer lo que hizo más tarde: una poesía de limpia y ceñidísima contextura, en la que música, color y dibujo se asisten mutuamente con una solicitud generalmente admirable. Merced a tan perfecta conjunción de elementos expresivos resulta fácil adentrarse en el mundo poético de un hombre cuyo centro de gravedad sentimental parece haber quedado fijo en los graciosos días de la infancia. Rega Molina se presenta vuelto por entero hacia las horas en que los seres y las cosas se le revelaron, para devolvérnoslas a través de estampas donde una tristeza matizada de suave humorismo alcanza por veces comunicativa ternura. Leed, por ejemplo, ese espléndido poema que se llama "Niñez" y decidme si es posible pintar de modo más conmovedor la situación sentimental de quien acaba diciendo: "No supe nunca los deslumbramientos / que trae el hada en su corcel de armiño, / y el cuento que escuché cuando fuí niño / era el menos hermoso de los cuentos". Rega Molina concentra lo mejor de su meditación lírica en la consideración del fluir temporal, para desarrollarla luego en imágenes de contornos muy recortados y de colores directos. No quiere esto decir que falte aquí la inteligente indefinición de los límites, el gusto por la esfumada sugerencia, el amor a los grises de lo entrescañado, de lo presentido. Quiere significar que Rega Molina prefiere, por lo general, los modos claros y terminantes, pero no desprovistos de matices. Notables son en esta "Antología poética" los sonetos, principalmente los correspondientes a "La víspera del buen amor". Pero, sin dejar de reconocer que casi todo lo demás me parece lleno de mérito, estimo que lo más logrado es la "Oda provincial", que Rega Molina ha incluído completa. He aquí una construcción como pocas en la poesía de nuestro tiempo: firme en su estructura (donde la versificación no revela una sola grieta), amplia en su aliento discursivo, noble y levantada en su escondido mensaje. Con ella, este poderoso evocador de las cosas de nuestra tierra tiene derecho a quedar, junto al Lugones del "Canto a los ganados y a las mieses", como un testigo fidedigno. En tan recia composición, el poeta de "Azul de mapa" se ha redimido de los pecados de frivolidad y de decorativismo que se le imputaron más de una vez, y, recogiéndose con austeridad en el fuero donde el sentimiento de patria confina con los mejores recuerdos familiares, ha sabido manifestarse en la plenitud de una personalidad poética digna de ser celebrada junto a las más firmes de la poesía argentina.

"QUIERO". — Firma este libro **Enrique Amorim**, escritor uruguayo que vivió casi siempre en Buenos Aires y que en Buenos Aires llevó a cabo la mayor parte de una labor literaria donde figuran casi todos los géneros. Vuelto hace unos años a su Salto natal, el novelista, el cuentista, el cineasta y el comentador de pintura (recuerdo, verbigracia, una monografía sobre Castagnino) ha cedido el paso nuevamente al poeta, al interesante poeta que Amorim fué en sus comienzos. Si se me exigiera una clasificación, diría que el autor de "Quiero" está en la línea de Fernández Moreno, aunque con algunas divergencias de tono, evidentes, sobre todo, en las últimas composiciones. Amorim parece apartarse en ellas de la actitud ideológicamente neutra de Fernández Moreno (hombre para quien el contorno social no se manifestaba sino como sujeto estético) y atender veladamente a los afanes concretos (quizá políticos) del hombre. Amorim deja traslucir aquí su inquietud civil con regulada vehemencia y contenida emoción. Pero a mí me convence más cuando, siguiendo el ejemplo del gran poeta de Buenos Aires (compañero suyo durante tantos años), contempla la realidad con ojos exentos de compromisos no literarios. Entonces es, a mi entender, cuando Amorim consigue el máximo de su capacidad comunicativa. En el volumen que ahora reseño abundan las piezas de excelente diseño y graciosa entonación cromática. La mejor es, a mi juicio, la delicada "Elegía de los zaguanes", que refleja (esta vez con cierta influencia de Borges) un trozo de vida criolla asomada a las puertas de casas que ya empiezan a ser puro recuerdo: "Yo amaba los zaguanes encalados, sencillos, / o aquellos que alardeaban góndolas y vesubios. / En casa de los ricos un silencio sin grillos. / En casa de los pobres, llanto de niños rubios". Al lado de estas tersas viñetas no desmerece la limpidez de algunas composiciones de arte menor: "Los caballitos del río / galopan aguas arriba, / con las crines de cristal / y las patas encendidas". Y en todas las páginas de "Quiero" se advierte lo que a su autor definió en todo momento como un valor de la poesía de ambas orillas del Plata: el fervor varonil. Editó el mismo Enrique Amorim en Montevideo.

"EL CANTO" y "EL REINO". — **Miguel Angel Etcheverrigaray**, autor de estos libros, construye sus versos con celosa regularidad. Ya se trate del soneto, de la canción, de los tercetos, de los pareados o del poema extenso, este poeta (revelado hace casi treinta años con los suaves colores de un volumen titulado "Rumor de acequia") demuestra hasta qué punto es intensa en él la pasión por las formas estrictas. Lo que quizá falte aquí es color, y ese sutilísimo aire que suele cruzar por la gran poesía. Etcheverrigaray compensa tales ausencias con un pensamiento muy seguro de sí, muy centrado en la experiencia de una fe practicada con honesta resolución cristiana, muy firme en sus desarrollos, muy congruente en sus conclusiones lógicas. Se me dirá que estos no son valores propiamente poéticos. Y yo contesta.é que para quienes eso creen no existiría sino exclusivamente la lírica. Porque toda la poesía restante, o sea la mayor y tal vez la mejor parte de ella, vive de zumos de la inteligencia. Claro que el autor de "El canto" y "El reino" extrema a veces su inclinación a lo discursivo y probatorio y que, por momentos, cierra su expresión entre muros racionales que la ahogan. El resultado suele ser en tales casos una poesía serena pero glacial. De todas maneras, y pesando los factores positivos y negativos así manifestados, resulta notorio que Etcheverrigaray apunta a un arte remontado por sobre la pura sensación, a un arte erguido por encima del ornamentalismo más o menos versolibrístico que hoy padecemos, a un arte puesto (como quehacer de la inteligencia inflamada por la caridad) en la cumbre de la persona, a un arte hermano de la plegaria. Y es preciso agregar que dicha alta aspiración no siempre se queda en movimiento del deseo. Porque el mismo Etcheverrigaray que en ciertos instantes nos abruma con su prolijidad conceptual, en otros instantes se impone a nuestra admiración con realizaciones que recuerdan los mejores modelos de la poesía religiosa escrita en nuestra lengua. "El canto" y "El reino" fueron editados por el autor.

"ELEGIA DE OCTUBRE". — Nuevo libro de **Salvador Merlino**. Y muy conmovedor, en verdad. Porque en él se canta lo más entrañable de la vida. El sentimiento familiar se ofrece en estas páginas transfigurado en seria y noble poesía. Merlino, tan diestro en el manejo del verso, renuncia a los juegos falaces del ingenio y de la pericia formal, densifica sus elementos, y acaba poniéndolos al servicio de temas que no han sido elegidos caprichosamente sino que surgieron por inexorable im-

posición de la existencia. La sombra del padre que labró con sus manos la casa para los hijos y que, terminada su misión de paz y de amor, se perdió hacia la muerte, se proyecta con especial fuerza emotiva en cada una de las composiciones que constituyen el volumen del epígrafe, y alcanza notable patetismo en la denominada "Tiempo de la muerte", pieza en pareados (algunos logradísimos) que puede figurar entre las mejores que su autor ha escrito: "La prudencia del hombre centuplica los granos, / y mi padre en las otras, quiso alargar sus manos: / en las de sus seis hijos y en aquellas que son / manos de la amistad, / manos del corazón..." Asimismo requieren atención varias de las liras con que se abre el libro, y el soneto que lo clausura. Merlino prosigue su tarea de un modo que lo hace acreedor al mayor respeto, aunque a veces no se coincida por completo con él en la manera de entender lo estético. La honda emoción humana, la silenciosa honradez en el ejercicio de su vocación y la constante laboriosidad sitúan al autor de esta tierna "Elegía de octubre" en un linaje de escritores que, desgraciadamente, son cada vez más escasos.

Fray Verísimo

EL SEÑOR BYCULLA (novela policial); autor: Eric Linklater; traductor: María Josefina Martínez Alinari; editor: Emecé (col. El séptimo círculo). 184 págs.

DESDE hace tiempo, **El séptimo círculo** no publicaba una novela de la calidad de **El señor Byculla**, que no es exactamente una novela policial ni siquiera de suspenso, sino una narración que gira sin seriedad en torno al asesinato, y que mantiene el interés porque intriga saber cómo es en lo cabal su protagonista, el señor Byculla, un personaje, entre otras cosas, orgulloso de que su abuela fuera prostituta en un templo indio.

Con vago acierto y sin nombrar al personaje de Wilkie Collins, la noticia de la contratapa del libro compara el señor Byculla con el conde Fosco. Pero Fosco es un personaje terrible con ribetes ridículos, y Byculla, que usa de su excentricidad ligeramente absurda con plena conciencia, resulta un benefactor de la humanidad, por lo menos según su propio aunque tal vez no muy compartido concepto.

Pertenece esta obra a esa corriente de humorismo un poco lunático, donde ciertos valores no deben entrar en consideración porque su objeto nada tiene que ver con ellos. Es en algo el humorismo irrespetuoso de Waugh, donde la muerte no es una entidad solemne; el de esa película que conocimos como **Ocho sentenciados**; el de **Monsieur Verdoux** y el de **Arsénico y encaje antiguo**: la muerte es el punto de mira entre melancólico y risueño de un pensador bastante ejecutivo.

Pero en lo que difiere la novela de Linklater es en que el tono de su protagonista no domeña el relato: surge en cuanto él está en escena y desaparece cuando él sale. Los personajes restantes se mueven en sus propios ambientes y si bien todos se aúnan en el común denominador de la narración, son lo suficientemente distintos entre sí como para que el relato adquiera una calidad nada común —aunque aquí y allá parezca ligeramente esquemático— y hasta cierta amenidad, que, al alberga una intriga casi detectivesca, bastaría sin otro acicate para justificar ampliamente su lectura.

Alguna frase de la traducción parece no totalmente inteligible.

B. U.

CAMPO DE BATALLA (novela); autor: Graham Greene; traductor: J. R. Wilcock; editor: Emecé; 308 págs.

SUS novelas anteriores a **Caminos sin ley**, prefiguran a Greene. Aunque **Caminos sin ley** es un libro de viajes, responde íntimamente a las mejores cualidades de su autor; en él se halla presente definitivamente la materia católica que dará origen a **El poder y la gloria**, y figura ya sin vacilaciones el tono que lo caracteriza.

Así, **Campo de batalla**, novela anterior, muestra en atisbos aquellas que serán sus mejores virtudes, pero no pasa de eso y el relato no cuaja por entero. Bien examinada y vista a la luz que surge de **El poder y la gloria**, **El revés de la trama**, y **El fin de la aventura**, Greene está ya en potencia. Podemos ver su mundo, ése en el que el placer corresponde a seres desaprensivos, y el amor, en cambio, es una lucha dolorosa y perdida. Aparece, así, el primero de sus adulterios, uno en el que, como en **El revés de la trama**, la mujer está enflaquecida y carece de atractivo carnal. Surge ese instante que lo define todo, una pequeña llamarada, un instante de olvido y desesperación, horadado ya por el remordimiento. Hay ya en el autor una inmensa piedad por sus criaturas.

El conjunto de las obras de Graham Greene, se parece mucho a un palimpsesto. Debajo de muchos rasgos de cualquiera de sus criaturas hay siempre los rasgos de una anterior; debajo de las líneas de uno de sus relatos están las palabras de otro que lo precedió. Un poco como César Franck que vuelve continuamente a un único tema que transita por su trío, su quinteto y su sinfonía, buscando de más en mas su plasmación final, Greene retorna a un venero único. El jefe de policía de **Campo de batalla**, tiene la misma mentalidad lenta y las mismas vacilaciones en el hablar que el jefe de **El poder y la gloria**, Kay, la mujer que en la obra que comentamos busca en cada hombre lo que puede encontrar en cualquiera, es ya un anticipo de Lily, uno de los caracteres de **Brighton Rock**. El capellán que se desespera ante la justicia humana, es de la misma pasta que el P. Rank de **El revés de la trama**, o James, de **El cuarto en que se vive**.

Es inutil continuar con los paralelos que podrían llevar páginas con su simple enunciación; si hasta aquí se los ha hecho, ha sido, tan sólo, para mostrar hasta qué punto, sea o no una de sus mejores obras, haya o no cuajado ya su tono, al leer **Campo de batalla** estamos ante un relato que se entronca con los que más tarde definirán totalmente la figura de su autor.

La traducción de Wilcock se lee bien, aunque algunas expresiones usadas, como por ejemplo **tina de agua caliente**, refiriéndose a la palangana o jofaina para el aseo personal, resultan un tanto laterales.

B. U.

LOS TRAPEROS DE EMMAÜS (crónica novelada); autor: Boris Simon; traductor: José Luis Izquierdo Hernández; editor: Lohlé; 264 págs.

CRONICA apenas traspuesta por la fantasía, ingenua en gran parte e iterativa, el crítico siente la necesidad de abandonar toda pretensión estética apenas iniciada esta nota sobre **Los traperos de Emmaüs**. Por una vez cree que no debe juzgar el libro como pieza literaria sino informar sobre su contenido.

Emmaüs, Hogar de Acción Social y de Unión Internacional, es el nombre de la fundación creada por l'Abbé Pierre, el sacerdote que bruscamente a principios de este año surgiera a la consideración del mundo entero. Recordaremos las circunstancias. Una criaturita de tres meses murió de frío en el interior de la carrocería de un autobús utilizado como vivienda. El Padre Pierre escribió una carta patética dirigida al gobierno y el ministro correspondiente hizo frente al llamado y acompañó en medio del frío invernal, a pie, la cabeza descubierta, al pequeño ataúd. Todos los diarios se hicieron eco de ese caso sin precedentes en el recuerdo de la política, que reconocía, así, públicamente, su incapacidad para afrontar el pavoroso problema del alojamiento en las circunstancias actuales de Francia.

Pero eso que la organización burocrática de un gobierno difícilmente puede en la maraña del mundo de hoy, no resulta igualmente imposible para un hombre, y Thierry Maulnier lo ha analizado con acuidad en la revista

CAIN
La huella que no borra la arena de los siglos

POR

Rogier van Aerde

Al abrir este libro nos encontramos ante una narración grandiosa y profundamente imaginativa, la historia de Caín, el rebelde, origen de los hijos de los hombres. El relato se inicia con la expulsión del Paraíso y nos dice del joven Caín, el cuestionador incansable, lleno de resentimientos contra la maldición de Jahvé y desbordante de amargura hacia su hermano Abel, el menos brillante, pero el más próspero ante los ojos de Dios. El relato sigue a Caín a través de la acerba y vengativa muerte de su hermano, de su huída de Adán y Eva, de la creación de una nueva raza, de la erección de ciudades, del asalto al Paraíso Terrenal, de su alianza con Abbadón, el mayor de los ángeles caídos.

A partir de un episodio apenas tocado en el Génesis, Rogier van Aerde construye una historia épica de grandeza excepcional.

De este libro, ha dicho Daniel A. Lord: "Me fué casi imposible abandonarlo. Me encontré leyendo una historia de los orígenes del mal, palpando casi la tragedia del mal y el horror que es connatural del alejamiento de Dios. ¡La tragedia de Adán y Eva se convirtió en mi propia tragedia. Cobrando conciencia de que en ese lejano ayer estaba leyendo la historia de hoy, vi la raza humana alejándose más y más de Dios".

$ 18.--

EDICIONES CRITERIO

Preuves. El hombre medio de Francia, como el de cualquier otro lugar del mundo, no cree ni en la política ni en ningún gobierno, pero puede, sí, creer en otro hombre. El Padre Pierre habló en nombre de los desposeídos, como sólo el corazón del hombre puede hablar al hombre. El resultado es un plan para la realización de 300.000 alojamientos en dos años que enfrenta en la actualidad.

Pero antes de llegar a la víctima propiciatoria que dispuso la Providencia, desde 1947, ese cura y ex-diputado, construía sin cesar dentro del límite de sus fuerzas y aun fuera de ellas, buscando recursos en los tachos de basura. Y antes de dar en esa fuente de ingresos, simplemente, esperando y confiando en Dios, que no abandona.

Los traperos de Emmaüs, apenas velada la crónica por la discreción, relata cómo fueron esos años; cómo fueron los colaboradores del Padre; qué espíritu de infinito respeto y libertad rigió sus relaciones de hombres tan distintos, hermanados por la caridad y la desgracia. Es la crónica de las riquezas que albergan los desechos, los de nuestros tachos de residuos y los que la sociedad considera desechos humanos.

La traducción, al parecer, no ha sido suficientemente revisada; en la pág. 85 leemos: "se arremangó las mangas", en la 191 "la magneto". Dice continuamente bici (inclusive cuando el autor describe y no se trata de un diálogo en que esa forma sea atribuible a las circunstancias) en lugar de bicicleta. Y trata de que sana signifique coloquialmente sanatorio. Pertenece, sin embargo a un traductor que anteriormente hemos elogiado.

B. U.

RAICES DEL EXISTIR, por Simone Weil. Sudamericana, Buenos Aires, 1954

BAJO el título, "Raíces del Existir", acaba de aparecer, elegantemente presentada por la Editorial Sudamericana, la traducción del libro de Simone Weil: "L'Enracinement".

La personalidad de la autora es conocida en el ambiente intelectual francés y en los ambientes internacionales de estudios sociales, por la pasión con que defendió siempre la causa del proletariado con sus escritos y con su misma vida, haciéndose vocera de una ansia del trabajo que aunque no puede ni debe ser tratada de comunizante, como algunos han pretendido, tampoco puede ser considerada como integralmente cristiana. Simone Weil, aunque íntimamente convencida de que su pensamiento se alimentaba en el manantial de los principios cristianos, rehusó el cristianismo de hecho, así como rehusó el comunismo, porque consideraba la filiación a un movimiento, aún tratándose de la Iglesia, como un soborno contra la integridad de la verdad. Tal concibió el sentido de responsabilidad que la amarraba a un ideal, considerado por encima de las particularidades de grupo.

Es menester reconocer, sin embargo, que este libro, como todos los escritos de Simone Weil, es el testimonio conmovedor de una vida inmolada integralmente al servicio de una causa. No parece ser, pese a todo, que a su trabajo deba dársele una trascendencia metafísica mayor que la aparente. Si bien los puntos tratados en la primera parte del libro, que nos habla de las necesidades vitales del alma (tales considera S. W. el orden, la libertad, la obediencia, la responsabilidad, la igualdad, la jerarquía, el honor, el castigo, la libertad de opinión, la seguridad, el riesgo, la propiedad privada, la propiedad colectiva, la verdad, etc... sin darnos mayores explicaciones sobre lo que entiende por "necesidad vital del alma") constituyen problemas de una candente y palpitante actualidad filosófica, no es ciertamente desde este ángulo, no es ciertamente la A. Consisten, más bien, sus páginas en una serie de apreciaciones morales y subjetivas, que no pretenden apoyarse sobre determinadas categorías de sistema, sino que brotan simplemente del sentido común, de la experiencia, del fuego que anima un ideal. No quiere esto significar que la ausencia del aparato metafísico destituya de valor científico las apreciaciones de S. W.; antes por el contrario se revela una pensadora de gran vigor, ya que muchas de sus afirmaciones y consideraciones llaman fuertemente la atención del lector por su exactitud, seriedad y tino. Pero, al mismo tiempo, no todas las observaciones de la A. podrían ser científicamente aceptadas, sobre todo desde el punto de vista escolástico, como por ejemplo la concepción que se forma sobre el significado espiritual del trabajo físico dentro del funcionamiento humano de la sociedad. Las afirmaciones metafísicas, pronunciadas sin un fundamento cierto, corren el riesgo de sonar a huecas, o de enunciar la verdad solo parcialmente.

La segunda y tercera parte del libro: "El desarraigo" (obrero y campesino) y "el arraigo", constituyen una descripción, bastante elocuente y ajustada a la realidad, de nuestra situación contemporánea frente al problema humano. Esta situación nos ha llevado a una encrucijada abrupta y difícil, de la que ignoramos como salir exactamente. La autora ensaya en este trabajo una solución. No podemos menos que estar de acuerdo con ella en la necesidad de una "declaración de deberes hacia el ser humano", algo más humana que los cacareados "derechos del hombre", solo que allí está el problema: saber donde se encuentran exactamente los principios para tal declaración.

En las páginas de "L'Enracinement" se respira, y es sumamente grato hacer una constatación de este género, la nostalgia de lo sobrenatural, de la presencia paternal de la Providencia Divina que vela todavía sobre una sociedad en pleno proceso de desintegración moral; pero lo que no podemos constatar, como se hubiera deseado, es una insistencia mayor y más nítida en lo que constituye la verdadera raíz del problema. Si el obrero ha sido obligado al desplazamiento de una posición que le corresponde en su derecho de hombre, si las mismas naciones adolecen de este mal, si la sociedad parece haber perdido la noción de respeto hacia el ser humano, ¿no será quizá porque ha desaparecido, no sólo la realidad objetiva, sino hasta el verdadero concepto de la caridad cristiana, sin la cual no hay ni verdad, ni justicia, ni respeto al derecho?

Este trabajo de Simone Weil es digno de ser leído. Cuando menos suscitará nuestro interés por los hechos y problemas que lo merecen. En una sociedad frívola y despreocupada, puede suscitar también la comprensión hacia los problemas del proletariado, hacia los problemas sociales y políticos que nacen del problema humano, y puede suscitar, finalmente, un serio y honesto análisis de los valores religiosos a los que el hombre debe sujetarse, de la existencia y de la Providencia de Dios que gobierna el mundo y es, en definitiva, quien juzga las causas y las circunstancias de todo problema humano.

El estilo fluído y la generosa sinceridad de S. W. hacen amena la lectura de este trabajo. La traducción, buena y exacta por lo general, adolece a veces de ciertos errores de sintaxis, que son fruto de una traducción demasiado literal de algunos giros originales, y de ciertas inexactitudes de sentido, como la traducción del título que es un verdadero despropósito.

D. M. Basso

VICENTE BARBIERI, por José L. Ríos Patrón. Colección Clásicos del Siglo XX. Edit. La Mandrágora. 125 págs. Buenos Aires, 1954.

NOS regocija grandemente la publicación de un libro que estudie y analice la obra de un escritor argentino. Y ésto no es nacionalismo de altoparlante, sino honda certidumbre de la madurez y altura de algunos de nuestros novelistas y poetas.

Vicente Barbieri, voz entrañable y auténtica, merece los honores de la exégesis prolongada a la vez que ofrece campo propicio para revisar minuciosamente los resortes interiores de toda una estética.

Y aquí es precisamente donde falla José L. Ríos Patrón.

En el capítulo II, donde se analiza la simbología de Barbieri, hay un clima de gratuidad en las afirmaciones que previenen al autor menos lúcido.

No creo que nadie pueda explicar la

Adviento de Prometeo
La desesperación y el hombre moderno

POR **Joseph Folliet**

He aquí un intento de explicación sociológica de nuestro tiempo. ¿Por qué Prometeo?... Porque el hombre actual, merced al progreso de la técnica, dispone del fuego celeste tal como el héroe mitológico, e igual que él no halla nada más que amargura y desesperación.

Folliet lo sigue en todas las manifestaciones que nos caracterizan hoy: enloquecimiento de la técnica, desorientación de la economía, ascenso de las masas, fenómenos proletarios, movimientos obreros, evolución de la burguesía, socialismo y socialización, vida sexual y familiar, nacimiento y muerte de distintas ideologías, la llegada de la desesperación, marcha hacia la unidad del mundo, lucha por la dominación mundial, el universo concentracionario y las revoluciones del siglo XX.

El autor se ha propuesto ser lúcido, aun a riesgo de incurrir en pesimismo o dureza. Ha querido ser independiente y sostener una opinión que no adeuda nada a los prejuicios de clases ni partidos. Es por tal razón que "Adviento de Prometeo" chocará a muchos. Es por lo mismo que concluirá por serles útil.

$ 27.—

EDICIONES CRITERIO

poesía contemporánea sin advertir repetidas veces que lo que se va a decir "puede ser", que "quizás", pero definitivamente no hay derecho a sostener: "Barbieri está hablando del bosque —que en su simbólica es la sangre, y por nueva traslación, el hombre—" (pág. 19), ni aún cuando se diera el caso de que el mismo Barbieri se lo hubiera declarado al autor.

Hemos dicho ya que la poesía es función de amor, es decir, dación recíproca entre el poeta y el lector. Sólo aceptando ésto podemos creer en la índole teológica de la poesía; y esa integración del poema a cargo del creador y el lector se realiza por la libertad de significados de las metáforas contemporáneas. Así, entonces, el poeta es sólo el que da los trampolines, (las palabras), desde donde se lanzará el lector a toda la gama de posibles interpretaciones que yacen detrás de las palabras, mas allá de su significado cotidiano. El poema se totaliza cuando el que lo lee escoje una (la suya propia) de entre todas las asociaciones alusivas que suscita.

No es legítimo, entonces, formular así: "PIEDRA. En la simbólica de Vicente Barbieri, piedra (y sus similares: roca, etc.), tienen un significado de participación con los elementos de bondad que actúan en el mundo. Veamos un ejemplo que aclarará lo antedicho: en La Columna y el Viento, página 28: "Tengo sed. Nada más. Yo sé que vivo / por el ángel oculto de la piedra." ANALISIS: tengo aspiraciones solamente. Yo sé que vivo porque cuida de mí el ángel invisible de la bondad." (página 47).

Creemos que sólo una estrepitosa ingenuidad puede resolver tan superficialmente un problema de expresión y recepción que es esencialmente complejo. Y es ese aire epidérmico e inapelable lo que le confiere a este esforzado trabajo un estilo general de monografía de primer alumno.

La clasificación de las metáforas no es menos inquietante. La densa minuciosidad evoca un tratado de bicholoqía, largo, enumerativo e injustificado.

Sabemos que es dura labor arrimar una sistemática a la interpretación poética, pero no menos duro es resignarse a aceptar distribuciones tan elementales y antojadizas como éstas: "Suaves mundos" Metáfora Impresionista táctil; "Semilla musical" Impresionista auditiva; "Su párpado numérico" Metáfora onírica; "La guerra santa de su ritmo" Metáfora Religiosa, etc., etc.

Nótese cuán obvias son estas fichas. Basta "suave" para clasificar la metáfora de "táctil", a "musical" no puede menos que reconocerla "auditiva", "párpado" recuerda sueño, de manera que la metáfora es "onírica"; y es suficiente incluir "santa" para que la imagen resulte "religiosa".

Ríos Patrón es más afortunado con la exégesis de El Bailarín.

En definitiva, este libro es una alta y estimable intención no lograda. Esperamos que otros escritores tienten este camino con más suerte.

Hugo Ezequiel Lezama

INTRODUCCION A LA FILOSOFIA, por Ricardo Zalazar. Edit. Poblet, Buenos Aires, 1954, 227 páginas.

NO deja de ser curioso el hecho; por eso nos preguntamos la razón de lo que sucede. Es que pocos años nos han deparado tantas Introducciones como éste. Introducción al Derecho, a los Estudios Políticos, a la Psicología, a la Filosofía, etc. Y de cada género varias. Es una nueva modalidad de la filosofía ensayista asaz común a fines del siglo pasado y a comienzos del nuestro. El espíritu de sistema, las disquisiciones especulativas tan apreciadas por aquellos genios que gestaron la filosofía, las ciencias y las artes, casi han desaparecido, quedándonos, en cambio, una inclinación a la generalidad, parapetados detrás del ampuloso nombre de "cultura general", y con una derivación hacia el positivismo, saturada de fines utilitarios. No es que se pretenda afirmar que todas las Introducciones llevan esta impronta. No. Hay algunas verdaderas obras maestras en su género; entre ellas, y para citar solo algunas, tenemos, por ejemplo, la Introducción a los Estudios Políticos de Roger Labrousse, el Estudio sobre los Fundamentos de la Filosofía del inmortal García Morente, la Introducción a la Psicología de Gemelli-Zunini, etc. La de Zalazar no forma parte de este concierto. Tiene cosas magistrales, como lo son su claridad meridiana, donde se manifiesta un verdadero maestro, exponiendo con sencillez y de una manera asequible cuestiones intrincadas de la alta filosofía. El estudio sobre la Estética, la Lógica formal y sus explicaciones sobre el ser son, ciertamente, un modelo de síntesis y de inteligibilidad. Es una obligación hacer resaltar también algunas definiciones, como aquella de la segunda operación mental, el juicio, al que describe como "un veredicto que pronuncia la mente sobre la conveniencia o discrepancia de dos conceptos" (116). Pero por lo general y como Introducción no convence. En Filosofía, como en cualquier otra ciencia, la Introducción debe ser lo que su nombre indica, es decir, una iniciación del alumno, colocándolo en el camino que debe recorrer. Así, como Introducción a la Filosofía, generalmente se entiende un estudio de las fuentes, sus orígenes, su génesis, analizando los primeros problemas que agitaron verdaderamente la inteligencia humana, su finalidad, el método más adecuado para razonar y, sobre todo, procurar que se despierte en el neófito el afán de saber, de develar el enigma de su vida. Porque la filosofía no es un razonar cualquiera; no es una simple reflexión que brote de cualquier inteligencia, como parece insinuarlo el autor. Es un saber total, una disciplina, con sus principios, sus conclusiones, su objeto propio; es un sistema de verdades, es una búsqueda incesante de la verdad. Un error, por más razonado que sea, no es filosofía; está en contradicción hasta con el mismo nombre de filosofía. El autor concibe, son sus palabras, "que la Introducción a la Filosofía debe concretarse a guiar a quienes hayan aceptado trabajar en este terreno hasta franquearles la entrada en los dominios filosóficos, haciéndoles menos difícil la trasposición de sus fronteras y ejercitándolos en los medios con que podrán descubrir y vivir las verdades de filosofía". Por otra parte siente la afirmación de que la Psicología Experimental no forma parte de la filosofía —emancipación ésta muy lejos de poder probarse todavía— sino que es ya una ciencia independiente. Y preguntamos: si la psicología experimental no es filosofía, ¿a qué se la trae en esta Introducción? Será, si se quiere, una disposición a la filosofía. Pero disponer no es lo mismo que introducir. Disponer es darle los conocimientos necesarios para que pueda introducirse en filosofía. Además, por último, notamos una inclinación bastante pronunciada al positivismo en el tratado de las Ciencias, especialmente en la Clasificación de las mismas, donde el autor admite sin más ni más la confeccionada por Augusto Compte, que, por otro lado, se nos antoja arbitraria y atentativa a los grados de abstracción. Es de desear que el afán de originalidad no nos aparte de aquellas preciosas enseñanzas tradicionales, elaboradas pacientemente siglo tras siglo y por verdaderos genios filosóficos.

Alberto Pesce

G r a g e a

EL Diablo, de Papini, ha sido recibido en casi todo el mundo con muy poco entusiasmo. El autor procuró plantear una serie de problemas trascendentales, pero lo hizo de modo muy trivial. Una de las críticas más acerbas, dentro de su mesura, termina de publicarse en "Etudes", de París. Jean Danielou es su autor y quita toda importancia al libro... Los 50 años de Pablo Neruda se han festejado dentro de un clima evidentemente político. Para los comunistas, la afiliación al partido es lo único que importa del poeta chileno. Los demás, hacen la debida distinción entre el hombre de letras y el embanderado en un movimiento. En el último número de Cuadernos por el Congreso de la Libertad de la Cultura, Julián Gorkin estudia ambas facetas con alabanzas para la poesía y denuncias escalofriantes sobre actitudes del Neruda diplomático en tiempos en que ocupaba el puesto de cónsul chileno en Francia... En la misma revista, Bertrand Russell hace una serie de consideraciones sobre la censura y señala que en España no se puede publicar ninguna novela que trate del adulterio. "Ignoro si esta prohibición se extiende a la Ilíada", comenta... En el último número de Sur, se publica una carta de Hellen Ferro a Jean Ballard, comentando una de Roger Caillois aparecida en la entrega anterior de la misma revista, y sobre una de cuyas afirmaciones nos hicimos eco en esta sección. Entre otras cosas, Ferro dice que a Antonio Porchia, los argentinos siguen ignorándolo. En compensación, en la página 11, pueden leerse una serie de pensamientos del desconocido Porchia. Los hay interesantes, profundos, sagaces y vacíos. Pero en diez páginas de frases, lo último resulta inevitable.

Jaime Potenze

C R I T E R I O

Aparece los segundos y cuartos jueves de mes

AÑO XXVII — 28 de octubre de 1954 — Nº 1222

ES PROHIBIDA LA REPRODUCCION PARCIAL O TOTAL DE LA PRESENTE EDICION DE CRITERIO, AMPARADA POR LA LEY 11.723

Registro de la Propiedad Intelectual Nº 450.858

SUSCRIPCION		SUSCRIPCION DE AYUDA	
Anual	$ 60.—	Vitalicia	$ 1.000 una sola vez
Semestral	„ 40.—	De protección	„ 500 anuales

Número suelto, $ 3.50 — Número atrasado, $ 5.—

Pago adelantado

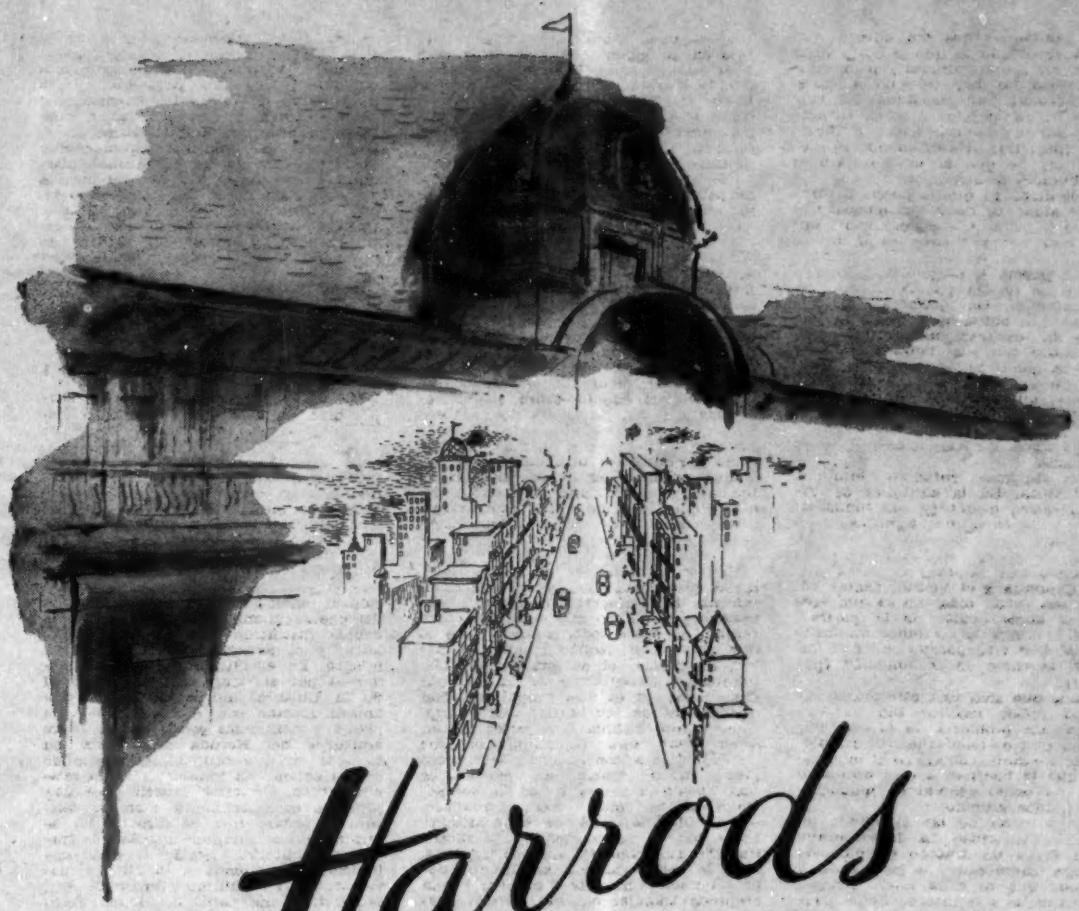
Giros, bonos postales o cheques extenderlos a la orden de "Editorial CRITERIO, S. R. L.". No se aceptan cheques que no sean pagaderos en Buenos Aires

Las suscripciones que el interesado no anule expresamente antes de su vencimiento, se consideran renovadas.

No se mantiene correspondencia sobre colaboraciones no solicitadas, si bien estimará debidamente toda contribución espontánea para cualquiera de las secciones de la Revista.

ALSINA 840 — BUENOS AIRES — T. E. 34 - 1309

Horario de oficina: De lunes a viernes, de 11 a 19 (Sábados de 9 a 12)



Harrods

es una "*ciudad*" de pequeños negocios - bajo un solo techo -

y reunido en ellos, todo lo mejor que individualmente pueden brindar...
y con la ventaja de que cada artículo ostenta la *Etiqueta* de Harrods, símbolo de verdadera calidad.

Florida 877 - (R. 5.)

Editorial CRITERIO, S. R. L.
Cap. m$n. 265.000.—
Alsina 840 - T. E. 34-1388 - Bs. As.

CORREO Argentino Central (B)
TARIFA REDUCIDA
Concesión Nº 231
FRANQUEO PAGADO
Concesión Nº 476

Talleres Gráficos San Pablo
Bmé. Mitre 2600 esq. Paso

28 DE OCTUBRE 1954

$ 3.50